BIBLIOTECA CIENTÍFICO-FILOSÓFICA

C. WAGNER

A TRAVÉS DE LAS COSAS Y DE LOS HOMBRES

OBRA PREMIADA POR LA ACADEMIA FRANCESA

La base de todo.

Honra á tu padre y á tu madre.

VERSIÓN CASTELLANA

DE

DOMINGO VACA

MADRID
DANIEL JORRO, EDITOR
23, CALLE DE LA PAZ, 23
1910

USJ
BIBLIOTECA

BIBLIOTECA INTERNACIONAL

DE

Psicología experimental

NORMAL Y PATOLÓGICA

PRECIO DE CADA TOMO: 4 PESETAS

Tomos publicados:

Claparéde.—La asociación de las ideas. Traducción de Domingo Barnés. Con figuras. Madrid, 1907.

Cuyer.—La mímica. Traducción de *Alejandro Miquis*. Con 75 figuras. Madrid, 1906.

Dugas.—La imaginación. Traducción del Dr. César Juarros. Madrid, 1905.

Duprat.—La moral. Fundamentos psico-sociológicos de una conducta racional. Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1905.

Grasset.—El hipnotismo y la sugestión. Traducido por Eduardo García del Real. Con figuras. Madrid, 1906.

Malapert.—El carácter. Traducido por José María González. Madrid, 1905.

Marchand.—El gusto. Traducción de Alejo García Góngora, con 33 figuras. Madrid, 1906.

Marie (Dr. A.).—La demencia. Traducción de Anselmo González. Con figuras. Madrid, 1908.

Nuel.—La visión. Traducido por el Dr. Víctor Martín. Con 22 figuras. Madrid, 1905.

Paulhan.—La voluntad. Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1905.

Pillisbury.—La atención. Traducción de Domingo Barnés. Madrid, 1910.

Pitres y Régis.—Las obsesiones y los impulsos. Traducido por José María González. Madrid, 1910.

Sergi.—Las emociones. Traducido por Julián Besteiro. Con figuras. Madrid, 1906.

Toulouse, Vaschide y Pieron.—Técnica de psicología experimental. (Examen de sujetos). Traducción de Ricardo Rubio, con figuras. Madrid, 1906.

Van Biervliet.—La memoria. Traducido por Martín Navarro. Madrid, 1905.

gouroux y Juquelier.—El contagio mental. Traducción del Dr. César Juarros. Madrid, 1906.

oodworth.—El movimiento. Traducción de Domingo Vaca. Con figuras, Madrid, 1907.

Se publican estos volúmenes en tomos de 350 á 500 páginas, año 19 × 12 centímetros, con ó sin figuras en el texto.

EN PREPARACIÓN

vin.—El juicio y el conocimiento.

er.—La audición.

USJ BIBLIOTECA

universidad
SANJORGE
BIBLIOTECA

A través de las cosas y de los hombres.

LA BASE DE TODO

PRECIO EN RÚSTICA, 2,50 PESETAS

LEGADO BIBLIOTECARIO
DOCTOR SANTIAGO MOLINA GARCÍA

USJ
BIBLIOTECA

Publicadas en la misma Biblioteca.

COMPAYRÉ

La evolución intelectual y moral del niño.—Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1905. (Tamaño, 23 × 15). 7 ptas.

FLEURY (Dr. Mauricio de).

El cuerpo y el alma del niño.—Traducido por Matilde García del Real. Madrid, 1907. (Tamaño, 19 × 12). 3 pesetas.

Nuestros hijos en el colegio.—El cuerpo y el alma del niño.—Traducido por Matilde García del Real. Madrid, 1907. (Tamaño. 19 × 12). 3 pesetas.

KERGOMARD

La educación maternal en la escuela.—Traducido por Matilde García del Real. Madrid, 1906. Dos tomos. (Tamaño, 19 × 12). 7 pesetas.

LHOTZKY

El alma de tu hijo.—Un libro para los padres.—Traducción directa del alemán por Luis de Zulueta. Madrid, 1910. (Tamaño, 19 × 12). 2,50 pesetas.

PREYER

El alma del niño.—Observaciones acerca del desarrollo psíquico en los primeros años de la vida.—Traducción española, con un prólogo de D. Martín Navarro. Madrid, 1908. (Tamaño, 23 × 15). 8 pesetas.

WAGNER

Juventud.—(Obra premiada por la Academia francesa).—Versión española de H. Giner de los Ríos. Madrid, 1906. (Tamaño, 19 × 12). 3,50 pesetas.

La vida sencilla.—Versión española de H. Giner de los Ríos. Madrid, 1907. (Tamaño, 19 × 12). 2,50 pesetas.

Junto al hogar.—Versión castellana de H. Giner de los Ríos. Madrid, 1907. (Tamaño, 19 × 12). 3 pesetas.

Para los pequeños y para los mayores.—Conversaciones sobre la vida y el modo de servirse de ella.—Traducción española de Domingo Vaca. Madrid, 1909. (Tamaño, 19 × 12). 4 ptas.

Valor.—Traducción de Domingo Barnés. Madrid, 1910. (Tamaño, 19 × 12). 2,50 pesetas.

WEGENER

Nosotros los jóvenes.—El instinto sexual del joven soltero.—Traducción directa del alemán por Luis de Zulueta. Madrid, 1910. (Tamaño, 19 × 12). 2,50 pesetas.

BIBLIOTECA CIENTÍFICO-FILOSÓFICA

C. WAGNER

A TRAVÉS DE LAS COSAS Y DE LOS HOMBRES

OBRA PREMIADA POR LA ACADEMIA FRANCESA

La base de todo.

Honra á tu padre y á tu madre.

VERSIÓN CASTELLANA

DE

DOMINGO VACA

MADRID
DANIEL JORRO, EDITOR
23, CALLE DE LA PAZ, 23
1910

USJ
BIBLIOTECA

ES PROPIEDAD

MADRID.—Imp. de Antonio G. Izquierdo.—Doctor Mata, 3, teléf. 1.612.

PRÓLOGO

El presente volumen es una segunda serie que continúa y completa la publicada con el título: PARA LOS PEQUEÑOS Y PARA LOS MAYORES (1).

Puede ponerse, desde luego, en manos de niños de mediana inteligencia, de doce á catorce años.

Está destinado, asimismo, á inspirar un método, ideas é imágenes á padres y maestros.

El autor se siente enteramente al lado de los que instruyen á la juventud, por vocación y por oficio. Sabe por experiencia cuán difícil y delicada es su tarea y se congratularía de que algunos de ellos hallasen en estas páginas nuevos alientos ó inspiraciones.

Cada vez son más numerosos los padres que desean contribuir á la formación del alma de

(1) Madrid, Jorro, editor.

USJ BIBLIOTECA

sus hijos. A ellos ofrecemos en este libro experiencias de un padre de familia. Séanos permitido decirles que la enseñanza más fructífera es la que más se relaciona con los hechos mismos de la vida diaria.

Cuando algo ocurre, triste ó alegre, común ó extraordinario, los ánimos se ponen en conmoción. Cada cual comenta en su interior lo sucedido. Son ocasiones que hay que aprovechar para depositar en las juveniles conciencias gérmenes de vida. Palabras breves, pero oportunas, producen entonces efectos hondos y duraderos. Regla general: HABLAR POCO, PERO HACERLO OPORTUNA Y NATURALMENTE; HACERSE ECO DE LAS COSAS.

El objeto que tratamos de lograr es, ante todo, que nuestros hijos presten atención al ORDEN INMANENTE DE LOS HECHOS.

Se nace para la vida moral el día que el hombre vislumbra que la ley que debe regirle no está consignada en ningún libro ni reglamento, ni en ninguna voluntad humana, sino en la realidad misma, en esa lógica inflexible que atribuye consecuencias á cada una de nuestras acciones.

A partir de ese día, nadie puede permanecer indiferente á la bondad ó maldad de sus acciones. Ha nacido para la responsabilidad, hija de la libertad y madre de la justicia.

Si con vuestros consejos, y mejor aún con vuestra conducta, conseguís favorecer en vuestros hijos el NACIMIENTO Á LA VIDA DE LA CONCIENCIA, les habréis dado lo más precioso que puede poseer para sí una criatura humana, lo más útil para sus semejantes.

C. Wagner.

USJ BIBLIOTECA

A TRAVÉS DE LAS COSAS
Y DE LOS HOMBRES

Nuevo método.

La caligrafía enseña á escribir bien, la moral á vivir como es debido. Muéstranos la una cómo hay que coger la pluma y guiarla sobre el papel; la otra, cómo hay que seguir el buen camino y conducirse en la vida.

Varios métodos pueden seguirse para la enseñanza de la caligrafía. Uno es abstracto y teórico. Se nos habla de plumas, de tinta, de papel, de la posición del cuerpo, y así sucesivamente. El otro método es práctico: el que enseña se sienta á nuestro lado, coge una pluma y traza letras. Luego nos dice: tratad de hacer lo mismo.

Creo que el método más práctico es preferible siempre. Vamos, pues, para enseñaros á bien vivir, á adoptar un método práctico. Más que ninguno, sería ir á pasearnos juntos y observar lo que hacen los hombres.

USJ
BIBLIOTECA

Pero esta manera de enseñar la moral, paseándose, ofrece algunas dificultades.

Pensemos en reemplazarla con otra, muy práctica también, y que no nos expondrá á ninguno de los inconvenientes de un paseo por las calles y por los campos. Pediremos ayuda á vuestra imaginación para evocar escenas de la vida humana, objetos, animales, todo lo que pueda servir para ilustrar aquello que queremos haceros comprender.

Para que tengamos confianza en que dirán verdad, los testigos prestan juramento ante los tribunales.

Las verdades superiores que dominan la vida entera de los hombres, las leyes con arreglo á las cuales todos debemos trazar nuestra conducta, tienen también sus testigos. Los árboles yerguen sus ramas para rendirlas homenaje, las estrellas las proclaman, los pájaros las cantan en los tejados. Todo el universo está de acuerdo en favor del bien y en contra del mal, de la verdad en contra de la mentira. Cuando seáis malos y engañosos, la clara luz del día os hará bajar los ojos, una hoja que caiga os inspirará el temor de ser sorprendidos, y cualquier perro que ladre os parecerá decir: ¡á ese! Y cuando seáis buenos, sinceros, fieles en el cumplimiento del deber, las piedras de la calle cantarán á vuestro paso y las margaritas de la colina os sonreirán en señal de aprobación.

Para dar vida y animación á vuestras lecciones,

llamaremos, en apoyo de lo que digamos, á todos los testigos posibles. Casi siempre nos contentaremos con hacer alusión á ellos.

Pero otras veces, si parece conveniente, traeremos cosas que hayan de servirnos para fijar y precisar las ideas ó los consejos que os hayamos expuesto.

Así lo hemos hecho hoy.

USJ BIBLIOTECA

El huevo y la piedra.

¿Véis el huevo que he colocado encima del pupitre? Estoy seguro de que más de uno se pregunta para qué le he traído, y si habremos de comérnosle pasado por agua ó al plato.

Al lado del huevo he puesto una piedra. Al sacarla del bolsillo, varios de vosotros me han mirado con extrañeza. La piedra es un arma arrojadiza. ¿Contra quién será lanzada? Estad tranquilos, esta piedra no es amenaza para nadie, está ahí para enseñarnos. Hasta las piedras pueden hablar al que sabe comprender su lenguaje.

Se dice de ciertos hombres que poseen una inteligencia perspicaz y gran espíritu de observación, que *sienten crecer la hierba*. Es una manera de hablar algo burlona. La hierba crece tan despacito, es tan discreta, que el más sensible micrófono no nos revelaría, sin duda, que hace ruido al crecer. Y, sin embargo, la hierba que crece, puede contarnos muchas cosas, interesarnos é instruirnos. Para

el que sabe escuchar, hay en todas partes voces que hablan.

Vamos, huevo, y tú, piedra, decidnos algo; pero no habléis los dos á un tiempo para que no nos confundamos.

La piedra puede darnos una lección de geología. Miradla: es un trozo de arenisca de los Vosgos, en que están incrustadas piedrecitas blancas. Dice: me llamo conglomerado. Voy á deciros una adivinanza: ¿En qué me diferencio del huevo?

Hijos míos, reflexionad y responded. La piedra, diréis, es dura; el huevo, se rompe. La piedra es rojiza; el huevo, blanco. La piedra tiene mucho tiempo, el huevo está puesto esta mañana. El huevo es comestible, la piedra no. Todo ello es cierto, ¿pero cuál es la diferencia esencial? ¿Qué ocurrirá, por ejemplo, si pusiera la piedra á una gallina para que la incubara...? Sucedería que la gallina trabajaría en balde. —¿Y si le pusiera el huevo?— Saldría un pollito al cabo de tres semanas.—Esa es la grande, la enorme diferencia entre ambos objetos. En este huevo hay germen de vida que con cuidados puede desarrollarse. Puede nacer un pollito, y si es hembra y crece, pondrá á su vez huevos de que saldrán más pollos. Andando el tiempo, de este huevo puede salir un enjambre de aves, una legión de gallinas, con que llenar de huevos cestos enteros y proveer de tortillas muchas mesas, con que ofrecer, en fin, centenares de aves asadas. Y

USJ BIBLIOTECA

he aquí, que el huevo y la piedra nos dicen cosas innúmeras, muy curiosas y de aplicación directa á la vida de los hombres y á su conducta.

Toda la educación del hombre consiste en desarrollar gérmenes que existen. La piedra, si nadie se ocupa de ella, sigue siendo piedra. El huevo, si nadie lo cuida, se pudre y acaba por descomponerse del todo. En vuestras almas, queridos niños, dormitan aptitudes preciosas, gérmenes de vida. Para evitar que se pierdan, cuidáos de ellas, dadlas calor, diré así, incubadlas. Vuestros padres, vuestros maestros tratan de ayudaros en esta labor. La escuela está inventada expresamente para incubar y hacer que se desarrollen los gérmenes que en vuestros espíritus están depositados. Y notad, en este punto, la lección de paciencia que la naturaleza nos da en un simple huevo.

Miradle, en suma; inerte está como una piedra. Con un poco de maña, se podría dar á una piedra la forma de un huevo. Pero, en éste, hay todo un mundo. Para que de él salga, se necesita paciencia. Incubado por espacio de unos cuantos días, sigue en apariencia igual. Aun pasados quince, parece ser el mismo huevo. La transformación se hace á escondidas y enteramente en el interior. No juzguemos por las apariencias. Muchas veces, podrá ocurrir que el niño, lo mismo que el huevo, parezca no obtener provecho del celo con que su maestro ha tratado de animarle y lograr el desarrollo de su

conciencia y de su inteligencia. Calma, el trabajo se hace por dentro, y los resultados aparecerán más tarde. Para todo se necesita tiempo. Y cuando llegue el momento, habrá una gran alegría que recompense los más prolongados esfuerzos.

Niños, conservad en la memoria la lección del huevo y de la piedra. No os abandonéis, cual si fuerais simple guijarro de que nada ha de salir jamás. En cada uno de vosotros está oculto un sér alado, que no pide más que despertar, abrirse paso, vivir y crecer.

Mirad las golondrinas que se entregan en el espacio azul á graciosos vuelos; escuchad el concierto de las curujas y de los pinzones en el bosque. Comparad esa vida brillante, rica en sonidos y en colores, con los huevecillos inmóviles en los nidos. ¡Cuánta distancia de aquellos huevecillos á esta explosión de vida! Es la imagen del destino humano y de nuestro desenvolvimiento. Tesoros de la inteligencia y del corazón hay escondidos, ignorados, en nosotros. Duerme en el uno el artista; en el otro, el trabajador esforzado, el explorador, el inventor, el poeta, el héroe. En vosotros hay virtudes en germen: la generosidad, la franqueza, el valor, la abnegación, la ternura, la esperanza que no se deja abatir, la bondad. Descuidados, olvidados, todos estos comienzos que no piden más que vivir, pueden perderse. De igual modo que los tesoros encerrados en un huevo pueden cambiarse en podre-

USJ BIBLIOTECA

dumbre nauseabunda é insana, vuestras virtudes nacientes, por los malos ejemplos y la falta de vigilancia, pueden cambiarse en vicios y en corrupción. Pero con cuidados y esfuerzo, de cada uno de vosotros, cultivando las facultades, puede salir lo que más vale en el mundo: el hombre bueno, el hombre honrado, de voluntad recta, de espíritu elevado.

Y he aquí el fin que nos anima á daros estas lecciones de moral. Traed á ellas la atención despierta, para que nuestro trabajo no sea como el de la gallina que incubase piedras.

Viaje de exploración.

Entre todas las comarcas desconocidas en que os esperan novedades, sorpresas, maravillas dignas de atraeros, hay una hacia la cual os invito á salir hoy. Ningún atlas geográfico la menciona.

Ningún gobierno ha puesto en ella su bandera. Ni los hielos polares, ni el sol abrasador de los trópicos impiden el acceso á ella.

Y es, no obstante, una comarca inmensa, y al propio tiempo la más digna de ser explorada.

Adivinad su nombre. La contemplo al miraros: esa *tierra desconocida, es la naturaleza humana*. Y para cada uno de vosotros, la propia persona.

No creáis que lo que digo es una frase ingeniosa, más ó menos superficial, dicha con objeto de distraeros ó de preocuparos. No es posible decir nada más serio ni verdadero.

El hombre ha nacido explorador. La humanidad, originariamente, está rodeada de objetos desconocidos en absoluto. Allí donde mira, cosas nuevas,

USJ BIBLIOTECA

fenómenos curiosos se ofrecen á su atención. Por instinto natural y por necesidad, observa, se instruye, adquiere saber y experiencia. Cada individuo vuelve á empezar, por su cuenta, el trabajo que ya han hecho sus antepasados. Para los recién nacidos todo es nuevo.

Pero en el gran trabajo, mediante el cual el hombre aprende á reconocer y explotar la naturaleza, á conquistar el globo para instalarse en él, una cosa le detiene sin cesar, le perturba y á veces le desalienta: el desconocimiento en que se halla de sí mismo, de su naturaleza, de su destino. El hombre, que ha explorado no sólo la superficie, sino hasta las entrañas de la tierra, sigue siendo un enigma para sí mismo. Su cuerpo, lo mismo que su pensamiento, conservan para él secretos que no ha sabido penetrar. Ha aprendido el arte de utilizar el vapor, de domeñar el rayo, de conducir la electricidad, y su propia voluntad sigue mostrándosele energía rebelde. Por tanto, podemos decir todavía sin exageración: de todas las tierras desconocidas, la más desconocida para el hombre es él mismo.

Sería empresa loca invitaros á vencer dificultades que los más profundos pensadores, los sabios y profetas religiosos de la antigüedad, los sabios más grandes de los tiempos modernos, no han podido vencer. Pero sí es perfectamente racional, puesto que sois hombres en preparación, acostumbraros á pensar en vosotros mismos. Y, mirad, ¿sabéis cuál es la primera conclusión que hay que deducir de esa gran dificultad que la humanidad experimenta para llegar á conocerse á sí misma? Estriba en que nuestra naturaleza encierra tantas riquezas, contiene elementos tan distintos, tan preciosos, tan complicados también, que sondearla, conocerla, medirla, no entra en las facultades de una sola generación, sino que debe ser objeto del asiduo trabajo de todas las generaciones. Cuando sólo se posee el cuadro de un huerto, pronto se pasa revista á la propiedad. Es más difícil, cuando nuestros bienes comprenden hectáreas, y sobre todo, si á ello se añaden montañas, ríos, bosques. El rey de España, en cierta época, poseía Estados tan vastos, que podía decir que en ellos no se ponía nunca el sol. En tales condiciones, pasar revista á las propiedades constituye esfuerzo sobrehumano. Queridos niños, cuando os demos este curso lecciones acerca del *mundo de la vista* y del *mundo del oído*, esperamos haceros comprender que el mismo Carlos V, á pesar de su corona en que se confundían el Antiguo y el Nuevo Mundo, no era más que un reyezuelo en comparación de lo que cada uno de nosotros posee por el hecho de ser hombre.

***

USJ BIBLIOTECA

El primer paso en pos de los hallazgos preciosos, consiste en darse cuenta de que hay, por un sitio determinado, algo que buscar. Acostumbraos, pues, á la idea de que sois todo un mundo recogido en los estrechos límites de una personalidad humana. Pedro y Santiago, Margarita y María, todos los niños, pobres ó ricos, muy bien ó medianamente dotados, tienen en si, en sus órganos, en el mecanismo de su cuerpo, en sus sentimientos, en sus ideas, en su conciencia y su razón, una mina de increíble profundidad, de que pueden sacar tesoros. Cada cual lleva también en su interior gérmenes tan abundantes de defectos y hasta de vicios, que si no se pone en guardia, puede transformarse en fuente inagotable de malos productos, con los que no dejará de envenenar á cuantos se le acerquen.

Pero prefiero atenerme, en este punto, al bien que hay en vosotros, y mediante el cual, por remota que sea la idea que de él os forméis, venceréis al mal.

Se va lejos para contemplar las maravillas de la arquitectura. Vuestro cuerpo, hijos míos, es un edificio mejor construído que cualquiera otro. Se basa en dos bóvedas: vuestros pies, que son arcos cuyas piedras las constituyen huesos cimentados en tendones. La columna vertebral es una maravilla de arquitectura y de solidez. En calidad de mecanismo, nuestro cuerpo y sus medios de locomoción

resuelven los problemas más difíciles que se plantean los constructores de máquinas. Vuestra mano es el instrumento ideal de que los demás tienen á gloria ser servidores.

Toda la física y toda la química, la que se conoce y la mucho más vasta que se ignora, tienen su laboratorio en vuestro estómago, en vuestros pulmones, en el sistema circulatorio de vuestra sangre, en el centro del cual, símbolo vigilante y activo de la vida, que jamás desfallece, late el corazón.

Vuestros ojos son faros modelos, de los que se ha copiado todo lo que se llama anteojos, telescopios, microscopios, instrumentos para percibir la luz y para propagarla. Vuestros oídos perciben lo invisible, lo impalpable, el sonido de la música y de las palabras. Vuestro rostro es un libro ilustrado, capaz de variar á cada momento, en el que se leen historias, impresiones, recuerdos. Vuestro cerebro y el sistema nervioso, unen unas á otras esas regiones diversas de vuestros vastos dominios.

Y todo ello no es más que el marco sorprendente de maravillas interiores, el umbral de un santuario en que respira y vive, en el centro de vosotros mismos, ese algo inaudito, indescifrable, precioso, heroico, doliente y feliz, sublime y miserable, que hemos llamado alma y que nos resume por entero, sin que ningún pensamiento ni ninguna palabra, ningún canto, ninguna fórmula científica, ninguna

USJ BIBLIOTECA

descripción en imágenes ni en ideas agote su significado.

Al volver de un viaje, se traen impresiones. Querría que aprovecharais cuantas ocasiones se presenten para hacer viajes de exploración por los campos inmensos de la naturaleza humana, de vuestra propia naturaleza, á fin de recoger impresiones animadoras. Viajes de ese género haremos algunos con vosotros en la serie de lecciones de este año, y deseamos que os interesen y que volváis de ellos con las manos llenas de buenos hallazgos.

¿Sabéis cuál es la causa de la desventura de los hombres, de su desaliento, de su mala conducta, de su torcido proceder con sus semejantes? Es que *ellos mismos se desprecian.*

No es que carezcan de arrogancia ni de vanidad. Pero tienen mediana idea de su naturaleza y de su destino. No se atribuyen nobleza, dignidad ni grandeza. Se desconocen y se menosprecian en lo mejor que tienen. Y por esto se mancillan, abusan de su cuerpo y de su espíritu, se desacreditan los unos á los otros, se odian y se maltratan. Viven en las tinieblas, entre miasmas, el miedo, el vacío, en vez de vivir á la luz, al aire vivificador, en la seguridad, en la confianza y la verdadera realidad. Así no conservan de la humanidad más que borrosa y lejana memoria, como reyes destronados que han caído en esclavitud.

Aprendamos, pues, desde la infancia á conocer-

nos suficientemente, para estimarnos y sentir los saludables efectos de nuestra dignidad.

Tenemos dentro de nosotros tantos recursos, tan rico material, que si llegásemos á utilizar tan sólo una mínima parte, transformaríamos el mundo en que se ostentan nuestros vicios y miserias, para cubrirle de salud, de dicha y vida esplendorosa.

USJ BIBLIOTECA

La lección de las estrellas.

Muchachos, la noche llega. El sol que ha reinado en el cielo durante el día, se ha puesto. Una franja luminosa indica á Occidente el sitio por donde ha desaparecido. El crepúsculo se va borrando por momentos. Diríase que todas las cosas, que tan claramente se dibujaban cuando era de día, se vaporizan y por fin se desvanecen. Con la claridad del sol, han cesado también el ruído y el movimiento. Llegan las sombras y el silencio, tan favorables al descanso.

Pero mirad, cuando los colores y los sonidos han desaparecido bajo el velo discreto de la noche, algo aparece que no podríamos distinguir al mediodía. Nuestras miradas, atraídas instintivamente por la claridad, se alzan de la tierra que velan las sombras, á las luces de lo alto, atentas á las realidades lejanas y desconocidas.

No conozco nada que impresione más que el espectáculo de la bóveda estrellada. Rindamos, ante

todo, homenaje á su belleza. Habéis paseado vuestras miradas por paisajes de montañas espléndidas, admirado en las poblaciones calles iluminadas, lanzado gritos de admiración ante los estallidos y los chorros dorados de los fuegos artificiales y las fuentes luminosas. Pero acordaos: á la larga las iluminaciones cansan; las funciones de fuegos artificiales no han de durar más de media hora, so pena de producir fatiga. Y para fascinar la atención del público habituado á lo corriente, los artificieros se ven obligados á esforzarse buscando novedades.

Tiene la noche estrellada, sobre todos sus brillantes artificios, una ventaja infinita. Sus encantos son ilimitados y se renuevan sin cesar. Millones de generaciones humanas los han experimentado, y los que vengan detrás de nosotros la contemplarán todavía, como si se mostrara por vez primera.

Seamos sensibles á esta atracción, dejemos que se apodere de nosotros su dulce y misterioso poder. No somos hombres sino en la medida en que nos conmueve lo verdaderamente bello. Ningún espectáculo, cuadro alguno iguala en grandeza al que nos ocupa.

¿Qué nos dicen las estrellas?; porque, tan calladas como son, á todos hablan.

En primer lugar, nos dicen que el mundo en que vivimos no es el universo, que es sólo mínima parte de él.

USJ BIBLIOTECA

Las estrellas nos hacen señas desde el fondo de los espacios inmensos, para darnos cuenta de lo que nos sobrepuja. Perfectísimo. No es necesario que el hombre piense que las ciudades y los campos en que pasa la vida son toda la realidad. Ha de mirar más lejos y más alto; de otro modo, se encierra en los límites estrechos de su ignorancia diaria como un troglodita en su caverna.

La advertencia de las estrellas es discreta, no cabría acusarlas de exageración. Los astrónomos nos enseñan, acerca de las proporciones colosales de esos globos de fuego, cosas que exceden á toda imaginación. Ninguno de nosotros podría resistir verlas de cerca tal como son. Su brillo nos cegaría y su calor nos haría desaparecer en un instante. Se contentan, pues, con hacernos de lejos señales proporcionadas á nuestra pequeñez. A nosotros toca entenderlas. Desde las edades más remotas, los hombres han elevado sus corazones á ese mensaje de las estrellas. En nuestros días, uno de nuestros mejores poetas, Sully Prudhomme, ha encontrado expresión magnífica para los sentimientos que ese mensaje nos hace experimentar:

Estrellas, vuestras miradas hacen caer de rodillas,
En vuestras pupilas palpita el llamamiento de lo infinito.

La sublime lección objetiva que nos dan las estrellas nos hace concebir también un orden inmutable y perfecto. Ya los pastores de las soledades

de Oriente habían aprendido á leer en los astros la ley de las estaciones y los años. Desde entonces, todos los estudios tan pacientes y hermosos que se han hecho sobre los movimientos de los cuerpos celestes, nos dan á conocer una exactitud cada vez más maravillosa. Ningún ejército de la tierra avanza tan derechamente como lo hacen allá en lo alto esos viajeros eternos. Nunca se retrasan ni se adelantan. Diríase que eran un reloj montado por algún relojero invisible, cuyos cálculos no fallan jamás. Todos nuestros instrumentos de precisión quedan rebajados ante esa obra maestra, cuyo pormenor y carácter gigantesco nos sorprenden por igual.

Cuando pensamos en la edad que cuentan esos globos de fuego rojos, azules, titilantes ó fijos, nos anonada el espacio inmenso del tiempo transcurrido. Nos parece conmovedor pensar que los hombres de todas las edades hayan contemplado, como nosotros, esos peregrinos del infinito, siguiendo su camino con seguro paso. Fraternizamos contemplándolos con los magos de la Caldea, con los adivinos de la India, con los sabios del antiguo Egipto. Homero, Abraham, Moisés, Platón y Jesucristo, nos parecen casi hombres de nuestro tiempo, que toman parte en el mismo espectáculo que nosotros.

La humanidad entera, desde que existe, busca, sufre, ama y espera, parece, sin embargo, especie de cortísimo incidente de un drama inaudito que

USJ BIBLIOTECA

llena todos los tiempos. Se juzga prodigiosa la duración de los períodos geológicos de nuestro globo. Antiguos huesos petrificados, capas del suelo anteriores á todos los seres vivos, nos hacen pensar hasta qué punto es vieja la tierra. Y no obstante, á su vez, comparada con esos luminares de lo alto, la tierra es un niño de corta edad. Ninguna cifra, por grande que sea, puede decirnos desde qué fecha están suspendidos del collar de la noche esos brillantes, esos diamantes, esos topacios de brillo inmortal, que, sin embargo, parecen salir de estuches de flamante novedad.

Queridos muchachos, grabemos en nuestro corazón el mensaje de las estrellas. ¿Deduciremos de su grandeza la conclución de que nosotros somos pequeños, despreciables? ¿Su duración nos hará llorar lo breve de nuestra existencia? ¿Hará el puro resplandor de sus luces que la tierra, á nuestro alrededor, nos parezca desprovista de encantos y fea la humanidad? No. Sus luces benéficas no alumbran nuestras profundidades para disgustarnos de lo que somos y poseemos, sino para darnos animación. El universo entero habla y nos instruye. Lecciones tan altas nos descubren nuestra grandeza. Son advertencias destinadas á mostrarnos que estamos al principio de un camino infinito. No nos desanimemos, formamos parte de un conjunto de tal modo firme y grande, que nuestro destino se halla á resguardo en él. A través de esas maravi-

llas que se ofrecen á nuestra vista, reconozcamos realidades, riquezas, bienes superiores que nos son accesibles por la sola razón de que podemos presentirlos. Dejémonos convencer por la belleza, por el valer, por la sabiduría, por la fuerza, cuyas huellas se perciben por doquiera. El universo no es una gran máquina muerta en que todo camina al azar. Es un inmenso organismo vivo é inteligente cuyos recursos exceden á todos nuestros medios de comprensión. El principio de inteligencia que poseemos debe servirnos para olvidar hasta qué punto el mundo está penetrado de inteligencia. Hemos de felicitarnos de formar parte de él, pensar que está bien gobernado y confiarnos al poder que le rige y en el que todo descansa.

Elevando tan alto nuestro corazón, concebiremos una grandeza ante la cual las cosas colosales y las menores tienen valor igualmente cierto, y nos sentiremos guardados para siempre, abrigados, alentados para llevar valientemente la vida y para ver aún vida en la muerte misma. Porque las estrellas son también un signo, de todos el más elocuente, de lo que no muere jamás.

USJ BIBLIOTECA

La lección de la hormiga.

La lección última nos ha sido dada por las estrellas. Son profesores muy grandes. Pero habéis visto que, aun cuando muy grandes y viejos, esos profesores silenciosos tenían muchas cosas que decir á los hijos de los hombres. Hoy os llevamos á otro maestro más modesto; maestro que, á ser preciso, colocaríais en vuestro dedo meñique, ó que podría instalarse en vuestro oído para hacerse oir mejor.

Ese maestro es la hormiga. Si las estrellas nos hacen vislumbrar otro mundo inmenso que ha de elevarnos é inspirarnos, la hormiga enseña lo que está muy cerca. Es ejemplo vivo del celo, del esfuerzo audaz, de la constancia en las cosas pequeñas. Ver lejos, muy lejos; sentirse penetrado de la majestad augusta de las creaciones ilimitadas, elevarse hasta la confianza en el Dios invisible y en todas partes activo, es una cosa. Ver de cerca, ocuparse de la propia labor, llenar su vida y cumplir

su destino, ser hombres constantemente preocupados del útil empleo de las energías de que disponemos, es otra. Y con ambas se obtiene el producto Sabiduría. El universo entero proclama esta Sabiduría. Desciende en chorros de luz de la vía láctea, y anda bajo los tallos de la hierba, por el camino de las hormigas.

Hormiguita, permite que te miremos; no te haremos ningún daño: Porque, ¿no es eso?, queridos niños, un bribón puede destruir una maravilla; pero ese bribón, no seremos nosotros. La miraremos y luego la pondremos otra vez en libertad. Mirad esta hormiga. Habríamos de juntar veinte para que pesaran un gramo, y, no obstante, su cuerpecillo posee todos los órganos de la vida. En esta cabecita está concentrada en forma de instinto la tradición entera de las hormigas; está provista de dos ojos excelentes, de fino olfato, de dos pinzas para roer y coger cosas, de antenas para investigar el tiempo, para informarse de los peligros posibles, si se quiere para hablar por señas.

En el pecho están reunidos los órganos de la circulación, que, semejantes al corazón nuestro y á nuestros pulmones, mantienen la vida. Ahí también se asienta una gran fuerza, que se comunica á esas patitas, tan rápidas para correr, tan firmes para levantar cargas. No hablo del abdomen, ni del ácido fórmico al cual debemos el cloroformo. La hormiga es una pequeña maravilla como organismo. Así

USJ BIBLIOTECA

no tiene que temer nada de ser comparada, aun cuando fuera con una estrella. La misma ciencia infinita hay en este animalillo minúsculo que en esos luminares monstruosos.

En los días de sol, en los senderos sembrados de arena menuda, á la orilla de los grandes bosques, ved cómo las hormigas trabajan. ¡Qué limpias son! Ninguna obrera va á su trabajo más cuidosamente aseada. Observad su prudencia. Atienden á su camino con el mayor cuidado. Ninguna de ellas tropieza con otra, ni da de cabeza contra un obstáculo, como hacen los estudiantes aturdidos cuando van por la calle. Con finura, se hacen con frecuencia, al pasar unas cerca de otras, signos de amistad.

Pero no se distraen. La hormiga se ocupa de su negocio, á él se consagra por entero. No las veréis perder el tiempo en el camino, charlar sin medida ó pararse á cada momento faltas de actividad. Caminan y saben dónde van. Mañana lloverá quizá; hoy el tiempo es bueno y lo aprovechan. Mirad las que vuelven cargadas. Unas llevan restos de insectos, de gusanillos, de orugas; otras transportan yemas de haya, hojas de pino. Encuentran obstáculos, pero no permiten al desaliento apoderarse de ellas. ¿Hay alguna que tenga demasiada dificultad para llevar su carga? hace una señal á otra compañera, que inmediatamente se la une para ayudarla.

El hormiguero de donde vienen y á donde van,

está lleno de obreras afanosas; pero en vano se trataría de hallar en él el más mínimo desorden. Cada cuál tiene su consigna y la ejecuta. Allí hay todo un pueblo que hace su labor en silencio, sin disputas. ¡Y qué labor! Aquel hormiguero, de más de un metro de alto, tiene mil veces la altura y millones de veces el tamaño de una hormiga, es una ciudad con calles, encrucijadas, plazas y viviendas. La policía de las calles es mucho mejor que la de bastantes ciudades.

Las hormigas-madres ponen huevos, que se transforman en larvas blancas, antes de hacerse hormigas. Buen número de obreras están encargadas de hacer de nodrizas. Cuando el tiempo es bueno, se saca á los lindos muñecos, se les coloca en camas bien calientes, y á la menor señal de cambio, se les entra con apresuramiento.

Si os dijera que las hormigas explotan animales domésticos y tienen vacas, creeríais quizá que quiero divertirme á costa vuestra, y no me pondría serio si me preguntaseis si esas vacas son limosinas, normandas ó bretonas, y qué cantidad de leche, queso y manteca producen. Pero es positivo: las hormigas tienen sus vacas, y esas vacas constituyen inmunerables rebaños de pùlgones que pacen en los brotes más tiernos de las plantas, de los rosales sobre todo. Las hormigas acuden á recoger con asiduidad los jugos que segregan esos pulgones.

USJ BIBLIOTECA

Pero donde encuentro admirables á las hormigas es en la desgracia. Nos enseñan el trabajo inteligente, pero también el valor en los momentos terribles.

Mirad un hormiguero. Todo va bien por el momento y cada hormiga cumple en paz con su deber. De pronto sobreviene una catástrofe. Uno que pasa mete el bastón en el hormiguero y derriba parte de él. Al momento todas las hormigas salen fuera, la alarma es general. Si el enemigo no se ha movido del lugar, trepan por sus piernas y se lanzan al asalto. Pero pasada la primera emoción, todas se ocupan de reparar el daño, y con humor sereno y firme, se aplican á esta tarea hasta que haya desaparecido toda huella de vandalismo.

Cuando se piensa cómo las desgracias nos asombran y desmoralizan, y qué sangre fría es preciso tener para rehacerse y vencer las contrariedades, en las ocasiones frecuentes en que todas las cuestiones se presentan á la vez, admira ver pequeños animalitos, que no se dejan abatir y que luchan contra el desorden, la desgracia, la destrucción, con el orden, la buena inteligencia mutua, la paciencia invencible.

¿Se da cuenta la hormiga de todo lo que nos enseña y de todo el admirable trabajo que para nosotros representa? No pensamos que así sea. Sin duda, jamás ha mirado á las estrellas ni tratado de interpretar lo que nos indican esas señales que nos

advierten desde el fondo del infinito. Su labor de hormiga le basta. Y con ella nos hace saber que entra en el orden de las cosas que cada ser sea lo que debe. Para que todo marche bien es preciso que cada cual, por su parte, cumpla lo mejor que pueda. Entonces, aun cuando no podamos explicarnos ni el inmenso universo, ni nuestro propio destino, tendremos al menos la seguridad de estar en el buen camino. Haz lo que debes, haz lo que puedas; emplea tus días del modo mejor y deja lo demás á Aquél por quien brillan las estrellas y trabajan las hormigas.

Por ser más modesta que la sabiduría que se desprende de las lejanías luminosas, esta lección no es menos preciosa; es familiar y sencilla, pero sus resultados son poderosos, y, semejante á las hormigas, grano á grano, acumula montañas.

USJ BIBLIOTECA

Inteligencia y razón.

El ojo puede mirarlo todo, pero no puede mirarse él. Una dificultad semejante á la que impide al ojo observarse, nos impide observar la razón. Para ello, efectivamente, es preciso que la razón reflexione en sí misma.

Bueno es, sin embargo, tener en este punto algunas luces. Tratemos de proporcionárnoslas. La razón es el conjunto de todas las claridades que podemos procurarnos sobre las cosas y que nos sirven de guía. Esas claridades pueden ser mayores ó menores, el hombre puede poseer razón en mayor ó menor grado.

Hay una diferencia entre la inteligencia y la razón. Puede decirse de un alumno que es inteligente, pero no ser de razón. Ser inteligente significa comprender con facilidad, comprender las explicaciones, poder seguir el funcionamiento de un mecanismo ó el hilo de una demostración. Así, por ejemplo, comprenderéis rapidísimamente y á la perfección qué efectos produce en el organismo humano el alcohol y los destrozos que de su consumo resultan, y al hacerlo así, os mostraréis inteligentes. Pero al consumir, á pesar de comprenderlo, el tal veneno, probaréis la carencia de razón. Hay en el mundo mucha más inteligencia que razón. Y esta es la causa de que tantos jóvenes que la tienen preclara, no logren hacer una carrera digna de ellos. Cierta moderación, cierto equilibrio, prudencia, juicio, todo un conjunto de buenas cualidades que caracterizan al hombre de razón, les faltan á ellos.

Hay muchos niños dotados de inteligencia facilísima. Pueden aprender cuanto quieren. Son espíritus brillantes, perfectamente aptos para llegar á ser hombres útiles y buenos, á condición de que no dejen de cultivar la razón. De otro modo, puede ocurrir que su inteligencia, más vasta y cultivada, no les sirva sino para cometer tonterías mayores. Si una vagoneta descarrila, es un accidente sin importancia y el daño se repara sin esfuerzo; pero si descarrila una locomotora con el tren que arrastra, el accidente es grave, á veces es catástrofe de desastrosas consecuencias. Cuanto más grande, complicada y poderosa es la máquina, más graves son los accidentes que resultan de su desarreglo. Cuanto mayor la inteligencia, mayores también las calamidades que puede causar su empleo irracional. La inteligencia no es buena energía sino al servicio de una razón equilibrada.

USJ BIBLIOTECA

Algunos han llegado á adoptar aires de suficiencia á fuerza de sentirse inteligentes; su saber les engríe; desprecian á los que no poseen su ciencia ni su perspicacia. En este punto se muestran poco razonables, y olvidan que nadie se ha formado solo ni podría, en justicia, gloriarse de tener un cerebro perfectamente organizado.

Hay también muchas gentes que dicen no tener por real sino lo que comprenden. Al aventurar una declaración semejante, es preciso que supongan su inteligencia bastante vasta para que todas las realidades del universo quepan en ella. Me diréis que os encargaríais de encerrar el mundo entero en vuestro porta-libros y llevarlo de esta suerte, y no diréis cosa más atrevida.

La inteligencia del individuo es comparable á un receptáculo de determinada cabida. En él pueden colocarse cosas que quepan, pero no las que sean más grandes, como no podría meterse el Occéano en una marmita, ó poner el Monte Blanco, á guisa de sujeta-papeles, sobre la mesa de despacho. Un poco de razón debe servirnos para comprender que todo en nosotros es limitado. Es racional pensar que hay muchas más realidades en el mundo que las que puede notar y comprender nuestra inteligencia. Es un punto más en que la inteligencia necesita grandemente también del auxilio de la razón.

Hay quien confunde la lógica con la razón. Ciertamente hay lógica en esta facultad, pero la lógica no es toda la razón. Oís decir con frecuencia: es lógico, y así hay quienes pretenden justificar sus acciones. Ejemplos: Recibís un puntapié y lo devolvéis. Perfectamente lógico. Se os insulta, respondéis insultando, nada más lógico. Hoy un compañero se niega á complaceros en algo, mañana os negáis vosotros. Todo eso es indudablemente lógico; ¿pero es racional? Si consultáis á la razón recta y sencilla, os dirá: «¿Eso que hacéis era lo más práctico y mejor que podíais hacer?» Puede ocurrir que una cosa sea lógica, ¿pero qué bien resultaría de ella para vosotros ó para los demás? ¿Adónde os llevaría, á más, esa lógica? ¿No valdría más ser algo menos lógico y un poco más racional?

Algunos creen que la razón consiste en razonar, y razonan todo el día. Examinando las cosas de cerca, no son, sin embargo, más que máquinas que se agitan en el vacío. Hacen un trabajo tonto. Preferible es callar y emplear bien el tiempo. Tanto razonar os expone á decir disparates.

Basta reflexionar un poco de estas cuestiones para persuadirse de que la sana y recta razón es cosa rara y preciosa, y que nunca cuidaremos demasiado de mantenernos en su terreno, ó de volver á él en caso de que le hayamos abandonado.

El común de los mortales piensa que se tiene razón, como se tiene cabeza ó brazos, por naci-

USJ BIBLIOTECA

miento, y que todos sabemos hacer uso de esta facultad. Grande error. El manco que sepa servirse del brazo que le queda, prestará con facilidad mejor servicio que el que tiene dos brazos no ejercitados. Si es necesario dedicarse á un aprendizaje paciente para llegar á servirse útilmente de los brazos, más necesario es y más difícil aprender á servirse de la razón. De todo lo que el hombre emprende, lo más difícil es pensar bien, juzgar con rectitud, cuidar de sus ideas, de sus deseos, de sus sentimientos, disciplinar, en fin, todas las energías interiores que constituyen su espíritu y determinan su conducta.

Perseguir con ardor lo verdadero, formarse una concepción clara de la vida, de las cosas y de los hombres, amontonar datos y luego conformarse á lo que se ha reconocido justo, positivo, recomendable, eso es lo mejor que la vida encierra. Es la razón traducida en hechos.

No nos dejemos persuadir de que la tendencia á ilustrarse más y á conformarse á la razón nos endurece, por demasiado calculadores, y desarraiga en nosotros la bondad. Ciertamente, si sólo nos inspiramos en el interés, en calcular lo que puede aprovecharnos, en consultar no más que lo que se llama la *fría razón*, descenderemos á la categoría de máquina de calcular. Pero ello sería precisamente irracional, porque sería inhumano.

La razón humana hay que cultivarla en nosotros,

y no una razón de mono domesticado que encierre más astucia que espíritu abierto, amable y claro. La razón verdadera no es extraña á la conciencia ni al corazón, no merece siquiera el nombre de tal sino cuando está penetrada de sentimiento bueno y generoso. No lleguéis á desconfiar de esa razón, porque no hay individuo ni pueblo que puedan prescindir de ella. La inconsecuencia, los extravíos más extraordinarios, las perversiones más peligrosas, son de temer el día en que el hombre pierde la confianza en las sanas luces que ha recibido para guiarse en la vida, y en que, so pretexto de que nuestro saber es limitado, se resigna á la ignorancia, á la superstición, á la esclavitud.

No se puede ser hombre, en toda la extensión de la palabra, sin dejar desarrollarse dentro de sí un espíritu que encierre firmeza tanto como bondad, clarividencia lo mismo que ternura, reflexión, conciencia delicada y juicio recto. Todas esas cosas, las llaméis corazón, cabeza, sentido de lo justo ó espíritu científico, no son tales que se excluyan, sino que se sostienen, se corrigen, se completan mutuamente. La razón consiste en no oprimir nada legítimo en sí, en no mutilar ninguna de nuestras facultades, intelectuales ó morales, á fin de obtener de la colaboración fraternal de todas más fuerza y dulzura, mayor valor y experiencia, todos los recursos posibles que sostengan nuestra propia vida y la de nuestros semejantes.

USJ BIBLIOTECA

Locura.

Acabamos de hablar de razón. Por una transición sencilla, esto nos lleva á hablar de sinrazón y locura.

Desdichado loco es el que ha perdido el uso de la razón.

Todo el mundo piensa que una de las mayores desgracias que pueden ocurrirnos, es la de ser atacados de enajenación mental.

No quiero hablaros hoy de este género de locura. Existe otra que se apodera de muchos hombres, ya permanentemente, ya á intervalos. Consiste en observar una conducta y realizar actos contrarios á todo buen sentido. Este género de locura, no entra en la esfera de acción de los médicos y los manicomios, sino de la conciencia y la responsabilidad de cada uno. Para no caer en ella, es necesario cuidar de sí mismo.

Los niños hacen á veces las que se llaman locuras. No son peligrosas, á condición de que no hagan daño á nadie y de que no se hagan locuras á costa de los demás ó de la propia salud.

No obstante, no conviene hacerlas con demasiada constancia. En todo es bueno guardar medida, aun en esas travesuras juveniles que de tiempo en tiempo son para nosotros la felicidad, y como resueltamente las hay inocentísimas que se pagan demasiado caras, nunca hay que tener más cuidado que cuando queremos hacerlas. Cuando los conejos en el coto quieren dedicarse á sus expansiones, cuidan de elegir unos cuantos camaradas de oído fino, para que estén en acecho. Así, mientras que unos hacen el loco, los otros vigilan. Con ello nos dan un ejemplo excelente. Hagamos locuras inocentes, concedido; pero que la prudencia vele para que todo acabe en bien.

Hay, por desgracia, locuras más graves, en las que yo querría impedir que cayerais. Os indicaré algunas.

Locura es pensar que no todo se paga, hacer mala vida é imaginar que, si nadie lo llega á saber, no tendrá malas consecuencias. Demasiados niños y mayores viven en este engaño peligroso. Con sus pensamientos desordenados, sus palabras mentirosas, sus malas acciones, siembran, luego tapan la semilla y se alaban de que no han hecho nada. ¡Desdichados! Todo se conserva. Lo mismo que bajo los surcos germina el trigo, en la sombra en que le encerráis el mal germina, y la cosecha ma-

USJ BIBLIOTECA

dura cuando ya hace tiempo habéis olvidado la siembra. Cada día se apunta cuidadosamente en vuestro activo y en vuestro pasivo lo que habéis sido y lo que habéis hecho. No os libraréis de la suma si os es desfavorable, y nadie podrá impedir que os resulte provechosa si el balance es bueno para vosotros.

Locura es alabarse de la posibilidad de adquirir dulcemente malos hábitos y luego deshacerse de ellos de pronto. El que se desliza poco á poco en el lodo, ¿podrá salir cogiéndose de los pelos? No. Guardaos, pues, porque el hábito es lodo traidor en que nos hundimos.

Locura es esperar que vendrá la dicha, ó la suerte, ó la reforma de nuestro carácter, sin que para ello trabajemos. Si vosotros mismos no os esforzáis, esperaréis en vano y vuestra existencia será comparable á las antesalas en que os desesperáis aguardando que se abra la puerta del personaje influyente que va á colmar vuestros deseos y hacer vuestra fortuna. Después de las horas de inútil esperar, alguien se acerca á deciros que el personaje no ha venido ni volverá en todo el día.

El bien á que aspiráis hay que ir á buscarlo y conquistarlo luchando con ardor.

Locura es en la juventud pensar que las personas mayores son muy dichosas, y luego, cuando se ha crecido, exclamar: ¡éramos, cuando niños, más felices que ahora! Si no nos apreciamos ni queremos ser como somos, para desde aquí ir en busca de mejora, seremos como el que quiere subir á una montaña sin resignarse á comenzar la ascensión en el sitio mismo en que la montaña se encuentra. Para adelantar y progresar es condición ineludible partir del punto en que uno se encuentra. Porque el día en que podáis hacerlo de más alto, es decir, de donde no os encontráis, no llegará nunca.

Locura es creer que basta repetir varias veces una cosa falsa para que se tome por verdadera, ó negar con persistencia algo que es verdad para que se tome por falso. Y por consiguiente, loco es pensar que la tontería ó la truhanada sumadas de muchas gentes faltas de razón, puedan prevalecer contra la verdad y los hechos, aun cuando sólo estuvieran representados por un solo hombre de recto sentido.

Una serie de locuras tiene de común el extraviar las cosas de su uso natural, esperando siempre excelentes resultados.

Vuestro estómago es apto para digerir alimentos sanos. Si hacéis de él receptáculo de venenos, os envenenará.

Las diversiones compensan las fatigas del trabajo. Si queréis que sean lo corriente en la vida, se tornarán en fastidio y os echarán á perder.

La noche se ha hecho para dormir, el día para trabajar. Hacéis del día noche y de la noche día; trabajáis para la destrucción.

USJ BIBLIOTECA

Los niños deben obedecer, los maestros y los padres dirigir. Si los niños dirigen y los padres obedecen, la moral resulta trastornada.

No hay que salirse del orden. Fuera de él no ocurren más que desdichas.

Pero es inútil decírselo á los locos. Se ríen de vuestros consejos. Creo que es Voltaire quien ha dicho en sustancia estas palabras melancólicas: «No me aflige que la razón humana tenga límites; lo que me llena de desolación es que no los tenga la estupidez de los hombres.» Preciso es que estas palabras encierren gran verdad para que, desde que el mundo existe, se incurra siempre de nuevo en los mismos extravíos.

Pero se llega al grado más alto de demencia cuando los locos dan este nombre á los demás. Puede decirse que siempre estamos locos en opinión de alguien. Los mejores, los más discretos, los más abnegados de entre los humanos han sido tratados de locos. Cuando un inventor está en la pista de un gran descubrimiento y á él consagra sus esfuerzos, sus contemporáneos, que no pueden comprenderle, le llaman loco. Cuando un ciudadano honrado y previsor dice que nada bueno puede resultar de la incuria, de la negligencia, de la pereza, de la intemperancia, se eleva un coro de risas á su alrededor y se repite: ¡Está loco! Cuando un hombre generoso se sacrifica, oís que dicen los cínicos: Preciso es estar loco para hacer eso.

Hijos míos, en último término, hay que elegir. Se trata de saber á qué categoría de locos queremos pertenecer. En el mismo grado que los que os aman deben desear que seáis discretos, prudentes, cuidadosos de vuestros propios intereses, ponderados y tranquilos, así hay que desear también que no seáis de esos espíritus bajos, á quienes el entusiasmo por las cosas elevadas, la generosidad, la alegría ardiente de arrostrar un peligro para salvar al prójimo, la fe que lucha, pena y cree en el mañana en medio de los trabajos oscuros del presente, parecen locuras. Todos los mártires de la ciencia, de la patria, de la justicia, de la libertad, de la verdad, han tenido su locura sublime. ¿De qué nos serviría la razón, si en lo que tiene de más alto, no reconociera que la locura de ese heroísmo es lo más hermoso y real que existe? «Los combates más admirables son los que no sostiene la esperanza. ¡Por cima de la victoria, más alto que el éxito, más que la gloria misma, hay algo: el sacrificio!» ¿Quién ha dicho estas palabras?—JULIO FERRY.

Deseo que seáis bastante locos para comprenderlas.

USJ BIBLIOTECA

La piedad.

Acabamos de hablar de Razón y de Locura. Entre las cosas en que vemos con frecuencia á las personas más razonables tratarse de locos, figura la religión.

¿Qué podríamos hacer para aliviar algo este mal? Sin duda debe ser, en parte, incurable. Siempre habrá espíritus fanáticos que considerarán como un deber desacreditar y zaherir ruidosamente las convicciones ajenas. Pero en el promedio de los ciudadanos, es posible mejorar algo las cosas. Mediante una serie de reflexiones, pueden llegar á comprender que ha de respetarse lo que cada cual piense, tanto, por lo menos, como sus bienes materiales; que los espíritus están diversamente dotados y orientados; que esta diversidad constituye una riqueza y no un inconveniente, y que es justo y razonable admitir que se puede pensar de otro modo que como nosotros pensamos, sin ser un loco ó un criminal. Seamos hombres antes que sectarios, de cualquier partido que sea, creyente ó no.

Basta reconcentrarse en sí y reflexionar en los deberes esenciales, para llegar á esta conclusión: sobre nuestro deber para con el grupo espiritual de que formamos parte, está el deber para con la gran familia humana, sobre todo con esa fracción de la gran familia representada por el medio social y nacional en que vivimos. Odiar, ó aun solamente despreciar al conciudadano porque no tiene la misma religión que vosotros, ó porque no profesa religión alguna, ó considerarle también cerebro obtuso é inteligencia atrasada porque profesa creencias y se entrega á prácticas religiosas, es contrario al deber patriótico y al deber humano más elemental. Siendo estas cuestiones de un alcance tal que nadie jamás las ha abrazado enteramente, ni profundizado por completo, el simple buen sentido exige que se permita reinar en ellas una libertad saludable. Y es una de las maneras más gratas de utilizar la razón no tratar de demente, en esos grandes asuntos del alma, de Dios, del origen y del destino de los hombres, al que ha visto otra cosa que nosotros en la esfera ilimitada de la realidad.

A estas cortas reflexiones que inspira el simple buen sentido, añadiré ahora una consideración más especial. Para impedir que la religión degenere en sombrío fanatismo, y que el libre pensamiento llegue á ser profanador, hace falta un algo respetuoso, clarividente y tierno, que llamaré Piedad humana.

USJ BIBLIOTECA

Comunmente, cuando se habla de piedad, se piensa en la religión. La imaginación hasta nos representa una religión definida, con sus prácticas rituales. Persona piadosa es la que se dedica á ciertos actos, especialmente considerados sagrados. Reduciendo de esta suerte los dominios de la piedad, se llega á darle á veces carácter de misantropía, cuando se singulariza, se aparta del mundo y de la sociedad. Y, de consecuencia en consecuencia, hallamos verdaderas deformaciones de la piedad, de suerte que el idioma, imagen fiel de los estados del espíritu humano, llega á hablarnos de mentiras piadosas y hasta de odios piadosos.

La piedad humana, en sí, está exenta de todos esos inconvenientes. Es un sentimiento de veneración profunda, de sincera bondad y fiel adhesión á todo lo que es simple y extensamente humano, como á todo lo que es venerable, hermoso y merecedor, en general, de nuestro respeto. La Piedad humana es la raíz de la más excelente piedad religiosa, tanto como de la vida más pura y elevada en los hombres que no profesan una religión especial. Así, se puede observar una gran piedad filial, patriótica, y, en general, humana, en individuos que se mantienen alejados de la religión. Y es justo añadir que hay gentes que se llaman religiosas, que hacen ostentación de creencias, que hasta combaten furiosamente en favor de su especial agrupación religiosa, y que, en el fondo, no tienen verdadera

piedad. De otro modo, no podrían atreverse á excluir, despreciar y á veces calumniar y perseguir á sus semejantes. La piedad humana se lo impediría, en efecto, como crimen el más horrible.

Esta piedad es el sentimiento vivo y profundo del valor de las cosas. Por este sentimiento, hombres y cosas llegan á sernos sagrados. Transforma el mundo entero para nosotros en un santuario en que no podemos movernos sino con respeto.

Hay un cierto espíritu impío y profano que abusa de todo, que todo lo menosprecia y mancilla. No perdona las flores, ni los niños, ni la juventud, ni la vejez, ni la pobreza, ni el dolor, ni la muerte, ni la belleza, ni la debilidad ó la inocencia. El que está imbuído de este espíritu, va sembrándole por doquiera. Es un impío que no respeta nada, porque nada tiene valor á sus ojos. Manera tal de considerar las cosas, de profanarlas, de mancillarlas, de denigrarlas, constituye el mayor peligro para un individuo ó una nación. Va extendiendo el odio, la maldad, la desorganización. Es una peste que todo lo destruye, y contra la cual nunca estaremos bastante en guardia. Y realmente, todos estamos expuestos á que nos arrolle. Siempre que para satisfacer un apetito inferior olvidáis vuestra dignidad ó la del prójimo, obráis dominados por ese espíritu. Siempre que menospreciáis á los demás, sus convicciones, su libertad ó su derecho, la impiedad ha hecho presa en vosotros.

USJ BIBLIOTECA

Por impiedad se desobedece á los padres, á los maestros, se dejan de guardar las consideraciones debidas al hogar en que se vive, cometiendo en él malas acciones. Por impiedad se pone mano en los bienes ajenos, se altera la verdad, se golpea y hiere al semejante, se le perjudica, de cualquier manera que sea.

É influídos por este mal espíritu, todos nos asemejamos, por distinta que sea nuestra inteligencia ó nuestra posición social. El vicio más grande nos roe por dentro.

Pero si hemos realizado algún bien, á la Piedad humana lo debemos. Por ella reconocemos un hermano en cada hombre, veneramos y respetamos la humanidad, aun en sus miserias y defectos. Por ella concedemos valor tan elevado á la persona de cada cual, que por nada del mundo querríamos lastimarla. Por ella los pequeños resultan ennoblecidos, los grandes y los poderosos mantenidos dentro de los límites de la justicia y el amor. Adoradores de los misterios sagrados de la religión, ó simplemente prosternados ante la insondable grandeza del mundo y nuestro destino, todos los que sienten la Piedad humana, resultan, por ella, de igual calidad. Aplicaré á este sentimiento tan delicado, tan alto, tan ardientemente humano y de alcance tan vasto, los hermosos versos de Víctor Hugo:

¡Con una sola virtud, Dios formó el corazón de los justos,
Como con un sólo zafiro, la bóveda de los cielos!

Cultivemos pronto en nuestras almas la piedad humana, y todo fanatismo será desterrado de ellas. Amaremos á cada uno con sus cualidades propias, y sabremos ponernos en su lugar. No se es realmente hombre sino cuando se cuida, se mantiene, se hace florecer en sí la Piedad humana. ¡Si todos la tuviéramos, religiosos ó antirreligiosos, nos encontraríamos en la *religión humana!*

En suma, por la fuerza de las cosas, la humanidad vive de su Piedad y de su Fe. El día que no creyera en su destino, y no respetase ya ese destino en sus acciones, en su trabajo, en la disciplina de las voluntades, caería como fruta seca del árbol de la vida. Las religiones, las morales, las teorías filosóficas, las organizaciones sociales y políticas, no tienen valor sino en la proporción en que aumentan el patrimonio de nuestras almas. Este patrimonio espiritual, es indiviso. Ningún grupo le ha creado por sí solo; á todos pertenece. Cuando así lo hayamos comprendido, ya no habrá tantas gentes que llamen locos ó bandidos á los que no piensan como ellos.

Pero esto quizá está fuera del alcance de vuestras inteligencias infantiles. Entonces os diré: para seguir siendo justos, no excluir ni odiar á nadie por sus convicciones, sed niños piadosos, no sólo para con vuestros padres, sino para con vuestros

USJ BIBLIOTECA

abuelos, para la vieja, sufrida y trabajadora humanidad, hermosa en sus dolores y sagrada por sus esfuerzos; amadla inmensamente y probádselo no menospreciando á ninguno de sus hijos.

La delicadeza moral.

He aquí palabras que expresan directamente cualidades físicas é indirectamente cualidades morales. Trataremos de explicar las unas por las otras.

Es delicado lo fino ó tierno. Delicado quiere decir también, en ocasiones, débil. Salud delicada es salud poco resistente, á la que cualquier trastorno altera y que produce constantes inquietudes.

La delicadeza moral consiste en la finura del sentido moral.

Los sentidos pueden tener más ó menos ejercicio ó poder. Por ejemplo: hay quien tiene muy buena vista y distingue, aun de lejos, el objeto más pequeño. Otros tienen mala vista. No conocen á las personas en la calle, y pisan las cosas pequeñas sin darse cuenta. Hay, finalmente, personas que tienen la vista muy delicada y á quienes la luz ofende.

Transportemos estos fenómenos á los dominios de la sensibilidad moral, y veremos que hay indivi-

USJ BIBLIOTECA

duos cuyo sentido moral es tan impresionable que por todo se lastima. Temen tanto obrar mal, que no pueden hacer nada con tranquilidad, hablar sin arrepentirse inmediatamente. Su temperamento no es normal. Se atormentan y atormentan á los que les rodean.

Otros padecen la enfermedad contraria. Su sensibilidad moral está embotada. No sienten más que las cosas muy grandes, y aun respecto á ellas se equivocan fácilmente. Al igual que los que tienen mala vista confunden de lejos un perro con una ternera, ó un arbolillo con una señora, confunden ellos, de modo extraño, lo que es y lo que no es lícito. Delante de ellos se abusa de la falta de experiencia de un niño mandándole hacer un encargo grotesco, como ir á comprar á la tienda de comestibles diez céntimos de leche de pata. El caso les divierte infinito y lo juzgan tan ingenioso, que no observan la falta de delicadeza moral que indica semejante modo de proceder.

La delicadeza moral, comparable á la vista clara y normal, consiste en distinguir con claridad y precisión lo que es justo y lo que es injusto, y en ajustar nuestras acciones á los dictados de la conciencia.

Pongamos ejemplos. Si en una clase donde varios alumnos se esfuerzan por llegar al primer lugar, falta uno de ellos el día que corresponde el ejercicio de redacción, el hecho favorece á los de-

más competidores. La causa es poderosa, una enfermedad retiene en el lecho al alumno. De estar, sin duda hubiera sido temible. Ausente, ya no hay que contar con él; el puesto que le correspondía va á ser para uno de sus compañeros. He aquí una situación en que cabe hacer examen de conciencia y preguntarse si se tiene ó no delicadeza de sentimientos. Pensáis que por el gusto de ser el primero, algunos escolares, más fuertes en historia ó en cuentas que en sentimientos generosos, considerarán extraña fortuna la enfermedad del compañero. Pero el estudiante que tiene buen corazón, preferirá ser el segundo ó el tercero y no deber el triunfo á la enfermedad de su compañero de clase.

Segundo ejemplo: Ganar dinero es cosa buena y apetecible. Aumentar sus bienes, es acrecer al mismo tiempo su independencia y los medios de ser útil á los demás. Pero la delicadeza moral se conoce en que el hombre de bien no admite todos los medios de ganar dinero. Algunos de ellos son bajos, engañosos, deshonestos y siempre se le resistirán. No toda ganancia le parece apetecible, porque las hay sucias. El comerciante cuyo superior deseo es enriquecerse, se burla de la probidad. El dinero no huele, no se ocupa de saber si está ó no bien adquirido. Meterlo en la caja, eso es lo que importa. Loco, según él, el que por miras honradas desperdicie las ocasiones.

En este punto, todos tenemos el deber de hacer

USJ BIBLIOTECA

examen de conciencia. Veamos: ¿hay quien pueda sufrir la idea de engañar á sus padres, de hacer una jugarreta á sus compañeros, para lograr algo que aproveche á su persona? ¿Hay quien pueda guardarse algo que haya encontrado y que haya perdido otro, gozarse en poseerlo y no sentir escrúpulo ni remordimiento? ¿Hay quien duerma tranquilo después de haber contado á su madre una historia falsa para salir de un mal paso?

En este caso, se hallaría en un gran peligro y os voy á decir por qué: El que no ve claro, está expuesto á tropezar con los obstáculos y á caer en los agujeros y en las zanjas. El que no oye bien, está expuesto á que los coches le atropellen, pues ni percibe el rodar ni las bocinas. El que está falto de delicadeza moral, es, á su modo, ciego y sordo. Defecto tal le expone á los más graves errores.

La juventud cree que una gran parte de la delicadeza moral consiste en escoger las diversiones. Divertirse es necesario, es excelente, es parte de la vida. Es tan indispensable como comer, beber, trabajar y dormir. Pero se ve lo que las gentes son en las distracciones que eligen. Las hay de mal gusto. Encontrar placer en contrariar á los demás, en alegrarse á sus expensas, en hacerles sufrir quizás... descubre crueles intenciones.

Algunas burlas son de buen género, todos podemos regocijarnos con ellas: ¿pero no es cierto que reirse de una broma innoble es señal de depravación? El hombre debe respetarse en todo, en sus placeres como en la manera de alimentarse y de vestirse. Teniendo hambre, no accederiais á comer cosas podridas ó sucias; teniendo sed, preferiréis padecer más tiempo á ingerir líquidos repugnantes. Hay delicadezas que no son exigencias refinadas, sino simplemente muestras de amor á las cosas limpias. Si consentís en comer y beber en cacharros sin fregar, no os felicito por ello: como tampoco si os es igual llevar la ropa limpia, las manos lavadas, ó ir grasientos todos vosotros. No queráis averiguar el goce de un carácter grosero ó falto de delicadeza. Sed delicados en la elección de vuestras distracciones, y que vuestras alegrías sean de las que pueden gustarse sin mancillar el cuerpo ni el espíritu.

La delicadeza moral se muestra poderosamente en las frases que elegimos para hablar. Nuestras palabras son la imagen misma de nuestro pensamiento. Aquel cuyo pensamiento es decente, no pronuncia jamás palabras malsonantes. Pero si notáis en una persona tendencia á ser obsceno ú ordinario en el lenguaje, podéis deducir que su interior es poco recomendable. Repetir con agrado una palabra fea que se acaba de oir, es un mal indicio.

Presenciar gustosos el espectáculo de personas que se insultan; hacerlo con tanto más placer cuanto más ofensivas son las palabras que se cruzan, tampoco es buen indicio. La afición á las cosa feas,

USJ BIBLIOTECA

la curiosidad insana por las conversaciones de gusto dudoso, por las lecturas de que no podríamos dar cuenta á nuestros padres, todo es mucho más grave de lo que se piensa, porque con ello la honestidad de nuestros corazones corre riesgos seguros.

Hay una manera de mantener pura el alma, lo mismo que de tener la casa limpia. Sabéis bien que perjudica á la salud tener dentro de las viviendas humedad, miasmas, desperdicios de carne y de verduras, ó dejar en ella ropas que hayan pertenecido á individuos atacados de enfermedades contagiosas. Ventilad, desinfectad, dejad que entren el sol y el aire, todo eso es necesario á la salud. Para que nuestro espíritu se conserve sano y todo nuestro sér mantenga el vigor físico y moral, hay que declarar la guerra al polvo maléfico y á los miasmas deletéreos que van envueltos en las palabras sucias.

Y para acabar ahora con la palabra *delicado*, con que hemos comenzado, os deseo una salud robusta y para nada delicada; os deseo una conciencia delicada, tanto que os advierta al menor asomo de lo malo, como el perro de fino oído advierte á su dueño que los ladrones se aproximan.

El tacto.

Es el tacto uno de los cinco sentidos de que nos servimos á diario. Tiene de particular que está extendido por toda la superficie del cuerpo. Se distingue, por tanto, esencialmente de los demás sentidos.

No vemos más que por los ojos, no oímos más que por los oídos, no percibimos los perfumes y olores diversos sino por la nariz; pero podemos averiguar si un cuerpo es duro ó blando, si está frío ó caliente, poniéndole en contacto con cualquiera de las partes de nuestro cuerpo. Si nuestros restantes sentidos estuvieran extendidos como el tacto por toda la superficie de nuestro cuerpo, podríamos escuchar con la planta de los pies, percibir el perfume de las rosas por el codo, probar las salsas metiendo el dedo, y nadie podría burlarse de nosotros por detrás, porque veríamos á la vez por la derecha, por la izquierda, por delante y á nuestras espaldas. Resta saber si podríamos vivir. Oiría-

USJ BIBLIOTECA

mos, veríamos, oleríamos demasiadas cosas á la vez, y acabaríamos por caer abrumados ante el peso de tantas impresiones. Pero del tacto, necesitamos en todas partes. Es necesario para nuestra salud que el cuerpo todo sea sensible al calor y al frío, al dolor y á las sensaciones agradables. Cuando el tacto desaparece de un miembro, es señal de parálisis, local al menos.

Todos saben, sin embargo, que el tacto tiene más especial asiento en la punta de los dedos y en la mano en general. Por eso, si queremos poner á prueba la finura ó la basteza de una tela, la palpamos entre el pulgar y el índice. El que se la pasara por la cara, daríase también buena cuenta de su calidad; pero sentándose encima sólo se formaría vaga idea de la misma. Con esto os digo algo que nos recuerda cosas conocidas y experiencias cuotidianas. Recordadlo bien, porque todo va á servirnos en el dominio moral.

Hay un tacto que no reside en nuestros dedos ni en parte alguna de nuestro cuerpo, sino en nuestro espíritu, y que debe penetrar todas nuestras facultades, como el tacto material está extendido por todo el cuerpo y aun por los órganos de los demás sentidos. De ese tacto tenemos necesidad todos los días. Vamos á tratar de haceros ver lo que es y cómo se ejercita. He aquí una primera comparación.

Uno de vosotros se ha lesionado gravemente,

tiene el brazo descarnado en gran parte de su superficie por quemadura sufrida al arrimarse á un horno encendido. Sus lesiones han sido bien curadas de primera intención; pero he aquí llegado el momento de levantar la cura y dedicarla nueva asistencia. Tenéis miedo al momento, pero hay que pasar por él. Hay dos personas á vuestro lado: vuestro hermano mayor y vuestra hermana. El hermano empieza por levantar el vendaje, pero lo hace sin el cuidado debido, y cuando os toca, sentís demasiado su mano. La hermana lo nota y dice: «Dejame á mí.» En efecto, se ha llegado á la última venda, que toca inmediatamente á la llaga. Dulcemente, con mano suave, la hermana quita la venda. En los puntos en que está adherida, un movimiento brusco os haría dar gritos. La hermana obra con suavidad; á fuerza de maña y de cuidados quita la venda, sin haberos hecho casi sufrir. En aquel momento, apreciáis la buena mano cariñosa y atenta que toca vuestras heridas de una manera tan delicada.

Traduzcamos esta escena de cirugía doméstica en una escena moral. Un individuo está herido en el corazón, por el luto ó por un infortunio grande, que le ataca en lo que para él vale más. Al hablar con él, podéis lastimarle si no tenéis tacto, y podéis hacerle bien si lo tenéis. Hay que saber cómo le abordáis y de qué manera le habláis.

Visitando un enfermo, algunas personas refieren

USJ BIBLIOTECA

sin mala intención haber visto á otros que padecían igual dolencia y que han fallecido de resultas. Esas personas no tienen tacto. Asustan inútilmente al enfermo y á su familia. Más vale dar con ejemplos que animen y citar casos de la misma enfermedad que se han curado. O no decir nada, y dar muestras de cariño al que sufre.

Visitando un enfermo, otros no saben hablar más que de la buena salud que ellos gozan. Sentados á la cabecera de un compañero que está á dieta y padece del estómago, describen festines á que acaban de asistir, y enumeran los platos suculentos á que su apetito hizo honor. Esas gentes, carecen en absoluto de tacto.

Un estudiante acaba de triunfar en un concurso; otro, amigo del primero, ha tenido un fracaso, que le fastidia y descorazona. Ambos se encuentran. Si el dichoso premiado en el concurso no tiene tacto, puede causar gran pena á su amigo mostrando ruidosamente su alegría, y no ocupándose de las tristezas ajenas. Pero si tiene buen corazón, si es compasivo y delicado, recordará quizá que el año anterior él también salió mal, lo cual no le impidió seguir trabajando y triunfar en el presente. Referirá su historia al amigo, y se ocupará de él para darle ánimos, lo que conseguirá sin duda.

El tacto nos enseña también á elegir el momento oportuno para las cosas importantes que tenemos que hacer. Os urge mucho comunicar lo que

os preocupa á un amigo que puede seros útil, y querríais ir á verle inmediatamente. Pero recordáis que es el aniversario de la muerte de su hijo, que tenía vuestra misma edad, y dejáis la visita para mejor ocasión. Tenéis razón en todos conceptos. Hoy quizá os habría hecho padecer la vista de aquel padre sumergido en el dolor, y cuyo espíritu se halla conturbado. Dentro de pocos días os verá con gusto, y se ocupará de vuestro asunto con más interés. Se ganará por ambos lados.

El tacto es necesario en todo, en el comercio, en la amistad, en las relaciones sociales, en educación, en política. Es necesario para callarse y para hablar; porque si hablar indica tacto, ¿cuando hablar es conveniente, callar lo indica también, cuando el momento es más oportuno para callar que para otra cosa.

Los hay que todo lo hacen inoportunamente. Llegan, según el refrán, como mostaza después de la comida, cuando ya no sirven para nada. Meten los pies en el plato, según una expresión tan popular como pintoresca. Rompen los cristales, cuando sólo hay que golpear en ellos. Traen cubos de agua, cuando no hace falta más que un vaso; hablan de la soga en casa del ahorcado; andan pisando á los que están junto á ellos; carecen, en una palabra, de acierto, de tacto, de medida y de buen sentido. Son muchos los inconvenientes de semejante manera de obrar. Con algún cuidado, y

USJ BIBLIOTECA

sobre todo con un gran cariño al prójimo, los evitaréis. La bondad proporciona tacto; el que es bueno ve claras las cosas.

Finura.

Politesse (finura, política) viene del griego *polis*, que significa la ciudad. Sería, por tanto, cualidad de las gentes ciudadanas, y la palabra recuerda otra: *urbanidad*, que viene del latín *urbs*, la ciudad. A estas dos palabras se une una tercera; *civilismo*. Esta también recuerda la ciudad.

Ahora, si recordamos que la palabra *rustre* (zafio, rústico) viene de *rus*, palabra latina que designa el campo, llegaremos á esta conclusión: la finura es cualidad de las gentes de la ciudad, y los campesinos son rústicos.

Estableciendo semejante conclusión, cometeríamos una gran injusticia y una absoluta falta de política. Puede ocurrir, hasta es seguro, que las ciudades originen maneras más refinadas que la aldea ó la soledad de los montes; pero nadie tiene el monopolio de la finura ó de la indelicadeza. No faltan zafios en las ciudades más grandes, y en el fondo de los más apartados campos puede verse florecer,

USJ BIBLIOTECA

entre los rosales silvestres, la más exquisita finura.

Conservaremos, no obstante, de todos esos términos que designan las buenas maneras y el tacto afable, la nota de que recuerdan la vida en sociedad y quieren expresar una condición del hombre sociable.

Un individuo que viviera enteramente solo en un bosque, ó en alguna maleza alejada, no tendría ocasión de adquirir buenas maneras. Pero inmediatamente que encuentra otro hombre, las buenas maneras se manifiestan. Cuando dos hombres se hallan frente á frente, se les presenta una duda. ¿Serán enemigos, amigos ó indiferentes el uno para el otro? ¿Se querrán bien, se querrán mal ó no tendrán el uno para el otro el menor interés?

Apenas si puede admitirse que un hombre no interese á otro. En el caso de indiferencia absoluta, merecería más bien que se le llamara ostra, oso, jabalí. Pero, en los dos primeros casos, he aquí lo que ocurrirá. Si el individuo quiere mal al que encuentra, le mirará con intención aviesa, ó aun se lo probará atacándole. Pero si, aun siéndole desconocido, le quiere bien, preciso es que halle medio de hacérselo saber. No pasará á su lado sin un signo, sin una palabra. Los mismos animales manifiestan lo que sienten al pasar unos cerca de otros. Si los perros erizan el pelo, mala señal. Pero saltando de cierta manera, meneando la cola, muestran que sentimientos de simpatía les animan. El caballo

que pasa junto á otro, relincha alegre. Si dos caballos son compañeros de cuadra, y el uno ha salido, el otro le saluda invariablemente, al volver, con ligero relincho.

Los hombres no pueden ser menos amables y políticos que los animales. No obstante, así sucede. Hay quienes permanecen juntos sin decirse buenos días, ni buenas tardes, ni adiós. Se separan sin pronunciar palabra, y vuelven á verse sin darse la bienvenida. No es justo. Todos deben á sus semejantes algunas muestras de benevolencia natural.

Sabéis lo que es un saludo. Es una manera de decirse buenos días mediante un movimiento de la mano, de la cabeza, quitándose el sombrero ó cruzando una palabra. Los navíos se saludan izando el pabellón ó tirando salvas. Los trenes silbando las locomotoras respectivas. Los hombres se saludan desde la más remota antigüedad. Cuando un oriental encontraba á otro, le decía: *¡La paz sea contigo!*, y todos los pueblos mahometanos se saludan todavía del mismo modo. Los griegos se saludaban diciendo: ¡Sed feliz! Nosotros nos decimos: ¡Buenos días! En las ciudades no es posible saludar á todos los que pasan; son demasiados. Pero se saluda á los conocidos. En el campo se saluda á todo el mundo. Al menos había la buena costumbre de hacerlo así. So pretexto de que hemos progresado, algunos no saludan ya á nadie. Saludar les parece cosa antigua. Y presenciamos este re-

USJ BIBLIOTECA

resultado sorprendente: faltar á las buenas formas para demostrar que se saber vivir ¡Es el colmo!

Mi experiencia me ha probado que los campos donde se saluda á los extraños, donde los muchachos se quitan la gorra para dar los buenos días, están, en general, habitados por buenas gentes; mientras que los lugares donde esa buena costumre no se practica, deben, desde un principio, inspirarnos cierta desconfiaza. En todo caso, cuando los muchachos que van á la escuela saludan á los que en la calle encuentran, y observan en la vía pública una conducta respetuosa, dan buena muestra de la educación que en la escuela reciben. No os rebeléis, niños, si aquellos á quienes dáis muestras de finura no os corresponden, y no os hagáis impolíticos porque con impolítica se os haya tratado. Porque pase un burro, no es motivo para que se alarguen todas las orejas. Si un grosero os falta al respeto, no es razón para hacer lo que él hace; sería escogerle por modelo, y realmente no lo merece.

He sido testigo de dos escenas muy interesantes en este respecto. Un día, delante de mi, un niño pequeño ofreció un ramo de flores á una persona mayor, que distraída ó desdeñosa, se olvidó de decir: *gracias*. El niño, sabiendo que siempre deben darse, esperó un momento, y como la palabra *gracias* no aparecía, la pronunció él y se fué tranquilamente.

Otra vez, era en Alemania, bajaba yo por una escalera al propio tiempo que un personaje importante, vestido de gran uniforme. En sentido contrario subía un estudiante, con la carfera de los libros á la espalda. Descubrióse ante el personaje y le dijo sencillamente: «Guten Tag» (buenos días). Me pareció muy bien aquéllo. Pero el personaje apostrofó al muchacho en severos términos cuya traducción española es esta: *Bellaco, ¿no puedes darme tratamiento?* El título de aquel señor estaba formado de siete ú ocho silabas. Era algo así como *Consejero superior de justicia*. Pensé en mi interior: el muchacho ha estado fino, el personaje es un grosero. Pero lo que más me admiró fué que el pequeño no parecía estar sorprendido.

Al día siguiente, ¿qué hubieráis hecho en su lugar? ¿No saludar?.. ¿Hacerlo exactamente igual que la víspera? Lo primero hubiera sido impolítico, lo segundo, malicia.—He aquí lo que yo hubiera hecho en el puesto del muchacho: Me habría quitado la gorra sin decir nada, ni siquiera buenos días, y el personaje habría interpretado mi saludo á su gusto.

Pero de este hecho deducimos una conclusión más. Todo el mundo debe ser fino, no solamente los pequeños. Cada momento tiene su manera de serlo. Hay buenas maneras de los grandes y de los humildes, de los que asisten á la escuela y de los profesores, de los viejos y de los jóvenes, de pa-

USJ BIBLIOTECA

dres é hijos, de oficial y de soldado, de amos y criados. Tenga cada cual buenas formas y consideración á los demás y todo el buen deseo posible. Hay diferencias entre los hombres por la posición que ocupan. No se puede hablar al jefe, al abuelo ó al profesor lo mismo que á los compañeros. Pero sin dejar de considerar las diferencias, es posible tratarse amablemente unos á otros.

Dos consejos para terminar. Primero: no hay que exagerar nada, ni siquiera la finura. Si la extremáis, no podréis obrar con sinceridad. El exceso de cumplimientos desagrada á los buenos; ni son refinados, ni obsequiosos, ni vanos. Las pocas palabras que pronuncian tienen, por lo mismo, más valor.—El segundo: No seamos finos con los de fuera exclusivamente. Seámoslo en casa, con los hermanos, con los padres, con todos los que en ella habitan. ¡Nada cuesta, y es muchas veces motivo de tan gran placer! La finura es como la sonrisa de la vida.

La araña.

¿Á qué hablar de las arañas?

Muy sencillo. Acabamos de hablar de asuntos muy serios. Para que vuestros espíritus juveniles descansen, hablemos de un animal curioso. La araña lo es. ¿Y qué puede enseñarnos una araña?—Vamos á verlo.

He traído una. Héla aquí. Es enorme. Notad que lleva una cruz sobre la espalda, que tiene ocho patas con pelos, y cuatro pares de ojos, que se distinguen muy bien con la lupa, pero que algunos de vosotros percibiréis á simple vista. El animalito parece un monstruo. ¡Pensad, si tuviéramos el tamaño de las moscas y tropezáramos con semejante enemigo, el efecto que nos produciría! Felizmente, no nos hallamos en situación de temer nada del monstruo. Y por feo que sea, vamos á conseguir que nos dé una lección.

Todos han visto arañas. Algunos naturalistas han hecho de ellas su compañía predilecta para

USJ BIBLIOTECA

estudiarlas á placer, y sus costumbres son muy curiosas. Se distinguen, sobre todo, por su arte de tejedoras. Las amas de casa las hacen una guerra encarnizada, y, no obstante, estos bichos feos les son útiles. Porque las obligan á ser limpias y á tener cuidado. Una tela de araña en una habitación es cosa escandalosa. Es una bandera que dice á todos que allí no se limpia. Exige, pues, el uso de plumeros, escobas y zorros, y cuando utilizándolos se hace imposible la vida de las arañas, se quita el polvo de los rincones, se abren las ventanas y se ventilan las habitaciones. Como la limpieza es cualidad de primer orden, mostrémonos agradecidos á las arañas que nos obligan á ella, bien que á su pesar.

Se dice en ocasiones; *Fulano tiene una araña en el techo*, para indicar que tiene una manía ó una idea fija. Pero la frase, las más de las veces, no es sino mala intención con que aquellos que no se interesan por nada, ridiculizan á los que se inflaman y apasionan por algo. Recordad la lección de la locura y absteneos de pronunciar esa frase injusta demasiadas veces.

Hay un refrán viejo que dice: *araña por la mañana, disgusto; por la tarde, esperanza.* Desconfiad. Si encontráis una araña al salir el sol, no la dejéis que perturbe vuestro despertar con su aparición de mal augurio. Y si la encontráis á la noche, no os regocijéis hasta el punto de compartir con ella

la habitación. El viejo proverbio encierra superstición, y las supersticiones son engañosas é insanas, mantienen injustos temores y falaces esperanzas. Apartad la araña y con ella la tela, y si podéis, limpiad vuestro espíritu de una superstición más, para que penetre, en cambio, una idea saludable.

Todo esto no nos impide ver cómo trabajan las arañas, esas maravillosas obreras, cuando las vemos al pasar por los setos ó por los bosques. La paciencia es una gran virtud, y la araña nos la enseña. Miradla tejer la tela entre dos ramas de un árbol, á un rayo de sol; no tiene nada en que apoyarse para empezar. Mirad cómo fija bien el cabo del primer hilo. Desde el sitio en que así lo ha pegado, déjase deslizar á lo largo del delgado sostén, cuya elasticidad y resistencia nos admiran.

Desde que me distraigo viendo trabajar á las arañas, jamás he notado que las ocurra ningún contratiempo. Una vez bien trazado el marco, la red de la tela va suspendiéndose hilo á hilo, y cada uno se enlaza al más próximo por una serie de ligaduras transversales. Todo está regleteado como papel de música. Jamás enreda los hilos la hábil tejedora. Un ejemplo más que hay que seguir.

Pero en cuanto ha puesto la tela, de interesante que era cuando hilaba y tejía, la araña se torna odiosa. Es el símbolo de la astucia emboscada para sorprender al que pase. Con sus ocho ojos y el tacto de sus patas sensibles al menor movimiento,

USJ BIBLIOTECA

acecha... ¡Malaventuradas las alas que distraídas se dejan coger! Con la rapidez de un ave de rapiña, la araña cae sobre su prisionero, que se agita, no estando cogido más que por una punta del ala ó por una pata. Hábilmente le rodea con sus hilos como se haría con una momia. Y véis moscas y moscardones colgados vivos en la despensa del ogro. ¡Qué horrible crueldad! ¡Pero qué advertencia! Todos los embaucadores, los embusteros, todos los que acechan al prójimo para vaciarle el bolsillo ó el espíritu, pueden compararse á la araña que teje su tela. Urdiendo intrigas están al acecho, mientras que vosotros, despreocupados, dejáis pasar las cosas. ¡Cuidado! La araña nos enseña la vigilancia, cualidad indispensable. Nos pone á la vista la imagen más realista de los peligros que la astucia nos hace correr. Observemos y guardemos en la memoria. No vayamos por los lugares en que hay lazos tendidos. Desconfiemos de las tentaciones en que podríamos caer por no cuidar de lo que hacemos.

Con mayor razón, por ser hombres, no nos transformemos en arañas, tejiendo lazos para sorprender á nuestros semejantes. Repugna pensar que seres humanos empleen su inteligencia en combinar artificios para envolver al prójimo.

Ya entre los niños hay tendencia á atraer á los otros al mal. Algunos camaradas, muy listos á la par que muy perversos, se entienden admirablemente para envolver á sus jóvenes compañeros, menos astutos que ellos, en las finas redes de sus palabras seductoras. Su tarea es bien triste. Son hermanos bípedos de la araña octópoda, que tan bien sabe enredar á los moscardones aturdidos. Leéis en las estaciones el anuncio: ¡Cuidado con los rateros! Pongamos en sitio que se vea bien, en los senderos de la vida, esta advertencia: *¡Desconfiad de los hombres-arañas!*

Terminaremos, no obstante, con una impresión mejor. Un recuerdo va á dárnosla, y este recuerdo le encerraremos en una historia:

LAS ARAÑAS DEL LAGO VERDE

El Lago Verde está en la Alsacia, en la cima de los Vosgos, al lado de la frontera que trazó la guerra de 1870, con justa razón llamado el Año terrible. Se le llama el Lago Verde, porque sus aguas son realmente verdosas, aun miradas dentro de una vasija. Pero sus orillas, plantadas de enormes pinos, le hacen parecer mucho más verde todavía. Es un receptáculo natural, atendido por la industria, que ha establecido por el punto en que desagua un dique poderoso, y una exclusa que regula la salida del líquido. El dique está coronado por una balaustrada de hierro. Un día que me paseaba bajo los añosos pinos, cerca del arroyo que desciende del lago al valle de Munster, vi gran núme-

USJ BIBLIOTECA

ro de telas de araña tendidas al sol. En medio de cada una de ellas había una gran araña gris, como esta que lleva una cruz á la espalda, y que acabo de enseñaros. Cogí media docena y las puse encima de una gran piedra que sobresalía de entre las aguas, á pocos metros de una playita de arena. Junto á la piedra, el agua tenía un pie de profundidad. Al aislar de esta suerte á mis arañas en un arrecife, pensaba quedarme en observación para ver qué hacían. Para animales que no saben volar ni nadar, la situación era sumamente crítica. Y ya calculaba que el hambre las haría devorarse unas á otras.

En los primeros momentos nada noté, á no ser que se mantenían á respetuosa distancia unas de otras, como gentes que no se inspiran gran confianza. Pero pronto creí observar que todas se habían colocado en la misma posición. Con la cabeza vuelta hacia el lago, de donde soplaba un vientecillo suave, presentaban el vientre del lado donde yo estaba, alzándole al propio tiempo todo lo que podían. Al principio me pregunté por qué harían esto, pero no tardé en adivinar el objeto de la singular maniobra.

Como los marineros que quieren abordar lanzan una amarra, aquellos animalitos inteligentes lanzaban sus hilos. El viento los llevaba cada vez más largos. La mayor parte, por su propio peso, acabaron por caer al agua, pero uno, que iba más

alto, enlazóse por fin al extremo de una rama caída en la orilla. Un momento más tarde, una araña se salvó por aquel frágil puente. El peso la hacía tocar en el agua, y á veces se mojaba mucho, pero ganó la orilla. Tras ella, otra hizo lo mismo.

Mientras observaba lo que esta última hacía, sentí en la cara la desagradable impresión que producen los hilos de araña cuando con ellos se tropieza en el bosque. Esta vez, una de las amarras, flotando al viento, había ido á pegárseme á la nariz. Vi una araña que hacia mí venía, y pensando que era merecedora de libertad, recogíla en la punta del bastón, y la coloqué en tierra firme. Cinco minutos más tarde, al mirar la piedra en que había tenido el capricho de dejarlas aisladas, ya no había ninguna araña.

No sólo me había proporcionado uno de esos momentos únicos y deliciosos que nos ofrece la observación de la Naturaleza, sino que había recogido una buena lección.

¿Cómo, en tan apurada situación, sin salida posible al parecer, unos animalitos habían sabido ingeniarse, combinar sus movimientos con el viento, arriesgarse en aventurada travesía y salir de la dificultad? ¿No es un ejemplo, para todos nosotros, de que no debemos rendirnos ante ninguna dificultad? Volverse á estudiar la situación, observar claramente lo que trae consigo, y luego obrar con dis-

USJ BIBLIOTECA

cernimiento y ardor, ese es el procedimiento para salir con bien de las mayores dificultades.

Cuando os halléis en un caso extremo, en una de esas situaciones en que cree uno que no hay recurso posible, no os dejéis abatir á pesar de todo. Acordaos de las arañas del Lago Verde.

Un monstruo.

Se dice que la araña es fea; algo es, y aun mucho. Pero hablaremos hoy de un monstruo todavía mucho más feo. No es bípedo, ni cuadrúpedo, ni exápodo. ¿Adiviná is lo que es?—Un ciempiés, quizá.—No, aun cuando tenga más de cien patas y pelo en todas ellas, porque es ocioso en grado increíble. Diré su mombre: se llama *fastidio*.

Abre una enorme boca y bosteza. Sus ojos están llenos de sombras desagradables. Nos acecha con sus horrendas patas encorvadas, y desgraciados de los que en ellas caen. El monstruo lleva consigo un poder soporífico que entorpece los miembros de sus víctimas, las que quedan como sumidas en espantosa pesadilla, viéndose en terrible situación, de la que no pueden salir.

No obstante, es necesario hacer una distinción en este punto. La palabra *fastidio* sirve para designar cosas muy diferentes. Si es fastidioso confundir una calabaza con un melón, una patata con una

USJ BIBLIOTECA

criadilla de tierra, ó un perro de ganado con un lobo, hay que guardarse igualmente de confundir unas con otras las cosas muy desemejantes que convencionalmente se designan con el nombre de fastidio.

Tener fastidio, es tener disgusto. Recordar con melancolía á una persona, es sufrir por su ausencia. Me fastidias significa: me eres desagradable, ó también, me atormentas. Algunos hijos causan fastidio á sus padres, ciertos alumnos á sus maestros, lo cual quiere decir que les causan pena y preocupación.

Pero en todo esto no vemos más que dolor legítimo y muy explicable. Podemos compadecer á los que padecen esos fastidios, pero ellos nada pueden por su parte; á decir verdad, su mal les ocupa y ocupa un lugar en su existencia. Nadie está menos desocupado que el que sufre. Es un trabajo arrostrar los enojos, y una gran virtud soportarlos valientemente. Nadie podrá jamás censurar al que los padezca, cual se echaría en cara algo vergonzoso.

Decís en ocasiones: este trabajo es fastidioso. ¡Cuidado con lo que decís! Si el fastidio que ciertos trabajos os producen fuera, en efecto, el feo bicho de que vengo hablando, deberíamos cuidar mucho de no someternos á él. Negarse abiertamente á ocuparse de semejantes trabajos, sería el deber más apremiante. Ahora bien, ¿qué os decimos? *Es preciso saber cumplir con el trabajo, aunque sea fastidioso.* Los mejores discípulos son los que con más voluntad acometen las dificultades. Nada les asusta. Sin duda, también ellos preferirían hacer cosas más agradables, pero se resignan y ponen á mal tiempo buena cara.

He aquí, pues, enojos más bien recomendables, y que son honra del que valientemente los soporta.

Por el contrario, el enojo de que aquí hablamos es siempre malo. La causa lo es también. Nace el aburrimiento de la pereza, del abuso de no hacer nada y de buscar distracciones, del vacío que la inacción y la existencia infructuosa causan en el alma humana. Nadie tiene derecho á fastidiarse de este modo, porque nadie tiene derecho á permanecer desocupado.

Las Escrituras dicen: *Los buitres acuden al olor de los cadáveres.* Si el hombre, creado para mantener sus facultades activas, para aplicar sus manos y su pensamiento á un trabajo útil, se abandona, deja sin mantener y cultivar sus fuerzas, desciende moralmente al estado de cadáver, y sin que nadie pueda impedirlo, el buitre *Fastidio* tiende sus alas sobre él. Es presa segura de ese implacable y voraz destructor que encarnizadamente le devorará en lo sucesivo. El fastidio es de por sí un castigo, y el peor de todos.

Un prisionero aislado del resto de los hombres en severa reclusión, puede, en rigor, mantener bien dispuesto su cuerpo y su espíritu si ama el traba-

USJ BIBLIOTECA

jo, si se interesa por cualquier estudio ú observación. En caso preciso, hará trabajos que exijan gran paciencia, maravillas del ingenio humano en lucha contra el aburrimiento y la soledad. Se apasionará venciendo dificultades para tallar un hueso, hará labores en nueces de coco, grabados en la pared y mil cosas más imposibles de concebir. Domesticará insectos, observará su contextura y sus costumbres, hará su compañero de un ratón ó de una planta, prisioneros como él. Pensará, escribirá sus memorias, expresará sus sentimientos con destino á algún lector desconocido; hará, en una palabra, vida humana, y con el trabajo y el esfuerzo, dará alimento á su alma. Pero el que se condena por sí mismo á la inacción, á la frivolidad, á la vida estéril, se encierra vivo en el féretro. Los muertos que duermen están en paz. Las horas pasan sin llegar á ellos. Un siglo les significa un momento. Pero estar vivo y encerrado en la tumba, sentirse muerto, consumir el horrible cáliz de la nada y de la descomposición, ¡qué suplicio! Ese suplicio, el aburrimiento le hace sufrir á los que se han acostumbrado á no hacer nada.

Ahora bien, en cuanto un hombre se siente atormentado, se crispa, se retuerce, y trata de librarse del tormento de cualquier modo. Cuando el aburrimiento comienza á hacer presa en nosotros, tratamos de huirle. Pero los perezosos, que consideran el trabajo como su enemigo, no irán á pedirle que

les libre del aburrimiento. Se lo pedirán, pues, al vicio, al juego, á las extravagancias de todo género. No hay locura, crimen, indecencia que no inventen las personas para librarse del fastidio. Nos preguntamos á veces cómo han podido brotar en el cerebro de un hombre ciertas insensateces. Hemos de recordar que, oprimido, sobreexcitado y violentado por el aburrimiento, el hombre es capaz de todo. Los frutos de este mal son todos venenosos: sus miasmas pestilenciales llegan muy lejos. El que se aburre constituye un peligro general, un foco de infección.

Ahora, una pregunta: ¿hay quienes se aburren con frecuencia? ¿Que lo hacen el domingo ó el jueves, ó en las horas de ocio? ¡Atención! El aburrimiento, ese es el enemigo. Hay que echarle á pedradas. El mejor remedio contra él es estar ocupado. Llenar todos los momentos con un trabajo útil, aprender á servirse de las manos, de los ojos para observar, interesarse por algo, ese es el mejor de los remedios contra el aburrimiento. Preferible es sujetarse, trabajar aunque no guste, inventar un trabajo que parezca innecesario, que dejar desocupada una hora en que venga á anidar el aburrimiento.

Muchas gentes no son perezosas, pero no saben ocupar su tiempo. No les falta buena voluntad, pero no saben qué hacer. A falta de cosa mejor, hacen tonterías. Aprovechemos toda ocasión

USJ BIBLIOTECA

que se presente pare aprender á estar ocupados, y también para distraernos agradablemente.

Saber jugar, es tan necesario como saber trabajar. Si no sabéis emplear vuestras horas de ocio de una manera inteligente, devorarán las horas de trabajo y el producto de las mismas. Por aburrimiento, buenos estudiantes han llegado á ser malos sujetos en sus horas de descanso. Por aburrimiento, hay niño bueno que se ha unido á una pandilla de bribones, y ha realizado con ellos una picardía. Por aburrimiento, falta de quehacer é ignorancia, los hay que empiezan á fumar á los diez años y á frecuentar muy jóvenes las tabernas. Por aburrimiento, se contraen todos los días hábitos funestos para la salud. ¡Atención, pues! ¡Cuidado con lo que hacemos! Aprendamos á estar solos sin creernos perdidos; á bastarnos á nosotros mismos, con alguna manera buena y recreativa de emplear el tiempo. Sometámonos á los aprendizajes más difíciles para adquirir un arte recreativo, para desarrollar en nosotros una facultad naciente: equivaldrá á crearnos auxilios contra el enemigo. Y, entonces, cuando el monstruo que ronda llegue á acercarse, hallará la casa tan bien guardada, que se verá obligado á escapar con el rabo entre piernas.

El mundo de la vista.

Niños: ¿Qué diríais si al comenzar esta lección os diera el título de Majestad? Sin duda, os alegraríais. Y, no obstante, podría llamaros así, con la mayor formalidad del mundo.

Por vuestros ojos, disponéis de un inmenso reino. La antigua Roma, Alejandro, Carlos V, no poseían, en comparación con vosotros, más que simples parcelas de tierra. Las estrellas y el sol os envían emisarios, porque así pueden llamarse esos hermosos rayos de luz que vienen á saludaros, y que han recorrido tanto camino cuando á vosotros llegan, que nunca embajador de potencia alguna podrá alabarse de haber hecho otro tanto.

Si examináramos una parte de las maravillas que llenan vuestros dominios, sería quizá el medio mejor de probaros hasta qué punto es positivo lo que se os acaba de decir. ¡Abramos, pues, las puertas de oro y contemplemos!

Nos hallamos en la montaña, ó, si queréis mejor,

USJ BIBLIOTECA

acostados tranquilamente en nuestra cama. Porque es muy temprano, las cuatro de la madrugada en estío. La ventana abierta da á Levante. Vago resplandor blanco invade ya el horizonte. Sin movernos, vamos á ver cómo se levanta el rey del día. El alba pálida permite distinguir los objetos de la habitación, y allá, enfrente, la silueta de las montañas se dibuja claramente en el cielo. Pero ya nubes más altas se tiñen de rojo, y poco á poco se observa todo el horizonte iluminado por fuegos que parecen encenderlo todo. Llenan con sus reflejos la habitación en que nos encontramos. Y, cuando al fin el disco purpúreo, gigante, sale de entre las líneas sombrías del bosque, es gloria triunfal que aclama y saluda toda la creación.

¡Lástima grande, que tan pocas gentes se molesten para gozar de este espectáculo! Pero el menos madrugador, puede ver cómo el sol se pone. ¡Hijos de las playas marinas, pequeños montañeses, dichosos habitantes de los vastos campos, ó hasta de las ciudades, id, pues, á ver las magnificencias que os esperan á la hora en que el sol desciende con lentitud á Occidente!

Por un camino hondo de Bretaña, caminaba yo una tarde, en el momento en que desembocaba una carreta, frente al mar, al pleno esplendor purpúreo del Poniente.

El carretero estaba rodeado de una aureola. De las crines negras del caballo brotaban llamas. Sus

pezuñas levantaban polvo de oro. Todas las cosas estaban bañadas en no sé qué claridad sobrehumana que las transfiguraba.

Ninguna magia representada bajo espejos resplandecientes, entre decoraciones pintadas por mano del hombre, puede compararse á lo que nos ofrecen semejantes momentos.

En las noches tranquilas, seguid los senderos del bosque, caminad entre las altas filas de los árboles que orillan el camino, mirad la puesta del sol á través de las ramas retorcidas de las viejas encinas.

Contemplaréis fiestas de luz. Allí los grandes desconocidos que construyeron las catedrales han ido á buscar el modelo primero de las columnatas, de las bóvedas, de los rosetones y de las vidrieras.

Y no digáis, vosotros á quienes encierran las ciudades, que no tenéis nada. Tenéis ojos: si sabéis mirar, os esperan maravillas á lo largo de los muelles, en el fondo de las calles, bajo los arcos de los puentes.

El encanto de las noches serenas transforma y embellece las encrucijadas, ilumina el pavimento de las plazas públicas, cambia en corriente de encendida lava el río que nuestros humos ennegrecen.

¿Habéis ido alguna vez, en luna llena, á contemplar los efectos que esta maga produce bajo los

USJ BIBLIOTECA

árboles del bosque, á lo largo de los arroyuelos que parecen dormir y soñar? Si no lo habéis hecho, hacedlo. Porque, en rigor, se os pueden pintar deliciosas salidas ó puestas del sol, pero las gracias veladas de la noche, escapan al pincel. Todo lo que se ve entre el crepúsculo vespertino y el de la mañana, es un mundo de que ningún cuadro puede dar idea, porque la noche no abre á nadie su secreto. Lo guarda para los que acuden á visitarla.

Muchas cosas hermosas y tesoros artísticos, encerrados en los Museos, no pertenecen más que á privilegiados. El poeta Schiller, demasiado pobre para emprender un viaje á Italia, exclamaba un día: «Más feliz que nosotros, tristes moradores de los países septentrionales, es el mendigo que se sienta á las puertas del castillo de Sant' Angelo, porque ve á Roma, eterna y única.»

Pero, en suma, ¿qué pueden ofrecernos la arquitectura, la pintura y la escultura, que no esté copiado de la Naturaleza y de la vida? Y ésta está en todas partes, y pertenece á todos. Hay que compadecer á los ciegos, porque no poseen esa dote regia de la vista, conquistadora de las inmensidades. Pero cuando se tienen ambos ojos completamente abiertos y luminosos, no hay que lamentar nunca lo que no sería posible, por falta de dinero, ir á buscar lejos.

Preciso es solamente servirse de los ojos cuanto

ser pueda. Los campos de nieve en invierno, las flores en la colina, los ramilletes blancos de las cerezas en la campiña verde, los movimientos graciosos ó terribles de las olas en la playa, los colores que el otoño esparce sobre las viñas y los bosques, los resplandores que llevan en sus alas los pájaros, las mariposas, las libélulas, los brillantes del rocío, el zafiro del cielo azul y la esmeralda de las aguas, ¿á quién, pues, pertenecen, sino á los que saben mirarlas? Si sabéis daros cuenta, sois todos dueños de un imperio, y yo saludo á vuestras Majestades.

Dignaos, sin embargo, reservar algunas miradas para las cosas pequeñas, y no os contentéis, como si fuerais águilas, con abrazar en una sola y vasta mirada la totalidad de vuestros dominios. Los ojos se han hecho para ver muy lejos y también de muy cerca.

Hay que saber tenderse sobre la hierba y contemplar lo que allí pasa.

Obligado por algún tiempo á morar en una llanura arenosa y de escasísima vegetación, lamentaba aquella desolada pobreza, cuando se me ocurrió tenderme en el suelo y mirar de cerca lo que brotaba á mis pies. Me sorprendió mucho descubrir legiones de plantas minúsculas, tan deliciosas como pequeñas. En comparación con las flores y las hojas de aquellos jardines de Liliput, una margarita hubiera parecido un sol grande, y un trébol, un

USJ BIBLIOTECA

cedro del Líbano. A través de jardines grandes como la mano, corrían insectos varios, sobre arenas amarillentas y blancas. Pasaban entre aquellos animalitos escenas interesantes, dramas si se quiere. Había descubierto un mundo.

Cuando os den unas cuantas monedas, compraos una lupa, y divertíos mirando las alas y las patas de los mosquitos, la trompa de los tábanos, el cáliz de las flores, las nerviaturas de las hojas. Mirad al sol los pétalos de una rosa ó el blanco tejido de una flor de lis, ó una solanácea, hermana de las flores de la patata. No se piensa la cantidad de cosas lindas que se pueden contemplar.

¿No es con vuestros ojos con lo que habéis aprendido más tarde á conocer los horizontes y los paisajes de la patria, los campos y el techo paterno?

¡Cuántas imágenes queridas les debéis! Esas imágenes viven en vuestra memoria, aun cuando los objetos que representan no los tengáis ya delante. Pero en vuestros ojos, en primer término, las habéis tenido. Por lejos que os encontréis, podéis volver á verlas al presente en vuestro interior. Es preciso mirar bien las cosas, los hombres y las tierras que amamos. Que los ojos no se cansen de gozar de esta vista. Puede llegar un día en que, por haberlos mirado tanto, podemos conservarlos mejor en el santuario de nuestra memoria.

Ver es bueno, *volver á ver*, mejor.

Volver á ver la tierra en que hemos nacido después de larga ausencia. ¡Qué alegría para el corazón, alegría que debemos á los ojos! Cuando, tras largo camino, al llegar á lo alto de la última colina, volvemos á ver al fin la aldea, los tejados rojos cuyas chimeneas ahuman, ¡qué dicha tan grande! El mundo de los ojos encierra cosas bellas. Ninguna lo es más que la vista del país natal.

Pero he aquí que el tiempo pasa, y no he concluído; no concluiría jamás, por otra parte, con este tema. Sin embargo, suplico á vuestras Majestades, que me permitan insistir, y esta vez desde un punto de vista diferente.

USJ BIBLIOTECA

El mundo de la vista.

(CONTINUACIÓN)

Es preciso, no obstante, después de haber pasado revista á tantas riquezas como nos descubren los ojos, hablar de los ojos mismos. Dejando á otros el cuidado de describiros su anatomía, quiero hablaros de su significación.

De todos los signos visibles que nos sirven para traducir el pensamiento invisible, ninguno podría competir con los ojos. Animan é iluminan el rostro. En las personas que amamos, los ojos son lo que tienen de más personal. No poder mirarnos ya en sus ojos, es para nosotros la privación por excelencia, cuando nuestros amigos ó allegados están ausentes ó han muerto. Y al faltarle la vista, falta al ciego un elemento esencial para hacerse comprender y comprender á los demás. En la mirada franca y abierta del niño, está escrita toda una revelación que nos dice el candor de su alma, su confianza, su afán de adivinar el mundo desconocido. En los ojos de una madre, está condensada la historia de

todo el amor materno y de toda la abnegación de que es capaz.

Los sentimientos humanos se reflejan en los ojos como en un espejo. La señal más conmovedora del dolor, las lágrimas, brotan de esta fuente. Y bien pueden compararse los ojos á una fuente, como los árabes y hebreos comparaban las fuentes á los ojos. *Ain* es una palabra hebrea y árabe que quiere decir ojo, pero muchas veces, como por ejemplo en Ain-Sefra, significa fuente. ¿No es la fuente un hermoso ojo azul abierto bajo el cielo, donde se reflejan las palmeras de las oasis, los blancos minaretes y las nubes que pasan? ¿No es el ojo una fuente, ya de alegría; ya de pena? De él caen lágrimas, de él brotan alegrías, de él irradia la bondad.

Hay ojos malos, engañosos, astutos, de mala intención; los hay sinceros, límpidos, amantes, buenos. Los unos nos lastiman, los otros nos producen dicha. Unos nos dejan petrificados, otros nos dan aliento.

En mi juventud, padecía añoranza cuando mis estudios me obligaban á vivir lejos de la casa paterna; á nadie decía palabra, hubiera necesitado contar demasiadas veces penas íntimas que todos los días se renovaban. Pero, en la iglesia donde todos los domingos iba á sentarme entre desconocidos, veía siempre en el mismo sitio á una señora de pelo blanco. Tenía tan dulce mirada, rostro tan maternal, que mirarla me consolaba un tanto. Quizá no

USJ BIBLIOTECA

se ha fijado en mí jamás. En todo caso, nunca me ha dirigido la palabra; pero debía ser muy buena, y su cara lo decía. Sentimientos de consuelo emanaban de sus ojos y acertaban con el camino de mi corazón atormentado por la nostalgia.

¡Cuánta influencia y poder hay en una mirada! Algunos cruzan á través de la vida llevando en la memoria la mirada de un padre ó una madre que hace mucho tiempo abandonaron este mundo, y la dulce claridad de aquellos ojos cerrados al presente, les dirigen por el buen camino, les advierten, les reprenden si obran mal. Otros, en momentos de angustia, han sido salvados de la desesperación por la ternura impresa en ojos que estaban fijos en ellos; y eran quizá ojos de desconocidos que ni siquiera hablaban su misma lengua. ¡Ay! los hay también perseguidos y atormentados por una mirada cargada de odio y de maldición. Para formarse idea de poderes misteriosos que no entran en la esfera de acción de los sentidos y que, sin embargo, producen efectos extraordinarios, basta pensar en lo que pueden unos ojos para atraer ó rechazar, premiar ó castigar, electrizar para la acción ó detener y paralizar.

He aquí lo suficiente para haceros vislumbrar cuánta riqueza y poderío nos confiere el hecho de tener ojos.

Ahora bien, aquí os espero para haceros una pregunta. ¿De esos ojos, qué hacéis? ¿Sabéis apreciarlos y serviros de ellos? ¿Los utilizáis para el bien ú os sirven como instrumentos de maldad?

Y ante todo, ¿sabéis cuidarlos? Todos los instrumentos exigen cuidados, y los órganos lo mismo. No tenemos más que dos ojos, y hay que cuidar de ellos. Inútil es recomendaros que no estropeéis á puñetazos los de vuestros compañeros, ó que cuidéis de no saltárselos en juegos salvajes. ¿Pero, no tenéis la mala costumbre de leer, escribir, ó coser á la hora del crepúsculo? No importa, decís, nuestra vista no está cansada.—No es razón para que la tratéis mal. A la larga, todo se paga. El hombre no es como el gato. Y la vista, para conservarse bien, exige cierta cantidad de luz. La claridad demasiado viva, como la oscuridad excesiva, la hacen daño. Hay en el alumbrado de las grandes ciudades, donde puntos de claridad deslumbradora alternan con otros de espesas tinieblas, en el llamativo resplandor de los anuncios que se encienden y apagan bruscamente, todo un sistema de desarreglo de la vista.

Hay innumerables niños que tienen necesidad de que se les diga que los ojos han de estar limpios lo mismo que la cara en que están colocados, y que conviene mirar si los dedos están bien limpios antes de frotarse los ojos con ellos.

Una vez en buen estado de salud y limpieza los ojos, hay que saber servirse de ellos. ¡Cuántos hay que los tienen y no ven! Incapaces de buscar, ja-

USJ BIBLIOTECA

más encuentran un objeto perdido. Escriben y no se aperciben de que ponen faltas. Al volver de un paseo ó de un viaje, resulta que no han visto nada. En la ciudad, pasan al lado de los museos sin ocurrírseles entrar. En el campo, viven en medio de las flores, sin descubrir la gracia que encierran. Un ciego muy curioso me dijo un día que multitud de gentes que veían bien se servían tan mal de los ojos, que le había ocurrido con frecuencia observar mejor ciertos objetos palpándolos que ellos mirándolos.

Se pregunta uno también cómo ocurre que haya personas que puedan ver tantas cosas bellas y llenas de grandeza sin dejar de ser ellos viles. Se paran, sí, ante los espectáculos grandiosos, pero no les producen efecto. Ni las aguas puras y transparentes, ni las tardes dulces y apacibles, ni la majestad de las montañas, ni el misterio de la noche ó de los bosques hablan á su corazón. Continúan mancillados ante las fuentes claras, engañosos ante la sonrisa de la mañana, mezquinos bajo la bóveda azul del infinito. Y, triste es decirlo, los hay que se sirven de los ojos para mentir, herir y matar.

Niños, comprended que nobleza obliga. Tenéis la responsabilidad de la regia dote de la vista. Querría que supieseis la felicidad que representa poseer esos dos hermosos ojos abiertos al mundo, y sobre todo, que con ellos labraseis la dicha ajena. Vuestros padres ven muchas cosas duras, entristecedoras y frecuentemente horribles. Algunos son tan pobres que pueden decir: no me quedan más que ojos para llorar. Pero si sois buenos, vosotros, jóvenes, de vuestros ojos puede correr un raudal de alegría á través de los desiertos de la vida en que sufren vuestros padres. Infundidles ternura, amor, fidelidad. Sonreid á aquellos cuyo destino es triste.

Entre vosotros hay quizá quien no quiere dejar ver lo que encierran sus bolsillos ó sus cajones, porque esconden cosas que les comprometen. Cuando se les mira, bajan los ojos. ¿También tienen algo que esconder en ellos? ¡Cuidado! Todos deben conducirse de suerte que puedan sostener la mirada de un hombre honrado. Anhelo para mi patria que los ojos de sus hijos sean claros y francos, sin engaño ni disimulo, buenos para con el dolor, respetuosos para con la edad, que no se aparten de los que necesitan ayuda, que se inclinen ante las hermosuras de la naturaleza, que se fijen resueltamente en el enemigo en los días de peligro, que jamás vean la patria humillada ni degradada, sino fuerte por su energía y hermosa por su amor.

USJ BIBLIOTECA

El mundo del oído.

No habréis olvidado que os hemos hablado de un reino que os pertenece, de ese *Reino de los ojos*, tan vasto, tan maravilloso.

Pero poseéis, además, un reino al que ningún otro en el mundo podría compararse. Y de ese reino siguen siendo señores aquellos mismos que tuvieron la desgracia de perder el disfrute de la vista. Quiero hablar del mundo inmenso de misterio y de belleza al que tenemos una puerta abierta con el oído.

Cuando digo mundo de belleza, pienso, naturalmente, en las preeminencias de la monarquía cuyos Estados vamos á recorrer. Mencionemos, no obstante, la espina de la corona, puesto que es también necesario que toda corona tenga su espina. Esta se hace sensible en los momentos en que se oyen cosas tan desagradables que sería preferible taparse los oídos.

Las malas palabras, las frases mal sonantes, los

insultos, nos hacen, alguna que otra vez, desear ser sordos.

Cuando, víctimas de una persona charlatana, sufrimos el chaparrón de sus palabras, hay momentos en que nuestras Majestades reales se ven sumamente contrariadas.

Pero el oído es para nosotros verdadero instrumento de suplicio, en medio del estrépito ensordecedor de las grandes ciudades. Correr en ómnibus automóvil por el pavimento pedregoso, oyendo el ruido estridente de las vidrieras á la espalda; verse obligado á no moverse, sobre todo estando enfermo, de las cercanías de un campo de feria en que resuenan las voces de los payasos y retumban los órganos movidos á vapor; verse metido en un tropel de gentes que todas chillan á la vez, esas, entre otras muchas, son circunstancias en que preferiríamos ser pastores sentados en el silencio del valle, y no reyes rodeados de las señales demasiado ruidosas de nuestro poder.

Seamos, no obstante, buenos príncipes. Indica mal espíritu desear aprovecharse de la parte agradable de las cosas y quejarse demasiado de los inconvenientes. Respecto á éstos, seamos filósofos y mostrémoslo en lo sucesivo no hablando más de ellos.

Marchemos á los países de la Armonía. Y hablemos, en primer término, del canto de los pájaros. ¿Qué niño hay á quien no gusten los pájaros? En

USJ BIBLIOTECA

este punto, llevan toda la ventaja los niños del campo.

Ver y oir á un pájaro en la jaula, aun siendo la más linda, no es comparable á verle y oirle en su medio natural.

Cuando se ha criado uno en el campo, á la orilla de los grandes bosques, se conocen los pájaros por el modo de cantar. Se sabe que no cantan sino en determinadas estaciones, y es un placer, paseándose por la selva, decir al oirlos: ese es un mirlo, ese un pinzón, aquélla una coruja, ese otro un jilguero, un verderón. Cuando cantan, en primavera, todos á un tiempo, es un concierto delicioso en que hay alegría, dicha, esperanza ó tranquilidad. Espero que amaréis á esos gentiles habitantes de la selva, de los setos y de los surcos; y que sus nidos no peligrarán cuando os acerquéis. Entre los pájaros, hay algunos que, á nuestro juicio, son más artistas que otros. Pero basta oirlos cantar para convencerse de que todos cantan con el mismo entusiasmo. Todos lo hacen lo más fuerte que pueden.

Una observación que es necesario hacer: no son las aves de plumaje más brillante las que emiten notas más lindas. Tres pájaros de colores apagados: la coruja, el ruiseñor y la alondra, baten en nuestros campos el *record* del canto. Nos hacen recordar que las cualidades menos comunes acompañan frecuentemente á un exterior modesto.

La coruja emite sonidos alegres, llenos de alien-

to. Diríase que sabe un secreto de esperanza y que, pensar en él, la llena de entusiasmo.

El ruiseñor hace oir su voz en medio de los noches más oscuras. Comunica un suspiro al silencio universal. Y escuchándole, parece que perlas y brillantes surgen de las tinieblas.

La alondra canta cuando sube por los aires. ¡Qué alientos y qué garganta la hacen falta para lanzarse así hasta las nubes, tanto que se pierde de vista, y deja caer, sin dejar de mover las alas, una lluvia de notas bañadas de sol! En los campos dorados donde la cosecha tiende sus frutos, la alondra es grito de alegría encarnado en un sér vivo. ¡Oh! días de junio y de julio, días inmensos y luminosos en que el sol aparece tan pronto y se pone tan tarde, en que la noche sólo dura unas cuantas horas, qué hermosos son, y cómo el canto brillante de las alondras traduce su vida activa y ardiente! ¿Seguiríais adelante vuestro camino sin apercibiros de esa fiesta en que todo brilla, se agita, canta, desde el grillo que no deja de oirse bajo la hierba, hasta la alondra que, con voz incansable, lanza sus notas á lo alto del cielo?

En verdad, no sólo para nosotros agita el grillo sus élitros; susurran las abejas alrededor de los manzanos floridos; charlotea el arroyuelo por la pradera. Pero, ¿no estáis para percibir y comprender la voz de las cosas?; y puesto que tenéis oidos, ¿por qué no habéis de escuchar? No cumpli-

USJ BIBLIOTECA

ríais vuestro destino, vuestra función humana. La fuente refleja el cielo azul, el lago refleja sus orillas, el eco de las montañas responde á las voces que á él llegan. ¿Sería vuestra alma menos que la superficie de las aguas y que el eco de las peñas? Sentir lo que pasa á vuestro alrededor, tomar la debida parte en ello, vibrar al unísono, podéis hacerlo, lo debéis. ¡Abrid todo lo que podáis vuestros oídos y vuestras almas! ¡Reyes, por el sentido delicado que percibe, distingue é interpreta los sonidos, sonreid á vuestro reino!

Toda la creación está llena de voces. Los pájaros no son los únicos que tienen conciertos que ofrecernos. En sus vastos pensamientos acerca del Universo, algunos filósofos antiguos han soñado que los cuerpos celestes que ruedan sobre nuestras cabezas no eran mudos. Cada uno de ellos, en su camino, se acompaña de un sonido. Y del conjunto de todas esas notas, resulta un canto infinito, que ellos llamaban armonía de las esferas. La idea está llena de poesía. Venid conmigo á los grandes bosques, y oiréis, si no la armonía de las esferas, al menos el canto de los árboles.

Los árboles son arpas que vibran al viento: con sus hojas, con sus ramas, con sus troncos vibran y cantan. Tocad al pasar sus enhiestos troncos, de tan distinto grueso, y veréis cómo cada uno responde al golpe que le dais con una nota. Cuando el viento agita la selva, los árboles son como un órgano

que toca organista maestro, y que dispone de fabuloso número de registros. Sin abrir siquiera los ojos, yo, que no soy entendido en música, os diré la voz de qué árboles oigo. Los cipreses, los pinos, los cedros y los pinabetes dan un sonido ahogado, como un sollozo. Las hayas suenan alegremente como trompetas; las encinas, por poca que sea la fuerza con que el viento las mueva, rugen. Y los grandes chopos, cuyas hojas se mueven sin cesar, producen la ilusión de agua que corre. Cuando los acaricia brisa ligera, los árboles susurran, y, en tanto se hacen señales con sus ramas que se mueven acompasadas, diríase que se cuentan historias, acompañadas de gestos muy significativos.

Los niños de las orillas del mar disfrutan de una música que no conocen los de tierra adentro y que los ha mecido desde que empezaron á vivir. Es el ruido del mar.

En el mar entra toda la escala. Murmura acunando, toca clarín guerrero, canta, truena y ruge á la par. Dulce, acariciador, tierno, maternal, fascinador, hechicero, alegre, perezoso, melancólico, malhumorado, furioso, el ruido del mar es todo eso, según los momentos y los días. Y cuando viene la tormenta y se dejan oir los grandes registros del trueno, entre los estallidos formidables y el fragor que hace temblar el suelo, se percibe una grandeza horrible y salvaje que estremece.

También eso hay que oirlo. Hay realidades que

USJ BIBLIOTECA

se significan en todos esos fenómenos. Todo sonido es palabra en su género y nos instruye en la medida de nuestra atención y nuestra capacidad.

Algunos se declaran sin fuerzas para asistir á los conciertos. Antes de que el hombre hubiera escrito música, la naturaleza ha dado sus conciertos, que nada iguala. Seguirán siendo la fuente en que poetas y músicos concurran á inspirarse. Los que de ellos no sepan escuchar con silencioso recogimiento lo que dice el pájaro en la rama, el viento al cruzar las cañadas, los cañaverales á lo largo del río y la ola en las costas, jamás han comprendido nada de su arte. Semejante al vino que no conoció la uva, su música ignora la fuente de la gran armonía. De esa fuente, vosotros y yo, que no tocamos instrumento alguno ni escribimos notas en el papel, estamos invitados á disfrutar. Al darnos el sentido del oído, Aquel que ha dado voz á las cosas, nos ha dicho: te consagro rey. Sepamos servirnos de tan alta dignidad. Concedamos que nos faltan varias excelencias, para aprovechar al menos las que tenemos. Son dignas de ser apreciadas, capaces de colmarnos de riquezas extraordinarias.

El mundo del oído.

(CONTINUACIÓN)

Lo que está más cerca de nosotros nos interesa más hondamente, por las relaciones todas que á ello nos unen. Así ocurre que de todos los sonidos que vibran en el mundo, el que más intensamente nos habla es la voz humana.

Por una necesidad que tiene su origen en nuestro mismo espíritu, interpretamos los demás sonidos, los que emiten los animales, por ejemplo, como si encerrasen algo humano. Nadie oye rebuznar á un asno con el acento de queja que sabemos, sin pensar que el pobre animal se lamenta de su suerte ruda. Puede muy bien ocurrir que el burro exprese con gran frecuencia, en la misma copla, alegría de vivir, ternura y sentimientos de sociabilidad. Pero su lenguaje no nos es comprensible.

La voz humana sí la comprendemos. Es lo que más nos une á nuestros semejantes. Entre los signos todos de que el hombre se sirve para expresarse é influir en el prójimo, la voz humana figura

USJ BIBLIOTECA

en primer lugar. Gracias á ella y á lo que se la ha perfeccionado, el lenguaje se ha desarrollado infinitamente, haciéndonos capaces de expresar hasta nuestros pensamientos más recónditos.

El lenguaje escrito, refugio inviolable de las tradiciones del pasado, vehículo de las emociones y de los pensamientos del tiempo, ha sido elevado á la categoría de instrumento admirable de perfección y de precisión, pero no es más que la imagen del lenguaje hablado. Si la humanidad no hablara, jamas habría escrito.

¿Sabéis hablar, niños? ¿Os habéis tomado la molestia de aplicar el oído para percibir el don maravilloso de la lengua, de la hermosa lengua de nuestros abuelos? ¿Creéis que vale la pena de aprenderla á fondo, para disponer de un instrumento con que hacerse comprender de los demás, si se ofrece oportunidad de tener algo que decirles? Indocto es el que no sabe escribir; ¿pero cómo llamaremos al que no ha aprendido á hablar? Aprender á expresarse es un deber, para con los demás tanto como para con nosotros mismos. No sabiendo decir lo que se siente y lo que se piensa, se pierden las ocasiones más propicias de ser útiles.

Algunos no abren la boca sino para vomitar injurias. Al oir sus malas palabras desearíamos ser sordos, á menos que no se desee que ellos fueran mudos. Los hay también que se complacen en denigrar la lengua de su patria ó se sirven de ella

para decir cosas sucias. Las palabras feas son manchas que introducimos en el lenguaje primeramente, luego en el oído y en el espíritu de los demás. Hay que respetar el idioma que se habla como el cuarto que se habita y la ropa que se lleva puesta. Respetemos igualmente los oídos del prójimo.

Cuidar del oído es también buena costumbre. No gritéis más de lo necesario. No añadáis al bullicio el ruido de vuestras voces. Una de las maneras más brutales de atropellar el derecho de los demás es destrozarles el oído escandalizando, ó con inútiles charlas, que siempre hacen perder el tiempo, y á veces la paciencia. Hablad con amabilidad á todos. La voz encarna tan perfectamente la persona, que por ella conoce el ciego á las gentes. Ojalá la vuestra, al conocerse de lejos, sea signo de paz y dicha, mensaje agradable y no señal de alarma que nos incite á huir.

Sabed también escuchar. La voz es hoy un consejo, un aviso prudente y paternal; mañana es un grito de angustia, queja que descubre el sufrimiento. No cerréis los oídos ni á los consejos ni á las quejas. Sabed escuchar aun las críticas y los reproches. Aprovechad lo que tengan de razonable. El oído que sabe escuchar hace juicioso y enriquece al que lo posee. Puede penetrar más riqueza en el oído con palabras sabias que la que entra en una granja en sacos atestados de grano.

Pero cuando llegan los malos consejos y las

USJ BIBLIOTECA

historias de carácter dudoso, entonces cerrad los oídos, como se cierran los postigos de las casas para que los pilluelos no tiren barro por las ventanas.

Sobre todo, notad que si hay ocasiones de escuchar y hablar, las hay también de callar y no escuchar más que la voz del silencio, en que el hombre reflexivo percibe las cosas grandes, siempre ocultas para los aturdidos. El silencio de las noches, el de las soledades, el de los cementerios, el del alma... nunca elocuencia alguna los ha igualado. Y si hay una verdad que conviene decir á cualquiera que en el mundo hable, es ésta: Saber callar es condición indispensable para hablar bien.

Acabaré por la música. Es una de las cosas más hermosas que existen. ¿A qué niño no le gusta? Si sólo es dado á pocos saber tocar un instrumento, todos ó casi todos tienen voz. Y pueden cantar. Ahora bien, cantar es gran parte de la dicha. Enseñar á una persona á cantar equivale á darle un buen dote, un campo fértil en el que puede cultivar flores, lograr frutos y cosechas. Hay que dedicarse á cultivar la voz todo lo posible. ¿Sería el hombre el único mudo en el inmenso concierto de las cosas? Cantar es hacerse más ampliamente un sér vivo y vibrante. El dolor, el amor, la adhesión á la patria, la alegría de vivir, el entusiasmo, el valor generoso, todo ello puede cantar en nuestros labios.

Cuando nuestro gran poeta Víctor Hugo quiere describir, en un solo verso, á los soldados con quienes iba y luchaba, á través de Europa, el espíritu de nuestra inmortal Revolución, dice:

Y su alma cantaba en los clarines de bronce.

Tengamos alma, hijos, y pongámosla en nuestros cantos. Y que esos cantos sean altivos, buenos, llenos de lealtad, de amor al género humano, de valentía y de libertad. No echemos á perder nuestras voces, ni nuestra memoria, cantando torpes canciones. Sería transformar en ridícula mueca lo que es suprema belleza. Que todo lo grande, noble, amable, conmovedor, resuene á través de las cuerdas interiores.

Significa salud y porvenir para un pueblo el que por los talleres, las ciudades, los campos, se oiga á los trabajadores cantar durante la labor, y á la juventud reunida cantar todo lo que es digno de hacer latir corazones humanos.

USJ BIBLIOTECA

Tener es poder.—Poder es deber.

Si habéis seguido con atención las últimas lecciones, en que se os han descrito los vastos dominios que os están abiertos por el hecho sólo de que véis claro y de que oís, habréis comprendido que queremos daros una idea elevada de vuestras personas y vuestro destino como hombres.

Que sepáis quien sois, que el sentimiento de vuestra dignidad se despierte, ese es nuestro objeto. Porque si olvidar lo que se es conduce á la falta de respeto para consigo mismo y á la postración del valor, recordar la dignidad nativa es la primera condición de una vida buena y de una conducta honrada. Nobleza obliga. Al sentimiento claro de lo que se es, de lo que se ha recibido, sigue infaliblemente la comprensión de lo que se debe uno á sí mismo y de lo que se debe á los demás, para no perder su aprecio.

Es preciso, no obstante, que todos se dejen guiar por esa lógica del sentido moral que, de toda

ventaja que nos cabe, deduce un deber que hay que cumplir. Ese deber le percibimos más fácilmente por lo que respecta á los demás que por lo que atañe á nosotros mismos. Nada nos parece más natural que decir: tenéis tales cualidades, tales privilegios; deberíais serviros de ellos para realizar tal ó cual bien que á todo el mundo aprovecharía.

Que el prójimo utilice su lámpara para alumbrarnos, su buen humor para distraernos, su fuerza para resguardarnos, su saber para instruirnos, cosas son naturales. Cualquier ventaja del prójimo hace nacer en nosotros una esperanza.

Deseamos que esa ventaja se ejercite en favor nuestro. Y si nuestra esperanza resulta defraudada, queremos tener derecho á la queja.

Pero el que posee excelencias y buenas cualidades, se coloca en otro punto de vista.

Imagina fácilmente que todo le ha sido dado para acrecentar su gloria. Obtener de ello vanidad, utilizarlo para elevarse por cima de los demás, considerar sus dotes, sus talentos como juguetes de su orgullo, como dijes brillantes con que se adorna, ambicioso personaje, es la mala costumbre que sigue muchas veces.

De donde resulta que á muchos de nosotros les estropean sus buenas cualidades. Son para nosotros pretextos que nos hacen despreciar á los demás, ocasiones para realzarnos.

USJ BIBLIOTECA

Así se propaga un abuso extraño de lo mejor que existe y lo torna en malo.

Siempre que una cosa, buena en sí misma, se desvía de su objeto y cae en el abuso, no sólo se pierde, sino que se transforma en energía destructora.

Pongamos un ejemplo común. He aquí un artículo alimenticio, legumbre, fruta, ó carne. Si no se utiliza á su debido tiempo, se echa á perder. Pero no es esto todo. Al propio tiempo que se pierde como alimento, se transforma, por la descomposición, en agente de infección activa, y amenaza la salubridad de nuestras viviendas.

En vez de un artículo alimenticio tomemos una cualidad humana, una preeminencia cualquiera. He aquí un individuo que posee brillantes aptitudes intelectuales ó riquezas. Si de ellas se sirve fraternalmente, puede hacerse útil á muchos; si las utiliza para servir su egoísmo, dará mal ejemplo, provocará villanos sentimientos, la envidia, el odio, suscitará la cólera allí donde se muestre. ¿Y todo por qué? Porque no se ha acordado de que es deber de cada uno aplicarse, con todo lo que posee, al mayor bien de sus semejantes.

Os hemos mostrado algunas de vuestras riquezas. Poseéis muchas otras. Todo individuo es un capital, lentamente reunido por el esfuerzo y el trabajo de los siglos. No se ha de permitir que este capital permanezca improductivo. Sería muestra de

incuria, de falta de inteligencia y de injusticia. No utilizar ó dejar perder un bien es robar á todos los que hubieran podido aprovecharse de él. Si no os servís de vuestros ojos, de vuestros oídos, de vuestras manos, de vuestras facultades intelectuales y morales, dejáis perder bienes efectivos, enterráis lo que podría contribuir á sostener ó á embellecer la existencia de alguien.

He aquí, pues, cuestiones muy serias que hay que presentaros. En primer lugar, examinar vuestro haber. No vayáis á creeros desheredados, privados de toda preeminencia. Daos cuenta de lo que sois y de lo que poseéis. Y luego deciros: tengo dos buenos ojos, y, en general, sentidos en perfecto estado, buena salud, inteligencia para instruirme y conciencia para guiarme. Con estas cosas, algo puedo.

Tener es poder. Tener un fusil es poder tirar, tener agua es poder regar, tener brazos es poder trabajar. Tengo varias cosas, luego tengo poder. Soy un poder. Este poder ha de servir para actos justos y provechosos. Tengo un martillo, pues puedo machacar. ¿Lo haré en objetos útiles para estropearlos? ¿Haré que al pasar yo caigan en pedazos los escaparates de las tiendas?; ¿daré con el martillo á mi compañero? No; seré útil con mi martillo. Clavaré clavos, compondré las sillas y las mesas que se muevan, ajustaré la cerradura que está mal colocada, partiré piedras, machacaré el

USJ BIBLIOTECA

hierro en el yunque. No se dirá que tengo martillo para no hacer nada con él ó para dejar que se cubra de orín en un rincón. Porque si tener es poder, poder es deber. Si podéis hacer una buena acción y no la hacéis, faltáis á todos vuestros deberes.

Los ladrones que roban el grano, cometen una falta digna de castigo, y si se les coge la expían en el encierro.

Pero cuando alguien deja que el grano se pudra en el granero, ¿qué hace? ¿No es causa de que el grano se pierda y de que no pueda servir para nadie? O cuando el mismo individuo, demasiado holgazán para labrar y sembrar, dejó su tierra inculta cubrirse de malas hierbas, ¿no es también culpable de haber dejado de producir lo que sus medios le permitían? Evidentemente la guardia civil no le pondrá la mano encima. Pero ante la recta conciencia, ese hombre es un malhechor.

No os parezcáis á él. Cuidad de vosotros mismos, cultivaos, manteneos, y luego aplicaos y trabajad con ardor. Así seguiréis las lecciones que os da esa gran naturaleza en que todas las fuerzas se emplean sabiamente. La misma piedra que rueda no se detiene antes de que la fuerza que la impulsa no se haya agotado; el pabilo que ahuma no se apaga sino cuando no puede hacer otra cosa. Hagamos lo que podemos y habremos hecho lo que debemos.

Caras y muecas.

EL ROSTRO HUMANO

Todo el mundo posee una cara, y, salvo raras excepciones, cada cual se ha acostumbrado á la suya y ha acabado por sentirse satisfecho, aun cuando no encuentre en ella nada notable. Algunos, sin embargo, juzgando su belleza superior á la realidad, no se cansan de mirarse al espejo y de adornarse; mientras que otros, por el contrario, no dan á su cara los cuidados necesarios. Se les ve sin afeitar, desgreñados, con manchas de tinta ó de otras cosas cuyo lugar apropiado no es la cara.

La cara tiene su importancia. Tratemos de comprenderla para no caer en falta en este punto. *La cara es lo más personal que el hombre tiene.* Es la imagen de su espíritu, la traducción visible del mismo.

Es indudable que debemos guardarnos de juzgar á las gentes sólo por la cara, porque hay quie-

USJ BIBLIOTECA

nes se sirven de la misma para engañar. Pero no es menos cierto que es la imagen de nosotros mismos, resumida y expuesta á la observación de todos. La cara es tantas cosas que sería muy difícil enumerarlas todas. Podemos decir, sin embargo, que si es una imagen, no es como un retrato que permanece siempre invariable. Se modifica, no solamente con la edad, sino con las impresiones que se experimentan. Juan que llora difiere mucho de Juan que ríe, y no obstante, la misma cara le sirve para reir que para llorar. Mirad á ese hombre encolerizado, los ojos espantados, la boca contraída y espumosa. Hace un momento se reía, diríase que todo ha cambiado y que ya no es el que hemos visto tan alegre.

Se ve á las personas cambiar de cara súbitamente, dominadas por una emoción grande. Os ruborizáis, por ejemplo. En un momento, vuestro rostro entero se ve invadido por rosado tinte, hasta las orejas llega el cambio. Buena señal. Prueba que sois tímidos, que os avergüenza haber obrado mal, que os ofenden palabras mal sonantes. Os felicito porque podéis ruborizaros.

Con frecuencia también palidecemos. Malestar, miedo, un dolor grande.... la cara se pone tan pálida que asusta.

La tristeza pone como un velo sobre el rostro. En pleno sol, el que está triste parece caminar envuelto en una nube y la sombra cubre su sér.

La alegría hace brillar la faz, muestra en ella la risa ó la sonrisa, semejantes á rayos luminosos. Los ojos brillan de alegría, centellea en ellos el espíritu.

En todo, el rostro es el reflejo de nuestras almas, la traducción de lo que pasa en nuestros espíritus. Ningún telégrafo dispone de tantas señales como las que se reunen en los cambios de la fisonomía humana. Es necesario, por tanto, ser algo fisonomistas. Para comprender al prójimo, hay que saber interpretar lo que dice su cara. Aquellos á quienes no interesa la cara de los demás y les es indiferente que estén tristes ó alegres, furiosos ó de buen humor, no son hombres.

Y en primer término, hay que tener cariño á las gentes y ofrecerles, por nuestra parte, cara plácida y amable. Andar melancólicos, fruncido el entrecejo, indiferentes, es hacer mal uso de lo que nos sirve de cara. No la tenemos para fastidiar, para entristecer, para menospreciar á nuestros semejantes, sino para significarles sentimientos cordiales y animadores.

¡Los admirables, los excelentes resultados que una buena cara puede producir durante el día por doquiera que pasa! Pero con rostro áspero, indigesto, se molesta á todas las gentes que vamos encontrando. Sea nuestra cara linda ó fea, siempre que resulte simpática. Es lo que importa. Con bondad se da atractivo y gracia al rostro menos favorecido.

USJ BIBLIOTECA

La cara puede compararse también á una página que lleva escrita una historia. Al comienzo de la vida, la página está en blanco. Poco á poco, según el modo como vivimos, vamos trazando caracteres en ella. Los malos hábitos, los vicios, hacen que el rostro adquiera pliegues especiales. La faz de los hombres se modela y se esculpe según sus acciones son buenas ó malas, é igualmente sus pensamientos. Después de haberos separado de los compañeros, los encontraréis andando los años y observaréis que ha cambiado completamente la expresión de su rostro. Están desconocidos. La mala vida les ha desfigurado. Un rasgo bestial, un sello de astucia ó de flojedad se dibuja en su rostro. En otros leéis mejores noticias. La cara noble, enérgica, indica una persona de buena conducta, de alma limpia y leal.

Visitando un día un correccional de jóvenes en los Estados Unidos, me enseñaron dos series de fotografías. En unas las caras eran solapadas, intranquilas, temerosas, por lo que en ellas había de pérfido, de astuto ó de abatido.

Eran las de los jóvenes pensionistas en el momento en que caían allí como pavesas de la vida. Las otras eran la mayor parte francas, alegres, demostrando confianza. Eran las de aquellos mismos muchachos, con tres ó cuatro años de intervalo. Una vida regular, llevada con disciplina cariñosa, había creado en ellos hábitos nuevos; la historia

escrita en aquellas caras no se parecía á la que habían contado antes.

Cuando los grandes sufrimientos y los desengaños de la vida han pasado sobre los hombres, su rostro muestra las huellas. Ved pliegues dolorosos en la comisura de los labios, como si se hubiera bebido demasiadas veces en un cáliz muy amargo. Ved arrugas, surcos trazados por la pena. Al lado se observan señales profundas: son las cicatrices de heridas antiguas ó recientes. Y el rostro del hombre, á la larga, trabajado por la mano ruda de los hechos, es comparable á los archivos en que se guarda la historia del pasado. Mirad las caras venerables de los viejos; reposad en ellas vuestras juveniles miradas, y sed muy buenos y respetuosos, porque la mano del dolor ha pasado por allí.

La cara es á veces una careta; ¿sabéis lo que es una careta? Es una cara de cartón que se pone encima de la propia. Cualquier niño puede ponérsela de viejo, de hechicera, de mono ó de ternera. Si le place puede hasta pasearse con cabeza de águila ó llevarla de bisonte con cuernos y todo. Son distracciones que todos conocen y miran con agrado. Pero el que ha hecho de su rostro natural una careta, se dedica á algo peligroso en ocasiones, malo frecuentemente. Se vale de la cara para ocultar sus sentimientos. La hace reir cuando su alma llora ó se desespera. La da aire de tristeza cuando en su interior está alegre. En una palabra: representa con

USJ BIBLIOTECA

ella muy hábilmente y la utiliza para burlarse de sus semejantes.

En verdad, tenemos derecho á guardar lo que sentimos. Nuestros sentimientos son nuestros, y no puede conocerlos sino la persona á quien accedemos á manifestárselos. Por tanto, si hay indiscretos que quieren leer en la cara lo que reservamos, está en nuestro derecho cerrarles la puerta, para que no puedan mirar lo que pasa dentro.

Tiene también el hombre derecho á hacer comedia, si es comediante, ó tragedia, si es actor trágico. Su arte, entonces, consiste en adaptar el rostro á las circunstancias, conforme al carácter que quiere representar. Su rostro es por el momento un instrumento de trabajo. Lo que el escultor cincela y el pintor dibuja, el actor que sabe su oficio lo pone en su rostro. Se esculpe y se pinta, hasta hacerse semejante al héroe que representa.

Pero, fuera de estas ocasiones, nuestra conducta debe ser de tal manera que nuestro rostro refleje nuestro pensamiento. Seamos los que somos, tengamos el rostro franco y abierto de las gentes honradas que no quieren engañar á nadie, y para quienes la vida no es una comedia.

Muecas.

Puesto que estamos hablando de la cara, ahondemos en nuestro asunto.

Es operación en que siempre se gana. El que no adquiere el hábito de ahondar en los asuntos, es como el que pasa por delante de las puertas y nunca se toma el trabajo de entrar en las casas. Más vale visitar detenidamente diez casas, que pasar por delante de cien puertas sin enterarse de nada de lo que pasa detrás de ellas. Os invito, pues, á penetrar conmigo en el interior de este asunto, ya que la puerta está franca.

Del hilo al ovillo, la cara hace pensar en la mueca. Cualquier niño sabe lo que es una mueca. Varios de vosotros las hacen, sin darse cuenta. Por ejemplo, cuando cantan. Se les arruga la frente, contraen el rostro, y ponen la boca como si tuvieran dolor de tripas. Cuando escriben, sobre todo si quieren hacer buena letra, algunos de vosotros sacan un poco la lengua y bizcan los ojos de una manera divertida. Diríase que cuando escriben, cantan una romanza con acompañamiento de los ojos y de la lengua.

USJ BIBLIOTECA

Finalmente, sabéis para qué sirven las muecas en las relaciones entre camaradas. Cuando está prohibido hablar, ó no se sabe qué decir, los niños se entienden por gestos. Los hay que significan: *me río de ti;* hay otros que sirven para decir: *déjame en paz; me fastidias; te desprecio.* El arte de hacer gestos, cómicos ó terribles, se practica, en fin, por ciertos estudiantes que gustan de llamar la atención á sus compañeros. Han llegado á ser especialistas en el género, poco recomendable por lo demás, y que reune á su alrededor grupos más ó menos interesados en el espectáculo de su mímica.

Pero dejemos esta parte del asunto, que no es más que la antecámara, y sigamos adelante. La mueca, cualquiera que sea, es una cara alterada, ridiculizada, deformada. Mirando la fisonomía natural de un hombre, se comprende que es la imagen fiel de su persona. Si exageráis y modificáis los rasgos de su rostro, creáis una imagen infiel de esa misma persona, representáis á un hombre de una manera falsa. No es él, es su caricatura lo que nos ponéis delante. Y ello equivale á un falso testimonio en contra suya. El arte de deformar los rasgos de las gentes, con palabras ó con descriciones tendenciosas, es una de las formas más astutas de la mentira. No tenéis derecho á cambiar su rostro para poder ridiculizarlas más fácilmente, y hacer que se las juzgue mal.

Mirar á las gentes, observarlas tal como son y pintarlas fielmente, es lo que corresponde á un hombre honrado. Mirar á las gentes, tratar de observar en ellas un defecto y ponerle tan de relieve que oculte toda la persona, es propio de espíritus malévolos y nada honrados. Todos los ladrones de figuras y de reputaciones practican este sistema.

Los hombres, cuando observan á los demás, son comparables á espejos. Sabéis que un buen espejo reproduce la cara como es, sin cambiarla nada. No embellece, no afea, reproduce con exactitud. Un espejo malo os deforma la cabeza, os arruga el rostro, cambia la forma de la nariz y tuerce vuestras orejas. Os estropea por completo. En algunos espejos, aparecéis picados de viruelas, cual si acabarais de padecer esta enfermedad.

Aquellos de vosotros que hayan tenido ocasión de visitar la Escuela de Artes y Oficios de París, habrán visto una colección de espejos muy á propósito para divertirles. Verían espejos cóncavos, convexos, alargados y de forma oval. En ellos se mirarían la cabeza, unas veces redonda como un queso de bola, otras achatada como un tomate, otras de forma de pera. Aquí la faz se alargaba cual si la apretasen y estiraran después manos invisibles; allí se ensanchaba la boca como hendidura roja que iba de una á otra oreja. Finalmente, nuestro desgraciado rostro sufría todos los insultos.

USJ BIBLIOTECA

Nuestra persona se sentía locamente manoseada, como lo fuera la masa en manos del panadero, y es necesario, después de ello, consultar un espejo fiel que nos deje en buen lugar, que rehabilite nuestros rasgos, y pruebe que por fortuna no nos parecemos á ninguno de los monstruos que acabamos de ver.

Esos espejos que deforman las caras son un símbolo de los espíritus falsos, que deforman todo lo que ven, las caras tanto como los hombres. Porque la mueca no representa solamente los rostros humanos alterados ó las fisonomías morales infielmente reproducidas y calumniadas, sino todo lo que está fuera de su verdadera forma y de sus justas proporciones.

Al lado de las caras verdaderas, justas, exactas, hay en el mundo otras falsas, exageradas, que no guardan proporción. Son las primeras las figuras verdaderas y reales, las segundas son las caricaturas, las falsificaciones, las muecas. Nada hay bello que no esté contrahecho en algo feo. Es más, las cosas más bellas son las que más feas se vuelven al ser desfiguradas; y las mejores, las que al corromperse se hacen peores. La puerta de la casa, por la que hemos entrado, ha dado acceso sucesivamente á dos habitaciones de distinto tamaño, en que, como en un vasto museo de numerosas galerías, hemos visto curiosidades en abundancia. No salgamos sin haber obtenido provecho de todo

lo que puede verse aquí. Caras y muecas, ¡qué horizonte sobre las cosas y los hombres, sobre la vida y la historia, abren esas palabras! ¡Cuán difícil es conocer la cara verdadera de las cosas, en el pasado como en el presente! ¡Cuántos errores, juicios equivocados, desgracias, odios, provienen de que, en vez de las verdaderas caras, sólo se han conocido las muecas!

Cristo fué crucificado entre dos ladrones, para que la muchedumbre, que sólo por encima mira las cosas, le confundiese en una misma reprobación con sus dos compañeros de suplicio. Es un procedimiento que no es antiguo ni nuevo, no tiene edad, es de todos los tiempos. Hacer que se tome por mueca lo que es cara, para poder odiarla, perseguirla, destruirla, es el procedimiento mediante el cual siempre se ha tratado de perseguir, oscurecer, arruinar en la opinión, lo más hermoso que hay en el mundo. Ni la verdad, ni la justicia, ni el desinterés, ni la libertad, ni nada de lo que hace á la humanidad noble y pura, ha permanecido al abrigo. El gran problema, la dificultad de todos los tiempos y de todos los momentos, es descubrir la verdadera cara de las cosas á través de sus falsificaciones. Vamos á dedicarnos á esta operación prosiguiéndola durante varias lecciones, en asuntos de especial importancia y prácticos.

USJ BIBLIOTECA

Confianza y credulidad.

Recordad lo que os hemos dicho de los rostros y de las muecas. He aquí la confianza, un sentimiento bello entre todos, indispensable para la vida de los hombres. Pero al lado de esta confianza, noble y bella como una cara llena de inteligencia y personalidad, he aquí la credulidad, que es la mueca. Tanto como hay que perseguir la una hay que huir de la otra. Examinémoslas bien, á fin de poder reconocerlas si se ofrece ocasión, y no exponernos á tomar una por otra. De otro modo, podríamos obtener mal resultado; correríamos el riesgo de caer en el grave accidente de la pobre caperucita roja cuando tomó al lobo, que se había puesto un gorro blanco, por su abuela.

¿Qué es la confianza? La confianza es un sentimiento de tranquila certeza, en el que se descansa y que os permite contar con un hombre ó también con una cosa. Tener confianza en una persona significa: pensar con seguridad que no nos engaña si

nos da un informe, que no faltará á la promesa que nos ha hecho.

Un individuo nos pide que le prestemos dinero, y nos promete devolvérnoslo dentro de seis meses. Nos preguntamos si podemos tener confianza en él. Devolvernos el dinero recibido, será cosa que no dependa realmente de su honradez, sino de las circunstancias. Si obtiene beneficios en el negocio para el que necesita nuestro dinero, se hallará en disposición de pagar, y entonces, sólo se tratará de que sea buen pagador. Pero, ¿y si fracasa? En tal caso, no habiendo ganado nada, no tendrá con qué reembolsarnos. Tócanos reflexionar y ver si podemos tener bastante confianza para arriesgar el dinero. A veces se trata de la inteligencia de las gentes ó de su capacidad. ¿Es fulano lo bastante inteligente para que se le confíe un trabajo, la dirección de una fábrica ó la guarda de un rebaño?

Tengo que llevar un caballo á beber; ¿puedo confiársele al joven Enrique, que me lo pide por favor? ¿Puedo, á más, permitir que mi amiguito monte en el caballo? ¿El mismo caballo me inspira confianza? ¿Está suficientemente domado, es bastante manso para no tirar al suelo al jinete? Habría que examinar todas estas cuestiones, antes de tener confianza.

Por todos estos ejemplos, se ve que la confianza tiene condiciones. Si éstas no se cumplen, no es posible concederla. Si no confío á Gustavo la guar-

USJ BIBLIOTECA

da de mis ganados, es porque sé que se duerme con excesiva frecuencia, y que, cuando no está dormido, sueña despierto. No por desconfianza, sino por prudencia, dejo de admitirle como pastor de mis carneros. Y si no doy á Enrique el gusto de montar en mi jaca «Tulipa» y llevarla al abrevadero, es porque mi jaca es muy fina, y Enrique, una vez á caballo, tiene la costumbre de espolearla con los talones; no estaría tranquilo, luego no accedo.

Si la confianza ha de resultar bien, es preciso que sea ilustrada. La confianza ciega es mala. Todas las acciones de los hombres en que interviene este sentimiento piden ir acompañadas de reflexión.

He aquí una escalera. Tengo que coger cerezas. Antes de subir á ella es preciso que me cerciore de que está firme, de que resisten las ramas en que la apoyo y de que no es resbaladizo el suelo. Si no tomo precauciones y me confio sin reflexionar, la escalera resbalará, ó se romperá la rama en que la apoyo, ó se tronchará un escalón con el peso de mi cuerpo. Antes, pues, de confiar mi vida á la escalera, debo cerciorarme de que puedo hacerlo con toda seguridad.

¿Por qué mi primo Pablo se ha caído al agua con su hermanita, á riesgo de ahogarse ambos? Porque Pablo se ha aventurado sin reflexionar en la tabla puesta para cruzar el río, y la tabla no estaba segura. Ha dado la vuelta; la confianza de Pablo estaba, pues, mal colocada. A él y no á la tabla hay que culpar: porque la tabla no puede prevenir al niño, pero éste puede darse cuenta de como aquélla está puesta.

Si reflexionáis detenidamente, observaréis que la cuestión de la confianza se presenta durante todo el día. Andáis por un piso; es porque tenéis confianza de que podrá sosteneros. Descansáis en una cama; sabéis que no va á caerse. El techo que os abriga os inspira confianza, de otro modo no permaneceríais debajo de él, porque no podríais estar tranquilos pensando que las vigas iban á caer sobre vuestras cabezas. Coméis confiados, seguros de que nadie ha envenenado la comida.

La vida social se basa en la confianza mutua de los ciudadanos. Si cada uno hubiera de temer que sus vecinos fueran asesinos y ladrones, la existencia se haría imposible. El alma del comercio es la confianza. Se la llama crédito. Pero *crédito* es una palabra latina que quiere decir cree. Cree, es decir, tiene confianza. Si los comerciantes no tuvieran confianza unos en otros, no podrían hacer negocios.

Aun cuando la confianza sea necesaria, es preciso también que esté justificada; de otro modo se harían muchos negocios á tontas y á locas, pero no serían seguros. Vendéis vuestros géneros á gentes que no pueden pagar. Les abrís crédito, según la frase corriente. Si el crédito hace andar al comercio cuando se apoya en buenas y sólidas razo-

USJ BIBLIOTECA

nes, el que concedéis á la ligera paralizará muy pronto vuestro tráfico. El que vende mucho, muy confiado, sin cerciorarse de si los clientes podrán pagar, puede estar seguro de que se arruinará pronto.

Si se pregunta, pues: ¿es buena la confianza? hay que responder: sí, la confianza es buena. Sostiene la vida; todos los seres viven de ella. Pero es necesario que esa confianza esté justificada por razones, bien colocada, en fin; de otro modo, ya no es confianza, es ceguedad, imprevisión, tontería.

La sociedad se basa en la confianza mutua de los ciudadanos. Tenemos necesidad de poder confiar en el zapatero que nos hace el calzado, en el sastre que confecciona nuestros trajes, en los que nos venden lo que comemos, en los maestros que nos instruyen, en el gobierno que nos rige. Pero antes de fiarnos en todos ellos, es preciso tener buenas razones para hacerlo. De otra suerte, desde los diputados que nos representan en el Congreso hasta el lechero que nos trae la leche, todo el mundo puede abusar de nuestra confianza.

Todos estos ejemplos y reflexiones demuestran que tratamos una cuestión vital. Todo hombre debe cuidar de que su confianza sea buena. Importa tanto como la salubridad del aire que respiramos y del agua que bebemos. Hay que empezar muy pronto en la vida á no conceder confianza sino á lo que verdaderamente lo merece. De otro modo

nuestra existencia será muy pronto una serie de accidentes comparables al del primo Pablo y su hermanita, que cayeron al agua por confiarse fuera de lugar.

USJ BIBLIOTECA

Confianza y credulidad.

(CONTINUACIÓN)

¿Qué es la credulidad?—Es la disposición á creer sin buenas razones. Si las hay para creer una cosa, creer es un acto inteligente. Nadie podrá juzgar absurdo que un niño crea firmemente lo que digan sus padres, aun cuando no los comprenda. Cuando venimos al mundo, un impulso de confianza instintiva nos lleva á los que nos reciben, nos cuidan y rodean. Á ningún niño se le ocurre tener miedo de su madre ó de su padre porque son mayores que él. Se duerme sin temor en sus brazos, y tiene mil veces razón. Si los hermanos pequeños se arriman á los mayores llenos de confianza, ¿qué más natural? Y si los hijos se fían de lo que dicen los padres, y los pequeños, en general, están dispuestos á creer lo que dicen los mayores, es justo. La falta de confianza, en todos estos casos, sería un pecado.

Para instruirse hay que tener confianza en los que saben lo que nosotros ignoramos. Una escuela primaria, una universidad en que los estudiantes se instruyen en las ciencias y las letras, se basa en la confianza de los que allí acuden á buscar su instrucción. Si el discípulo escucha á su profesor de Historia, toma apuntes y cree los hechos que se le refieren, obra bien. Me han contado la historia de Juana de Arco, de Napoleón, de Pericles, de Sócrates, de Jesucristo y muchas otras. Cuando niño he conservado todas esas historias en la memoria, y he hecho bien. No siendo yo historiador, no podía comprobar los hechos que me eran referidos. A menos de llegar á serlo á mi vez y de ir á consultar las fuentes, estoy obligado á seguir refiriéndome á los que me han instruído.

Por el mismo procedimiento, creo que la tierra gira alrededor del sol, aun cuando no haya podido comprobar con mi propia experiencia la exactitud del hecho. No solamente los niños, sino los hombres, y aun los más sabios de los hombres, se ven obligados, en la mayor parte de los casos, á acudir á otros. El médico pide consejo al abogado en los asuntos jurídicos. El agricultor se lo pide al químico. El historiador consulta al físico en asuntos de su profesión. Nadie es competente en todas las materias; se ve, pues, obligado á acudir á otros. Siempre ha sucedido así y así ocurrirá constantemente. Este género de confianza no es credulidad, sino confianza racional y justa.

La credulidad es, por el contrario, irracional. El

USJ BIBLIOTECA

que concede su confianza debe saber por qué, ó al menos, sentir que tiene derecho á concederla. El que es crédulo no se pregunta nada. Escucha y cree tontamente todo lo que le cuentan. Su razón no funciona ó no existe. No guarda las puertas de su espíritu, en el que se entra y se sale sin dificultad, y su cabeza se llena con un montón de tonterías. Le dicen que en Enero, después de tres días de grandes heladas, en la aldea próxima las lilas están en flor, que han sido vistas las primeras golondrinas y que las mariposas empiezan á volar; recoge todas estas noticias, y sin pararse á examinarlas, las comunica á los amigos.

Ciertamente, la credulidad es más bien defecto de gentes cortas y estúpidas, de crasa ignorancia, pobres cerebros obtusos que no funcionan de manera normal. Pero hay personas muy instruídas y asimismo crédulas. La credulidad es una debilidad de espíritu que se encuentra entre los mejores. No todos son crédulos en las mismas materias. Hay quien examina con cuidado lo que le dicen para darse cuenta de si es ó no verdad, y come todo todo cuanto le presentan. Le haréis tomar gato por liebre, arenque por trucha, una mistura roja cualquiera por vino de Burdeos, y ni siquiera se apercibirá.

Se ha dado el nombre vulgar de *gogo* (inocente) al que se deja engañar con facilidad. *Gogo* viene de *gober,* engullir. Esos espíritus se tragan las más

fantásticas enormidades. Sus tragaderas se ensanchan para dar paso á las mayores mentiras. Las engullen sin pestañear. Hay inocentes de todas clases. La política tiene los suyos. Creen todo lo que les dicen los que se han encargado de dirigirles. Si el inocente es elector, los candidatos le preparan discursos que parecen un cebo. En ellos se promete reformarlo todo del modo mejor, siempre que se elija al candidato. El elector oye, se traga la partida y vota. Después las promesas no se cumplen. Pero á la primera ocasión, candidatos y promesas cambian y el elector crédulo vuelve á morder el cebo.

En los negocios, la credulidad es mina inagotable de que los malos extraen oro. Prometer buenos puestos, lanzar ideas, deslumbrar á las gentes con grandes ganancias, con rápida fortuna, todo eso conmueve á la multitud crédula. Vacía la bolsa, y acude á confiar sus ahorros á los hábiles embusteros que la deslumbran.

Muchas personas, comunmente de buen sentido, se vuelven crédulas si caen enfermas. Sábenlo los charlatanes, los inventores de remedios para curarlo todo, de específicos buenos á la vez para la cabeza, para el estómago, para el hígado, para el pecho. Tienden sus lazos en los periódicos y en anuncios. ¡Curación en ocho dias! Y fiándose de anuncio tan terminante y que permite esperarlo todo, los enfermos gastan su dinero y compran la droga. ¡Felices todavía si no les hace daño!

USJ BIBLIOTECA

Algunos creen con fe ciega en *su* periódico. Él es testigo verídico por excelencia, y acierta en todo lo que les dice. Las personas á quienes el periódico ataca, nada valen. Las que alaba son las justas, las únicas, las puras. En ocasiones, esos lectores crédulos se aperciben de que hace años el periódico les viene engañando. Entonces le tiran y cogen otro, al cual conceden la misma cofianza ciega. Se creen curados del error de antaño porque han rechazado al embustero que antes les engañaba. Pero como necesitan que alguien les conduzca, no ha hecho, al fin y al cabo, más que variar de sitio su credulidad.

A fuerza de ver cómo la credulidad mísera y tonta expone al hombre á ser engañado, algunos se acogen á la incredulidad, y son de los que no creen en nada. Les decís las cosas mejor demostradas y fundadas, y se os ríen en vuestras narices, diciendo: ¿por quién nos tomáis?

Cuando se les comunica un descubrimiento, creen que quiere uno burlarse de ellos. Basta que un hombre haya vivido un siglo antes, para que digan que no ha existido jamás. Para ellos la historia es una fábula, la religión una impostura, la medicina un engaño, la justicia una comedia. Cualquier novedad les parece una picardía, todo negocio empresa para robar al público. No creen en la sinceridad de nadie. Si les preguntáis alguna cosa, sospechan que os burláis de ellos, y si contestáis á algo que

os preguntan, seguros están de que les engañáis.

Esta especie de incredulidad no es sino otra forma de la misma estupidez que hace que las gentes no sepan servirse de su ingenio para distinguir lo que es verdadero ó falso, creíble ó sospechoso. Todo esto prueba bien hasta qué punto hay que estar sobre sí, para no salir de los justos límites del buen sentido y colocar bien ese capital indispensable que se llama confianza.

USJ BIBLIOTECA

La suficiencia.

Si la credulidad es una caricatura de la confianza, he aquí otra que precisa señalaros: la *suficiencia*.

Hay una forma de la confianza que es la confianza en sí mismo. Se necesita una buena dosis para vivir, porque hay que ponerla en casi todas nuestras acciones.

¿Habéis visto á los niños cuando empiezan á andar? Andar es una imagen de la vida; el ejemplo de los que empiezan á hacerlo, puede proporcionarnos indicaciones interesantes. Cuando sólo tienen unos cuantos meses, los niños tratan de servirse de sus piernas. Primero las agitan en el aire cuando están echados boca arriba. Luego, se vuelven y andan á cuatro patas. Luego, tratan de sostenerse sobre los pies, apoyándose en los muebles. Una vez en pie, continúan sus ejercicios; apoyándose con las manos, van corriéndose por bancos y sillas. Pero he aquí que hay un hueco entre dos

sillas: no se puede ir de una á otra sin tenerse solo. Un segundo en que no hay donde apoyarse. Así se presenta la ocasión de dar el primer paso.

En aquel momento decisivo puede observarse el distinto carácter de los niños. Los decididos no vacilan, franquean la distancia que separa las sillas riendo; esos tienen confianza en sí mismos; justa y sana impresión de su fuerza les anima. Algunos niños vacilan un momento, y, en seguida, se deciden. Los hay que dan mal el primer paso, y se caen; una vez en el suelo, unos lloran y esperan á que vengan á levantarlos, otros se levantan solos y vuelven á empezar. Sobre todo, no vayáis á coger á los primeros, porque les haréis un mal servicio. Es preciso que aprendan á levantarse de esa primera caída, ello les dará confianza en sí propios. Si, por el contrario, corréis á levantarlos, se acostumbrarán á pedir ayuda. Y, más tarde, en la vida, si caen, no se levantarán esperando que venga alguien á darles la mano.

Se han visto niños que no tienen la confianza necesaria para dar el primer paso, y que son muy tardos para aprender á andar. Desgraciados de ellos, porque esa iniciativa necesaria para aventurar el primer paso les falta en todo. Su pobre voluntad padece debilidad precoz y no les sostiene.

Transportemos estas observaciones á la vida.

USJ BIBLIOTECA

Para aprender á vivir, como para aprender á andar, hay que tener confianza en sí propio. Un esfuerzo cualquiera, como el que exige la resolución de un problema, la redacción de un trabajo para la clase, una página que se escribe, exige confianza.

Hace falta también para sostener una lucha, para rivalizar en velocidad, en destreza, en fuerza con los compañeros, ó competir con ellos para alcanzar un premio en los estudios, en los juegos. No podríamos, sin confianza en nosotros mismos, sostener una carrera, ni trepar á un árbol, ni saltar un arroyo, ni dedicarnos á un ejercicio gimnástico un poco difícil. Para hacer progresos en las artes hay que tener confianza en sí mismo. Es necesaria también para vivir en medio de nuestros semejantes. Para presentarse ante desconocidos, hablar con personas de calidad, sostener nuestras opiniones delante de los que nos contradicen, hacer una visita ó recibirla, es necesario tener un poco de confianza en nosotros. El exceso de timidez hace á ciertas personas terriblemente desgraciadas. Si han de presentarse á examen, el lance les priva de todas sus facultades, la memoria y el juicio les abandonan. Las preguntas les vuelven locos, las caras de los examinadores les parecen la cabeza de Medusa; pasan momentos inenarrables, tan asustados están. Se necesita cierto aplomo para no dejarse intimidar por todo y por todos. Los niños y los mayores que no tienen esta confianza elemental en sí mismos, son

como pobres víctimas dispuestas para el sacrificio. Y, como siempre hay gentes mal intencionadas, dispuestas á sacar partido de las flaquezas del prójimo, hemos visto á hombres y mujeres ser víctimas de personas que abusaban de su timidez. El que padece semejante debilidad, es presa designada de antemano á las concupiscencias y las malas intenciones. Luchemos, pues, contra ella, y conquistemos, por todos los medios, la indispensable confianza en nosotros mismos.

Pero hay en esto un límite y justa y saludable medida que guardar. No caigamos de un extremo en otro. Temamos la *suficiencia*, ese defecto ridículo que hace conocer á las gentes á diez pasos y que las torna insoportables á todos.

Suficiencia viene de *suffire* (bastar). La suficiencia consiste en pensar que se está bien provisto de todo lo necesario para ser persona inteligente. La cara de los que se creen suficientes es un cartel en que se lee: Yo, Fulano de Tal, soy el mejor de la clase. Si se trata de una señorita, se lee en su cara: Yo, Fulanita, soy la muchacha más bonita del pueblo, la más rica heredera del distrito.

Se encuentra la suficiencia en todas partes. La tiene el estudiante y el aprendiz, la tiene el sabio, el artesano, el hombre de negocios.

Hay quien se sienta, y al sentarse, hace crujir la silla, como diciendo: ¿me veis? ¡Ochenta millones se han sentado en la silla!

USJ BIBLIOTECA

El militar que tiene este defecto ha conseguido todos los triunfos, la cocinera ha inventado todas las salsas, el que habla interrumpe á todos y deja oir cosas pretenciosas y decisivas, con lo que muchas veces comete inconveniencias. Las personas suficientes se creen las más listas de todas. Desgraciadamente, son pavos estúpidos que no se aperciben de que nos divertimos á costa de sus pretensiones, á menos que no seamos más tontos que ellos. Se exhiben para que sus semejantes les admiren; pero su actitud da lugar á críticas, y por creerse superiores en todo á los demás, se hacen malquerer de todos. Su tupé, que mueven, incita á que los demás se le echen por tierra. Fastidiosas en sociedad, antipáticas desde el primer momento, las personas suficientes, no sólo excitan contra ellas los espíritus burlones, que gozan encontrando defectos en los demás, sino que provocan á los buenos, á los sinceros, á los generosos. No es posible, porque miremos benévolamente á los demás, acomodarnos á las exigencias de un tonto que se cree un genio; nos dejaríamos engañar, y seríamos cómplices suyos. La suficiencia es como esos árboles que atraen al rayo; ella atrae la desgracia á las cabezas en que aparece.

Para acabar un poco divertidos, compararé la suficiencia á un *tapón*.—¿Por qué, me diréis?—Muy sencillo; atended á mi explicación.

El hombre puede ser comparado á una botella ó

á un cántaro; no os molestéis por la comparación, os lo ruego. Se trata de llenar el cántaro. Buenos principios, sólida instrucción, sabios consejos, según su capacidad, el hombre puede reunir en sí provisión mayor ó menor de cosas excelentes. Es comparable entonces á una botella llena de un vino superior. Tan sólo, atended: si el cántaro se cree desde el principio lleno del líquido mejor, no trata de llenarse más y permanece vacío. Muchas gentes son así, cántaros vacíos. Y entre ellas figuran en primera línea los seres llenos de suficiencia. Son cantarillas provistas de una etiqueta rimbombante y de un tapón bien cerrado. *Ese tapón es su suficiencia*. Les impide admitir nada, aprender nada, dar paso á nada. Los veréis, pues, hermosos tapones con etiqueta soberbia, pero que no tienen nada dentro. Cuidado, niños, no os dejéis llevar de la suficiencia creyéndoos pequeñas maravillas: ved á qué os pareceríais.

USJ BIBLIOTECA

Buenas gentes y caracteres amables.

Habladme de las buenas gentes. Nunca habrá bastantes. Hagamos su retrato y coloquémosle en nuestra memoria en el sitio mejor.

Las buenas gentes son amables. Cuando de lejos ven venir á un conocido, le saludan sonrientes. En su rostro se lee la bienvenida. No hacen vanas distinciones. Si sois viejo, enfermo, decrépito, bienvenido seáis. Se os admite, se trata de seros útil, se os muestra simpatía. Comprendéis que os halláis entre gentes de buen corazón, capaces de compartir las penas ajenas.

Pero si sois jóvenes, dichosos, si vuestra salud es perfecta, las cosas no varían. Las buenas gentes se felicitan de ello con vosotros y sus corazones laten al unísono con el vuestro.

Se encuentran bien en todas partes y en todas como en su casa. Los grandes no les asustan. ¿Por qué tenerles miedo? No tienen nada que temer, el ser buenos les coloca al nivel de los más altos, aun-

que sin indiscreción ni arrogancia. Pero no desprecian á los humildes, aun cuando ellos sean grandes, porque hay buenas gentes en todas las clases de la sociedad. Ni humildes ni orgullosos, á todos hablan con tranquilidad. Finos y afables, sin hacer notar las distancias, pero guardándolas, ocupan siempre perfectamente su lugar en cualquier ocasión y ante cualquiera persona.

Las buenas gentes no quieren mal á nadie, no tienen prejuicio contra ninguna opinión, ninguna clase social, ninguna religión, ningún país. Seáis lo que queráis, rico, pobre, obrero, profesor, amo, criado; católico, judío, protestante; albañil, enfermo, guardia civil ó notario, no por eso os quieren mal ni tampoco lo tienen como un mérito. Se contentan con que seáis buenos. Es lo que principalmente les importa; lo demás es para ellos secundario.

Las buenas gentes no gustan de disputas. Y empiezan por no provocarlas con susceptibilidades, envidias ó celos. Esos malos sentimientos les son desconocidos. Hablarles, no interpretarán mal vuestras palabras. Podéis hablar de tontos y de cosas peores en su presencia; no tendrán el mal gusto de suponer que aludís á ellos, y tomarán las bromas en su verdadero sentido.

No sólo pueden contemplar la dicha ajena sin padecer, sino que les hace dichosos todo lo grato que á los demás ocurra. Envidiosos no lo son por nada del mundo. Si no les quieren sus amigos,

USJ BIBLIOTECA

¿por qué enfadarse? ¿No les alegra pensar que hay muchas gentes en el mundo dignas de ser apreciadas y queridas? No consideran, por tanto, ofensivo que se encuentre talento y cualidades excelentes en otros que en ellos.

Puede vivirse en paz con los buenos. Nada desagradable brota á su paso. Y si ven que amenaza una disputa, procuran apacigüarla. No pueden sufrir que nadie riña en su presencia. Su genio les incita á sofocar las contiendas más que á envenenarlas. Piensan y hablan de todos lo mejor que se puede pensar y hablar. Así hacen nacer buenos sentimientos entre sus camaradas y conocidos, en lugar de fomentar los malos.

Las buenas gentes no son rencorosas. Les hacéis un daño, lo ven, lo sienten, lo juzgan muy mal, y, si es preciso, os impedirán que repitáis el hecho: el que anda con fuego se quema. Pero no siendo rencorosos, no os guardarán rencor indefinidamente. Si es necesario, olvidarán y perdonarán por poco arrepentimiento que mostréis.

Cuando sufrimos, la presencia de las buenas gentes nos hace bien. Saben hablar á los desgraciados, á los heridos en la vida, á los vencidos, á todos los maltratados por la existencia. Y hasta saben descubrir las penas ocultas y los infortunios discretos que dudan en manifestarse. Jamás se recurre á ellos en vano. Saben juzgar las situaciones, encontrar salida en las dificultades, tranquilizar los

espíritus agitados y enloquecidos. ¡Ah, las buenas gentes, qué dignas son de que se las aprecie y ame! Se admira el talento, se aclama al genio, nos deslumbran las maravillas del arte, de la inteligencia, experimentamos respeto hacia la virtud y las creencias sinceras; pero las buenas gentes son todavía lo mejor que existe. Sin pretensiones ni aparato, cruzan la vida sembrando en ella dulce y reconfortante calor. Son la bondad tierna y sencilla, en traje de diario. Yo, para decirlo de una vez, *adoro* á las buenas gentes.

Pero no las confundo con los individuos de buena pasta, es decir, con los caracteres blandos. Este producto es la falsificación del otro.

Las buenas gentes son firmes y tienen carácter. No se tarda mucho en comprenderlo. Hay nervio, energía, perseverancia, valor bajo su sonriente sencillez.

Pero, ¿qué son las gentes de buena pasta? Son materia flexible que se ablanda y endurece según queremos. Son muy pacíficos; pero es por pereza, por inercia, por indiferencia. Ciertamente, no se enfadan pronto. Podéis acometerlos; se dejan decir y hacer todo. Pero si mañana, en su presencia, se os hace un mal, si se os injuria, vilipendia y deshonra, el individuo de buena pasta conservará su placidez. No se indignará. Podrán calumniaros; no hará esfuerzo alguno para defenderos. Si os atacan, no se molestará para venir en vuestra ayu-

USJ BIBLIOTECA

da. Son personas que aman ante todo su tranquilidad. No hay bajeza que no estén dispuestas á cometer para evitarse un esfuerzo.

Son, en suma, algo odioso, y si se consideran las cosas de cerca, perfectamente malo.

Padres, dejarán hacer á sus hijos todo lo que quieran: ni censura, ni prohibición, ni un castigo jamás. Profesores, dejarán hacer á los alumnos en clase lo que se les antoje: falta de orden, de disciplina, de trabajo serio. Y en todo lo mismo.

Consideremos el final. ¿Qué puede resultar de semejante educación? Los peores males. Nadie cumple con su deber. El abandono y el desorden entran en todo.

En el ejército, en una industria, en una administración, en cualquier medio organizado en que se trate de hacer un trabajo regular y de estar dispuesto, confiad la dirección á gentes de buena pasta y contaréis maravillas. Por abandono y negligencia sacarán todas las cosas de su sitio. Careciendo de carácter, de prestigio, de severidad, reyes como el que obtuvieron las ranas de la fábula, estos individuos todo lo comprometen. Dejan para los que les suceden trabajos difíciles, terribles cargas. Gastan como el que al comer sólo se preocupa de los buenos manjares y no del dinero que tiene. Mas los que recogen su herencia, ven que tienen que pagar las cuentas, que deshacer los embrollos, que limpiar los establos de Augías.

Así, no me habléis de esas gentes: son lo peor del mundo, para nada hacen falta. Reconocedlos por el retrato que acabamos de haceros, y no los confundáis con las buenas gentes.

USJ BIBLIOTECA

Descontentos y satisfechos.

No podréis decir que sea éste un asunto superior al alcance de vuestras inteligencias. Nada pertenece más á la vida diaria que las disposiciones de espíritu que indican las palabras descontentos y satisfechos. Desde el principio al fin de la existencia, no pasa un solo día sin que estemos descontentos ó satisfechos. A veces pasamos sucesivamente por uno y otro estado. Otras los experimentamos á la par.

Hay quienes están siempre entre ambos polos; no se puede saber bien si están ó no contentos. Son los indiferentes, que cantan:

> Llegado sin deseos, me voy sin disgusto,
> Ni descontento, ni satisfecho.

El descontento está al alcance de todo el mundo, hasta de los niños de pecho. Los pobrecitos disponen ya de varios medios para manifestar que no están satisfechos. Cuando se les arruga la cara,

cuando gruñen y sus manitas se agitan, sabemos lo que quieren decir. Y cuando, hinchados los carrillos, tumbados boca arriba, la faz brillante, se deleitan presentando sus piececitos rosados al dulce calor del hogar, los deditos de sus pies dicen, en su lenguaje, que están perfectamente satisfechos.

Los animales no están excluídos de estas manifestaciones por las que se muestra el contento ó el descontento. Los caballos, los perros, los gatos, todos los animales saben demostrar perfectamente el estado de su ánimo en este respecto. Cuando el pobre canario se hace una bola dentro de la jaula, eriza las plumas y esconde la cabeza, todos sabemos que algo malo le pasa. Y cuando salta de una á otra varilla, tan pronto mordisqueando la pamplina como picoteando el terrón de azúcar, nadie necesita decirnos que está satisfecho; se ve.

Pero si todos pueden estar contentos ó no, se hallan lejos de estarlo por las mismas razones. Se puede conocer y juzgar á un hombre por la calidad de su contento ó de su descontento.

Sabéis bien que hay aguas de todas calidades, desde la de fuente, que brota pura y filtrada de las capas profundas de la tierra, desde la de peña, que cae límpida por las laderas de la montaña, hasta la de los ríos contaminados por los desagües de las ciudades, hasta la de los pantanos en que se han dado cita todos los microbios maléficos. Hay

USJ BIBLIOTECA

igualmente toda suerte de descontentos, y maneras muy diversas y de muy distinta bondad de estar contento. Vale la pena de que nos ocupemos á fondo de esta cuestión.

Empecemos por entrar en el descontento, y por desempaquetar diferentes géneros, lo mismo que se sacan muestras de un cajón.

He aquí, en primer lugar, el descontento por temperamento. Hay gentes que nacen ceñudas, gruñonas, con cara desagradable. Miran al Universo como se mira algo que disgusta, y cuando se encuentran con sus semejantes, diríase que les pone malos. Desconfiad de ese humor descontento. A veces es indicio de mala salud. Cuidándose un poco, siguiendo procedimientos higiénicos, el humor varía. Los malos humores que tenemos en el cuerpo y que nos inclinan á la melancolía, se disipan. Nos sorprende ver que el contento vuelve. Pero si nuestra predisposición obedece á un defecto del carácter, hemos de corregirnos. Se lava uno bien cuando está sucio, se peina cuando tiene la cabeza enmarañada. Hay un descontento que nos hace parecer como si estuviéramos mal peinados. Variemos las cosas. Por la mañana, al saltar del lecho, estamos á veces gruñones; no nos dejemos llevar de este malhumor, que nos hace ver todas las cosas como no son. Hagamos la limpieza de nuestro espíritu á la par que la de nuestro cuerpo. Después nos sentiremos otros: pondremos buena cara al

trabajo y á los compañeros, y todo nos parecerá inmejorable.

Os presento ahora un descontento especial, muy comparable á una fea bestia. Consiste en no estar satisfecho con la dicha y los éxitos ajenos. Encontráis un individuo con la cara larga y la boca contraída: habla consigo mismo, tiene aire turbado. ¿Qué ha ocurrido? Muy sencillo. Su vecino ha vendido bien la cosecha, y ha recibido, además, una buena noticia del regimiento. Su hijo, que era teniente, ha ascendido á capitán. Eso es lo que pone de tan mal humor al transeunte con quien acabamos de cruzarnos. Sentirse molesto por lo bueno que sucede á los demás, fastidiado al ver que prosperan, lamentarse de que sean dichosos, ¡qué inhumanidad! ¡Al agua con esas gentes! Hay que darles una buena ducha, ó ahogarles por completo. A nadie está permitido mostrar semejantes sentimientos.

He aquí ahora uno que está descontento porque algo le ha salido mal. Otro echa pestes contra la lluvia que cae, y él mismo se quejaba hace ocho días de que hacía sol.

¡De mal género son todos esos descontentos!

Algunos creen parecer bien mostrándose descontentos. Criticarlo todo, poner dificultades, parece demostrar inteligencia superior, espíritu perfecto que no puede conformarse con las cosas vulgares. Hay que confesar que las gentes de esta clase logran

USJ BIBLIOTECA

muchas veces mayor consideración que las más acomodaticias. Los comerciantes, por ejemplo, ponen infinitamente más cuidado cuando se trata de servir á parroquianos puntillosos y reparones que de buenas gentes fáciles de contentar. Lo mismo ocurre en multitud de relaciones sociales. Hay la preocupación de satisfacer á los descontentos. Estos lo saben, y se guardan bien de variar de sistema. Les interesa demasiado continuar el mismo.

A otros el descontento les abre camino. En política, por ejemplo, se hace uno notar fácilmente si denigra y ataca por sistema las instituciones existentes.

Hace miles de años que la raza de los descontentos se ha creado una envidiable situación con esa manera de ser. El descontento es una mina que produce demasiado para que se la abandone jamás.

¿Pero á qué conduce esa condición de espíritu? A nada. Los que tienen por oficio estar descontentos son incapaces y nada producen. Se hacen notar, á veces admirar, pero no producen nada. Todos saben que criticar es fácil, pero hacer las cosas mejor es más difícil. Los descontentos de profesión se guardan bien de poner manos á la obra, y de ofrecerse para mejorar lo que tan mal encuentran. Para ello sería preciso esfuerzo, paciencia y buena voluntad. Y, además, al hacer algo, siempre se expone uno á las críticas. Más vale criticar á los demás,

y seguir representando el papel fácil y ventajoso de descontentos.

Pero nuestro asunto es como un túnel que hay que abrir. No hemos llegado al final. Seguiremos en la próxima lección.

USJ BIBLIOTECA

Descontentos y satisfechos.

(CONTINUACIÓN)

Hay descontentos que son buenos, por ejemplo, estar descontento de sí mismo. No exageremos la nota; sería, como todas las exageraciones, el mejor medio de estropear una cosa buena. Los que nunca pueden sentirse bien impresionados, alentados, en suma, en punto á su trabajo, y tienden, de un modo que no es natural, á juzgar malo cuanto hacen, acaban por perder la afición al trabajo.

Pero, en dosis moderada, es conveniente el descontento de sí mismo. No nos permite dormirnos con temperamento indolente, demasiado pronto satisfecho. Es aguijón que nos impulsa á hacer mejor las cosas. En esta forma, el descontento proviene de la comparación que hacemos entre lo que deberíamos ser y lo que somos. Hallamos tan grande la distancia entre el ideal y nuestra manera de realizarlo, que estamos saludablemente descontentos de nosotros mismos. Es casi imposible encontrar un niño ó un hombre que se preocupe de su con-

ducta, y no conozca el descontento bajo esta forma útil, aunque penosa. Si en ocasiones ese sentimiento se hace muy intenso, á consecuencia de faltas que hayamos cometido, ocasión es para que nos felicitemos. La pena que nos hace experimentar no es infructuosa. Estudiando la vida de los que han llegado á ser ciudadanos notables, personalidades de relieve, que se sacrifican por el bien, se encuentran siempre hechos que dan fe de la acción purificadora del justo descontento de sí mismo.

Así guardaos bien de estar satisfechos. Satisfechos los hay de varias clases. En la esfera de la vida moral, los satisfechos son los espíritus vulgares que encuentran medios de complacerse en la situación en que se hayan. No sólo se juzgan bastante favorablemente, sino que todavía se ensalzan. Gozan con el sentimiento de sus buenas cualidades, y descubren en sí otras nuevas todos los días. Jamás se sacará ningún partido de semejantes individuos. La primera condición para hacer progresos en la vida moral, es sentir que nos faltan muchas cosas.

Hay una clase de satisfechos que se felicitan de los privilegios que gozan. Todo les va bien. Buena cama, buena comida, descanso y dinero en el bolsillo. A más de esto salud. ¿Qué más se puede pedir? Piensan, pues, que siendo felices todo marcha bien. ¿Tienen los demás lo que necesitan? Les es igual. No piensan en los demás. Lo que les intere-

USJ BIBLIOTECA

sa son ellos. Así juzgan que es necesario tener mal carácter para lamentarse en un mundo que á ellos les es favorable. Hartos ellos, paréceles absurdo que muchos semejantes padezcan privaciones. Son, según ellos, torpes que no han sabido aprovechar el momento de la suerte, ó importunos que se complacen malamente en turbar, con el espectáculo de sus tristezas, el goce pacífico de los demás.

Los satisfechos tienen el corazón duro, á pesar de su rostro radiante. Cuando se puede permanecer perfectamente dichoso en su rincón, sin que el eco de las quejas humanas nos altere ni conmueva; cuando se puede dormir sin escrúpulo en una buena cama, sabiendo siempre que nuestros semejantes están á la intemperie, sin techo ni pan, es indicio de mediana inteligencia y de corazón desprovisto de sentimientos generosos. Así la cara regocijada de los satisfechos produce en todo hombre serio malísimo efecto. No se puede menos de pensar en la cantidad de egoísmo ciego y limitado que hace falta para llegar á estar *satisfecho* en medio de los sufrimientos, de las privaciones, de la soledad de los que son sus hermanos.

Y, no obstante, el contento tiene su lado bueno. Hay que aprender á estarlo. En primer lugar, conviene no desperdiciar las ocasiones en que podemos gozar de una satisfacción. Si nos acaece una dicha, abrámosla nuestros corazones y nuestras

casas. Seamos felices, cuidemos de no perder nada de los momentos propicios. Puesto que hay tantos que no lo son, sonriamos á los que nos sonríen. Hay muchas personas que no saben estar contentas. Saborean sus contrariedades, beben hasta apurarle el cáliz de la amargura. Pero la copa de la alegría no se la acercan sino temblando: diríase que les causa miedo. Muchos niños se encuentran ya en esta disposición de espíritu. Saben quejarse y no sentirse dichosos, llorar y no reir. No hay mayor desventura. Sepamos estar contentos.

Y si lo estamos, digámoslo. Porque en eso también ciertos hombres son originales. Cuando están descontentos todo el mundo lo ve y lo conoce, pero nunca ha podido nadie adivinar que estuvieran contentos, porque su satisfacción es muda, la guardan para sí como un secreto. Se creerían traicionados y deshonrados si se supiera que han estado alegres. Esas cosas no se cuentan... Sí, hay que decirlas, hasta es necesario insistir en ellas. ¿No expresará el maestro al alumno más que su disgusto? ¿Tendrá pelos en la lengua si se trata de manifestar que el trabajo y la conducta del discípulo le han satisfecho? A nadie anima ese procedimiento injusto de no hacer observaciones sino cuando hay algo que censurar ó que reprender. Hay que aprovechar cuidadosamente las ocasiones en que podemos alabar el trabajo y la conducta de nuestros hijos, sobre todo si son pocas. Os acon-

USJ BIBLIOTECA

sejo, por tanto, que cuando no estéis contentos, lo digáis de una vez y en voz baja; pero que, cuando lo estéis, lo digáis dos veces más bien que una, y en voz alta é inteligible.

No solamente hemos de saber alegrarnos por lo bueno que nos ocurra, sino que hemos de aprender á hacerlo en las malas ocasiones. Estar contento quiere decir, en suma, portarse bien. Está contento el que tiene el espíritu equilibrado, el que no se altera fácilmente. Aprender á estar satisfecho, es no depender de los azares de la vida, no dejar que los contratiempos nos quiten la satisfacción. El hombre ha de saber contentarse con poco. Los que tienen menos necesidades son los más libres. Poder aguantar la lluvia y el buen tiempo, el calor y el frío, el trabajo y el descanso, la gloria y la oscuridad, la soledad y la compañía, eso se llama haber aprendido á estar contento en todas las circunstancias en que uno se encuentra.

El que tiene el carácter firme, no depende de los sucesos. Aun cuando vayan mal las cosas, conserva la sangre fría y la serenidad. Si tiene quien le limpie las botas, le sirva á la mesa y le barra la habitación, estará contento. Pero, si las circunstancias lo exigen, se limpiará las botas, guisará su comida y cogerá la escoba sin dificultad. El que tiene soltura no halla dificultades en parte alguna, y encuentra medios de contentarse con poco.

Sabe también moderar sus deseos. Tener demasiados que satisfacer es el modo de no poder estar nunca contento. Si realiza un deseo, en lugar de detenerse á gozar del momento, se apresura á correr tras de otras cosas, y desprecia las que ha podido proporcionarse para aspirar á las que no puede alcanzar. Diré, pues, queridos niños: no estéis satisfechos, pero aprended á estar contentos, á estimar lo que tenéis, á utilizarlo lo mejor posible. Lejos de estorbaros en la mejora de vuestra suerte, el hecho de sacar partido hasta de las circunstancias desfavorables os ayudará mucho á vivir, y os dará ese humor alegre y triunfante que mantiene gozoso el corazón durante los trabajos más arduos, ilumina los pasos difíciles y echa á un lado los obstáculos.

USJ BIBLIOTECA

La conquista de la libertad [1]

LA LEY

Cuando se habla de *ley*, todos piensan antes que nada en la ley pública que rige los Estados y las ciudades.

Pero el sentido de la palabra es mucho más amplio. No designa solamente las prescripciones por las que los ciudadanos prudentes tratan de poner orden en la vida de las naciones y las ciudades; designa el orden mismo que rige todas las cosas.

La ley no tiene su origen en la mente de los legisladores. En tal caso, sólo sería ley incompleta ó mala, sin cohesión con la vida práctica, y vendría más bien á perturbar, como el grano de arena que entrase en un reloj perturbaría la maquinaria del mismo.

La ley está en todo. Es el orden tranquilo, profundo y seguro que el observador atento puede

(1) La materia de estas lecciones ha sido tratada con más amplitud y con fines de educación general, en mi libro *Por la ley hacia la libertad*.

notar por doquiera en el universo, desde el polvo hasta las estrellas.

Nada está fuera de la ley. La hoja nueva, en primavera, cuando se abren las yemas, aparece según ley. Durante el verano, aspira el rocío y respira el aire según ley. Y si cae en otoño, lo hace también conforme á ley. Bajo el suelo á que da vuelta el arado del labrador, la lombriz de tierra se arrastra según ley, y las alas rápidas que despliegan las golondrinas en los grandes horizontes azules se mueven según ley.

El hombre tiene también la suya. Levantar el brazo, andar, mirar, digerir, lo mismo que trabajar, pensar, sentir emociones, vivir en relación con sus semejantes, todo eso no podría hacerse sin tropezar con el dominio de la ley. La ley es anterior á nosotros, y existirá cuando ya no vivamos. El nacimiento, la vida y la muerte le están sometidos. Envuelve á los niños en la cuna y á los muertos en la tumba. Podemos salir tan poco de su poder como del Universo y de la realidad. El antiguo salmista dijo hablando de Dios: «¿Dónde iré, lejos de tu espíritu, á dónde huiré lejos de tu faz? Si subo á los cielos, allí estás; si me arrojo á la morada de los muertos, en ella te encuentro.» Pueden aplicarse estas palabras á la ley, que está en todas partes y se aplica á todos.

Saberlo es indispensable por una razón muy sencilla: si seguimos la ley, estará en nuestro fa-

USJ BIBLIOTECA

vor; si no la seguimos, estará en contra. Bien puede decirse á todos los hombres y lo mismo á las naciones: *Construirás tu casa sobre esta roca, ó contra ella te romperás la cabeza.* No es posible salir de esto. Por tanto, de todas las nociones que podemos aprender, propagar y mantener, la más útil de todas, la más *vital,* es la noción de la ley.

En la esfera científica, esta noción ha penetrado desde hace mucho tiempo, y constituye la seguridad y la energía del investigador. ¿De qué nos serviría investigar pacientemente las leyes según las cuales se producen los fenómenos de la vida de las plantas, de los animales, de los hombres, si pudiéramos pensar que en todo ello hay más azar que orden verdadero? El valor necesario para estudiar la naturaleza y la posibilidad de hacerlo desaparecerían de tal suerte. Todos pueden comprenderlo.

Pero se comprende mucho menos que la misma firmeza de las leyes, que observa la ciencia, se halla también bajo las diversas manifestaciones de la vida social y moral de los hombres. En este punto hay vaguedad en los espíritus. Imaginamos á veces que un principio de conducta individual ó de orden civil y político es cosa puramente convencional; se razona y se vive como si las leyes esenciales de la conducta humana y de la vida pública pudieran variarse. Y así no veréis que nadie crea que alguien ha descolgado las estrellas, trasladado

el Monte Blanco ó variado de sitio el Occéano Atlántico; pero hallaréis gentes que piensan que las leyes de la probidad, de la salud, de la justicia, pueden ser burladas. Y no obstante, lo uno es tan imposible como lo otro.

Tan sólo, si esas leyes son en sí inmutables, pueden vacilar en nuestras conciencias. No dejarán de producirse graves perturbaciones allí donde los hombres den en pensar que no son sino convenios arbitrarios. Algo variará, cambiará de sitio, se eclipsará en su espíritu, y sus costumbres privadas y públicas se resentirán. La tierra se muestra firme y sólida cuando sobre ella andamos; pero para el borracho, cuya cabeza vacila, para el que es presa de accidentes nerviosos, tiembla y le hace caer. Y el resultado es el mismo que si la tierra hubiera realmente temblado y se le hubiera escapado de entre los pies.

No lo olvidemos. Hay varias maneras de cumplir con su deber, según las circunstancias, como hay varios modos de viajar, á pie, á caballo, en barco, en globo, en coche. Pero hay *un deber*, y una vez que lo hemos reconocido, es necesario que nos conformemos á él, de igual modo que, para viajar, hay que tener en cuenta que hay Norte y Mediodía, pues de otro modo son inútiles los medios de locomoción. Que hay un deber, una ley, una manera de vivir, buena para nosotros y para los demás, un orden que precisa respetar; que no se pue-

USJ BIBLIOTECA

de fundar una familia, ni una escuela, ni un círculo, ni sociedad, república ó monarquía, ni agrupación de ningún género, aun cuando fuera una pandilla formal de ladrones, sin conformarse á ciertos principios que rigurosamente han de aplicarse á todos.... esa es la base de todo.

Hay quien lo duda y pretende lo contrario. En ciertos cerebros, muchos, demasiados, ha germinado la idea de que se podría prescindir de la ley, de que ésta es sujeción arbitrariamente impuesta á nuestra voluntad, y de que es más digno del hombre no tener ley que reconocerla. Semejante idea ha hecho progresos. Hay momentos en la humanidad en que los principios vacilan en las cabezas. Nuestra época se encuentra un poco en este caso. Hay que gritar: *¡imprudentes!* Tratad, pues, de edificar una casa sin nivel ni plomada. Podéis hacerla de ladrillos, de piedra, de madera, de adobes, de cemento armado, de mármol si queréis. Sois libres para elegir el estilo dórico, el jónico, el gótico, el de Renacimiento, ó para edificar sin ningún estilo; pero no podéis hacerlo sin tener en cuenta el nivel y la plomada. Ambas cosas personifican la ley para arquitectos y albañiles. En sí están desprovistas de toda majestad. Pero son los símbolos de una ley soberana, sin excepción ni réplica, y sin la que no habría nadie capaz de poner una piedra encima de otra.

Para hacer una vida humana firme y una sociedad que se sostenga, hay que tener en cuenta el

nivel de la justicia y la verdad, la plomada de la honradez, de la exactitud escrupulosa en las relaciones con los demás. De otra suerte, todo se agrieta, chasca y se hunde.

En los periódicos se ve un anuncio ilustrado, muy gracioso. Hay una cabeza muy grande, en la que un brazo musculoso mete á martillazos una cuña. Y, debajo, se lee: «¡Meteos bien todos esta idea en la cabeza!» Lo que hago en este momento, ó más bien lo que querría hacer, está admirablemente representado en esa estampa. Querría inculcar á todos los hombres la noción de la ley, para que supieran que vivir sin ella, sin disciplina, sin respeto á los principios esenciales de la vida, es falta de sentido, empresa absurda y funesta.

Observar la vida y los hombres, notar en todas partes la presencia y la acción de la ley, cómo obra en la piedra que cae, en la rueda que gira, en nuestras acciones buenas ó malas, en nuestras palabras verdaderas ó falsas, en nuestros sentimientos justos ó injustos; cómo nos sostiene, nos fortalece, nos hace mejores si somos sus aliados, sus servidores, sus defensores; cómo se venga, nos hiere, nos destruye, si tratamos de ir en contra suya, nada más saludable ni más instructivo.

Nos hallamos en este punto frente á una cuestión de vida ó muerte. Así no hago más que dejar el martillo por un momento. Reservémonos dar aún varios golpes buenos en el mismo clavo.

USJ BIBLIOTECA

La disciplina.

Disciplina dice relación á discípulo. Discípulo es el que sigue á un maestro. La disciplina es ley aceptada y aplicada como regla de conducta.

Hay, por ejemplo, disciplina militar y disciplina escolar.

Se habla de fuerzas disciplinadas é indisciplinadas. El caballo indisciplinado no obedece al freno; cocea, se encabrita, se lanza en movimientos desordenados, de suerte que gasta inútilmente sus fuerzas y causa más contrariedades y perjuicios que labor útil.

La disciplina es todo un conjunto de buenas cualidades más que una cualidad especial. Los niños, los jóvenes, los hombres maduros la tienen, por lo general, miedo, y tratan de sustraerse á ella. Pero obrando así laboran contra sus intereses. Nada puede prestarles más servicios, hacerles más bien, ni volverles más dichosos.

Toda la felicidad de los hombres depende por

entero de la posibilidad de ser dichosos. Esta posibilidad puede cultivarse ó ser abandonada y destruída. Entre las cosas que acrecen la posibilidad de ser dichosos figura el estar ocupados de ordinario, la vida seria y llena de cosas, la obligación de aportar cierta suma de esfuerzos. ¿Y por qué? Porque el descanso, el recreo, la distracción, las diversiones, los placeres, se añaden como consecuencias al trabajo, al empleo racional del tiempo. Descansar sin haber trabajado, distraerse sin haber tenido aplicación, divertirse cuando nada se ha hecho durante el día, son cosas difíciles ya que no imposibles. El que siempre descansa no gusta de las dulzuras del reposo; el que constantemente se distrae no aprecia ya las distracciones, y el que todo el tiempo goza, acaba por no encontrar goce en nada. La facultad de ser dichosos, en gentes de esta clase, se atrofia, á la larga, por completo. Se observa entre los estudiantes. No tenéis más que interrogar vuestra memoria. ¿Cuándo se tiene el corazón más alegre? Cuando se ha trabajado bien. Entonces el espíritu, como resorte puesto en tensión, se distiende con fuerza y la alegría llega al colmo. Todos saben que los niños mimados á los que no se somete á ninguna regla, que no están sujetos á nada, á los que todo es lícito y en todo momento, acaban por no saber ya qué hacer á fuerza de aburrirse. El niño educado con severidad, por el contrario, se contenta con poco y se divierte

USJ BIBLIOTECA

grandemente con cosas que en apariencia no tienen atractivo.

Por otra parte, mirad, á todos gustan las vacaciones; ¿no es eso? Es el tiempo mejor del año. Sin embargo, con una condición, y es que sean excepción y no regla. Si duraran todo el año, nadie se preocuparía de ellas. La dicha es un tesoro que se adquiere á costa de esfuerzos. Bien lo veis, la disciplina contribuye á ella, la proporciona, la garantiza y mantiene.

Nadie lo sabe mejor que el soldado. En el regimiento, la disciplina es severa. ¿Cómo se podría tener sujetas tantas voluntades jóvenes y ardientes, entre las que además hay algunas malas cabezas, si no las contuviera firme disciplina? En tiempo de paz, el soldado se acostumbra, por tanto, á la disciplina, de que no podría prescindir en tiempo de guerra, puesto que al menor desorden viene la catástrofe. Pero en paz como en guerra, es proverbial la alegría del soldado. Y cuanto más obedece á la disciplina, mejor le cae esa valerosa alegría.

Desde otros puntos de vista también, la disciplina aumenta la posibilidad de ser dichosos. Forma y templa la voluntad, da firmeza al carácter, de suerte que el hombre se hace tranquilo y sufrido. Se prepara mejor para resistir el golpe de acontecimientos contrarios, y se deja abatir con menos facilidad. El que se abandona y jamás se impone

esfuerzo, privación ó dolor, se siente, al contrario, molesto por la menor contrariedad. Su epidermis, demasiado sensible, recibe crueles heridas. No sabiendo sufrir nada, cae al primer golpe.

Todas estas reflexiones y observaciones están á cada momento confirmadas por la vida. La conclusión se deduce con facilidad. La disciplina es amiga del hombre, y no su enemiga. Es amiga severa, no demasiado cómoda y que quiere seamos mejores. Razón más para que la obedezcamos.

No esperemos á que las circunstancias nos obliguen á imponernos reglas. Anticipémonos. Impongámonoslas por nuestra propia voluntad. Hagamos con orden nuestros trabajos. Atengámonos á horas fijas, y respetémoslas. Démonos consignas, y obedezcámoslas militarmente. La debilidad de tantas gentes procede de que no ha formado su carácter disciplina viril, que hubiera introducido algún hierro en sus huesos. Se sostienen mal, son irregulares en el trabajo, no guardan orden en sus papeles, en sus cuentas, en sus ocupaciones, tienen, en una palabra, en todo lo que poseen y hacen algo que recuerda el pelo mal peinado, el traje sin abotonar, los muebles desarreglados, las escaleras en que faltan escalones y las ventanas que no tienen cristales. Es mala señal, y cuando llega el momento de utilizar estas cosas, se ve que se van por todos lados. ¡Desgracia grande no aprovechar la vida, por falta de un poco de saludable severidad!

USJ BIBLIOTECA

Juzgo que nuestros bienhechores más grandes son los que nos habitúan á mantenernos derechos, á andar con paso firme, á levantarnos, á acostarnos y á comer á horas regulares, á tomar á nuestro cargo responsabilidades, á doblegar nuestro capricho á una regla y á hacernos gentes disciplinadas y obedientes á la consigna. Hay que amarles mucho. Por la demás, á ello se llega con el tiempo.

Con algo de razón se explica muy bien, en determinado momento de la vida, que lo que nos ha impedido extraviarnos, perder el tiempo, hacernos frutos secos y despreciables, es el tónico influjo de nuestros padres, maestros y educadores, que nos han hecho respetar las reglas de una vida ordenada y laboriosa. Su mano se hace sentir á veces con alguna dureza; aprietan cuando querríamos que aflojasen, pero saben por qué. Nos choca y desagrada por el momento. Pero más tarde reconocemos que nos han querido bastante para tomarse la responsabilidad de ser severos con nosotros. De este sacrificio, que muchas veces les es muy duro, conviene estarles agradecidos toda la vida.

Esto nos lleva á la cuestión de autoridad, que exige ser tratada detalladamente en otro lugar. La reservamos para la próxima vez; cuestión de dar un nuevo martillazo en el clavo.

Hoy cerraremos estas reflexiones sobre la disciplina diciendo que á todas sus ventajas añade la

de ser excelente sostén de la voluntad. La experiencia más ligera de la vida basta para enseñarnos que la voluntad no tiene siempre la misma energía. Su intensidad varía. No tenemos en todo momento energía igual en nuestras resoluciones, ni claridad semejante en nuestro golpe de vista. Por prudencia, conviene desconfiar un poco de nuestros medios, y adoptar precauciones contra las debilidades y los malos pasos. El más ligero sostén puede impedir á un individuo perder el equilibrio y caer. La disciplina, que nos encierra en firme regla, nos presta el servicio de antepecho, de apoyo, que nos impide caer por la ventana. El día en que nuestra voluntad presente no basta, la que tuvimos ayer y anteayer suple la falta. Haber resuelto ayer que haríamos tal ó cuál cosa nos ayuda, por respeto á nosotros mismos, á sostenerlo hoy, y nos impide caer en la incoherencia de los caracteres caprichosos, que avanzan sin programa, sin plan, sin unidad de miras.

Por disciplina, hemos colocado ayer á la entrada de un camino prohibido esta advertencia: SE PROHIBE EL PASO.

Quizá hoy nos acometa el deseo de entrar por el tal camino, pero la señal que hemos colocado nos advierte. Es una precaución buena adoptada contra la falta de memoria. Nuestro mejor «nosotros», que ha puesto ayer, con plena conciencia, ese veto decisivo, desempeña hoy, con respecto á

USJ BIBLIOTECA

nosotros, el papel que un soldado insignificante desempeñó con el gran Napoleón. En el momento en que íbamos á obrar mal, nos grita: *Aun cuando fuerais el Emperador, no se pasa.*

La autoridad

Podemos, sin inconveniente, seguir en la incertidumbre con relación á ciertas cuestiones como, por ejemplo, saber dónde están exactamente las fuentes del Nilo. La vida diaria no reclama imperiosamente la determinación de ese punto geográfico, por importante que sea.

Pero hay cuestiones que es necesario dilucidar, porque de ello depende la determinación de nuestra conducta. Entre ellas, en primer término, encontramos la cuestión de autoridad. Se enlaza íntimamente con la de ley, y, por consiguiente, no hay un sólo rincón de la vida pública ó privada en que no se presente.

Puede considerarse desde el punto de vista del que la mantiene y ejerce ó del que se somete á ella. Y si se quiere considerar las cosas á fondo, todo hombre se halla, alternativamente, colocado en uno ó en otro de estos puntos de vista. Es casi imposible que en la vida, por poco normal que sea,

USJ BIBLIOTECA

no haya que obedecer y que mandar á un tiempo. Son dos funciones sociales que no aparecen la una sin la otra y que debemos apreciar, amar y respetar ambas á dos. Obedecer bien y mandar bien son cosas igualmente grandes. La salud moral no puede subsistir sino cuando las dos funciones se cumplen regularmente.

¿Qué es la autoridad? Es, en primer término, el ascendiente de la ley. Esta, suponiendo que sea racional y justa, es decir, que se inspire en la realidad, se impone como necesaria. Pongamos un ejemplo: *Para evitar desgracias, los cocheros deben seguir siempre su derecha.* Esa es, entre nosotros, una ley pública. Maliciosamente, alguien puede decir: ¿Y por qué no la izquierda? Y, efectivamente, en Inglaterra se sigue la izquierda. Pero nadie podrá pretender que no sea bueno que todos los coches, al cruzarse, lo hagan del mismo modo, para no estorbarse ni chocar; la ley es, pues, racional y justa. En todos los países es necesario que cocheros, carreteros, *chauffeurs*, la conozcan y se conformen á ella, porque tiene en sí autoridad y se impone por su necesidad evidente. Toda persona racional que guía un vehículo se conformará, pues, y así la ley ejercerá autoridad sobre él. Tendrá la convicción de que respetándola obra bien.

Pero no todos son razonables. Su abandono é inquietud estorban la circulación, originan disputas y contratiempos. Para ellos la autoridad se traduce entonces en severidad, es decir, en juicios de faltas, multas y prisión.

La ley que manda á los unos por simple persuasión, obliga á los otros con mano fuerte. Y es de justicia, de necesidad. Se haría imposible toda circulación si algunos cocheros se dedicaran á contravenir la regla, cual si los caminos fueran de ellos solos.

Este ejemplo puede tener aplicación á todas las esferas materiales y espirituales. En todo hay que conformarse á las leyes, respetar su autoridad ó sufrir el castigo consiguiente. Este castigo es, las más de las veces, deducción fatal de la desobediencia, sin que el hombre tenga siquiera intervención en ello.

El sentimiento de la autoridad es elevada cualidad moral y cívica, al propio tiempo que indicio de razón y prudencia. Hay que tener un poco de mala cabeza para pensar que sea posible la vida si los hombres no observan unos con otros miramientos y reglas que eviten mutuos perjuicios. La familia en que domina el sentimiento de autoridad, posee un gran tesoro. El mismo sentimiento es una fuerza social de primer orden. Entre los niños, en la juventud en general, y hay que añadir entre los hombres todos, en las diferentes edades, experiencia, saber ó poder, el sentimiento de la autoridad está en la convicción casi instintiva de que hay cosas que es necesario no mover de su sitio y respe-

USJ BIBLIOTECA

tar, como se respetan los linderos de los campos y las leyes naturales.

Este respeto realza nuestra dignidad y nuestra fuerza.

El sentimiento de autoridad se traduce por la deferencia, la veneración á las personas que tienen consejos que darnos, orientaciones, órdenes, ó que, por su edad, su distinción intelectual ó moral tienen, con respecto á nosotros, superioridad evidente.

Siempre nos ensalzamos distinguiendo estas cualidades eminentes en los que las poseen. Por concebir falsamente la autoridad, llegamos á pensar que es indigno obedecer, deshonroso someterse al mando. Esto nos hace ser malas cabezas, rehacias y de condición áspera, á las que cualquier consejo parece un atentado contra su independencia y toda consigna especie de grillo que recuerda el presidio. Esas personas piensan sin esfuerzo que los padres, los maestros, las personas que tienen alguna autoridad privada ó pública, son otros tantos conspiradores contra la dicha y la libertad.

Todo eso resulta de falta de reflexión. La autoridad no ha inventado la ley. La ley existe por sí. Tendría su poder aun sin los hombres, hechos para interpretarla y custodiarla. Pero nos conviene que se nos recuerde é inculque.

¿No es también la higiene una ley? ¿Creéis que los que la desconocen, y á quienes nadie se la recuerda é impone en caso necesario, están mejor por eso?

¿Se es embustero porque se os dice: no comáis demasiado, ó porque se os prohibe abiertamente bañaros en agua fría, cuando estáis haciendo la digestión? Vuestro buen sentido ó vuestra experiencia podrían daros iguales consejos, y no obraríais contra vuestra dignidad conformándoos á ellos.

Un día que pasaba por un muelle de París muy frecuentado, vi una fila de grandes carros parados á lo largo de la acera, delante de un restaurant en que comían los carreteros. Los camiones estaban colocados de manera que literalmente la cabeza del primer caballo de cada uno, tocaba al camión que estaba delante. Buen sistema para impedir que los caballos se movieran mientras comían sus conductores. Pero el restaurant estaba en un rincón de la calle, y los camiones eran tantos que ocupaban un gran espacio, los dos lados de la vía pública que convergían al dicho rincón. La acera estaba, pues, como sitiada por un cordón de caballos y de carros. La mayor parte de los peatones, al pasar y al tropezar con el obstáculo, se tomaban el trabajo de dar un rodeo. Pero era una molestia evidente para la circulación.

Los carreteros lo observaban y se divertían.

Vinieron, sin embargo, transeuntes que llevaban más prisa y eran menos pacientes, é hicieron observaciones. Los más resueltos cogían un caballo

USJ BIBLIOTECA

de la brida, se abrían paso y cruzaban. Pero entre ellos hubo algunos de peor genio que con el bastón daban á los caballos en la cabeza, y los apartaban malhumorados. Esto desagradó á los carreteros. Originóse una discusión, y de ella sobrevino una disputa.

Un hombre tranquilo hizo observar que se armaba mucho ruido por poco, y que los carreteros no tenían más que apartar un carro y dejar libre sitio por donde pasar. Los carreteros le gritaron: ¡Ocupaos de vuestras cosas, señorito!

La cosa se pone fea, la multitud se agolpa. No se oyen más que voces é insultos, en tanto que los pacíficos caballos lanzan al aire sus sacos para comer los últimos granos de avena. No hay medio de acabar la disputa, á menos que no se acuda á los golpes, que no se libre batalla, que no se rompan sillas y se derrame sangre.

En aquel momento crítico sobrevino un agente, representante de la *autoridad*, es decir, del buen sentido y del derecho de todos, organizados en servicio público. Ordenó á los carreteros exaltados que dejasen espacio libre para el paso de los peatones. Y así se hizo, gruñendo sin duda, pero se hizo, porque la menor resistencia hubiera traído consigo juicio de faltas y multa.

No cabe prescindir de la autoridad. Sentir su necesidad y respetarla es propio de personas sensatas.

Pero, para ser justos, se trata de determinar ahora cuáles son las condiciones de una autoridad verdaderamente digna de su nombre y de su cargo.

USJ BIBLIOTECA

La autoridad.

(CONTINUACIÓN)

Para ejercitarse bien, toda función social exige condiciones especiales. ¿Cuáles son las que hacen capaz el ejercicio de la autoridad?

La primera es que, teniendo una parte, por pequeña que fuere, de autoridad, no pensemos que por este hecho se nos confía un poder discrecional, de que podemos usar á nuestro antojo. Tener á su cargo el ejercicio de una autoridad, vale tanto como estar al frente de un *servicio que trae consigo responsabilidad*. Si la autoridad se extiende, la responsabilidad aumenta. De suerte que podría decirse que el hombre está tanto más sujeto cuanto la ley le confía una parte más considerable de autoridad. De donde se sigue que, para ser ejercitada rectamente, la autoridad exige de nosotros, miramientos de una parte, obediencia de otra. El que no se siente, en su conciencia y en su fuero interno, fiel servidor y observador de la ley que está llamado á imponer á los demás, carece de la que es condición esencial del verdadero jefe.

Esta condición ha de ser difícil de cumplir. La mayor parte de los que mandan, piensan, en efecto, que ellos y su voluntad son la ley. Lo notamos por la observación de los niños, desde la primera juventud, cuando tratan de ejercer autoridad unos sobre otros. Los hermanos mayores, los alumnos á quienes se confía una parte de dirección ó de vigilancia, no sin esfuerzo dejan de hacer intervenir su persona y su amor propio en el pequeño cargo que desempeñan. Son fácilmente autoritarios, y de este modo alteran el espíritu de autoridad y dan lugar á polémicas. En cuanto mezcláis vuestro amor propio con vuestra autoridad, eclipsáis la ley, la hacéis provocativa y odiosa.

Nunca en nombre de su persona manda nadie, sino en nombre de la ley, de la justicia, del buen sentido, de un orden superior, en fin, que no hace más que transmitir y al que se siente él mismo estrechamente sometido.

La segunda condición es que el que manda sepa perfectamente su obligación, y pueda colocarse con facilidad en el lugar de aquellos á quienes da órdenes. Para que esta doble condición se cumpla, es casi indispensable que todo jefe haya servido en puestos inferiores. Jamás se conoce bien lo que sólo se ha visto desde arriba; es preciso haberlo visto igualmente desde abajo, para conocer lo de arriba y lo de abajo. Si nunca habéis hecho un trabajo, ignoráis el tiempo y el esfuerzo que son

USJ BIBLIOTECA

necesarios para ejecutarlo. Corréis el riesgo de exigir demasiado ó muy poco. Si nunca habéis recibido órdenes, si no os habéis doblegado ante una autoridad, no sabéis lo que pasa en la mente de aquellos cuya suerte y cuyo deber consisten en obedecer. ¿Cómo entonces aplicaréis los medios convenientes?

Una orden, puede muy bien estar mal dada. En resumen, para que todo ande bien en esta delicada esfera en que los hombres dependen unos de otros, les es indispensable un sentimiento de solidaridad honda y reflexiva. Si no se sienten fraternalmente unidos, como miembros de un mismo cuerpo y órganos destinados á servirse unos á otros, serán rivales entre sí. Los que obedecen se sentirán, con más ó menos vaguedad, enemigos de los que mandan. Se creará de esta suerte, entre padres é hijos, entre maestros y discípulos, entre jefes y soldados, entre los directores de fábrica, los capataces y los obreros, un espíritu de antagonismo perjudicial para todos. Rozamientos, injusticias, mala voluntad mutua enturbiarán las relaciones, y de aquí resultarán en primer término dificultades y malestar, á la larga verdaderos desórdenes. Todo, porque la autoridad deja que desear y porque la obediencia no es buena. Las amarguras, los odios, largos y á veces terribles resentimientos, explosiones de cólera, son otras tantas señales de alarma que indican haber algo contaminado y falseado en la vida social.

La equidad nos obliga á reconocer que la autoridad, aun siendo buena y justa, puede, por lo demás, estar viciada por mal espíritu de los subalternos. Hay ejemplo de profesores tranquilos y paternales, á quienes una clase poblada de malos sujetos, ha obligado á cambiar por completo de modo de ser, y que, á fuerza de proceder mal los alumnos, han adquirido un carácter irascible y violento. Los hombres dependen unos de otros; es error pueril pensar que los que obedecen dependen de los que mandan, y no comprender hasta qué punto los que mandan dependen de los que obedecen.

Todo subalterno anhela tener un buen jefe, y recíprocamente, todo jefe desea tener un excelente subalterno. Es cosa que maravilla observar lo bien que todos comprendemos los deberes de los demás. El ideal del perfecto subalterno está en el espíritu de los que mandan. Sueñan con personas abnegadas, fieles en el cumplimiento de lo mandado, siempre amables, pacientes en el esfuerzo, rápidos en la ejecución de las órdenes, que reunan, en una palabra, multitud de cualidades contradictorias. Se querría que fueran á la vez de valor indomable y de carácter flexible; inteligentes, llenos de iniciativa, si es preciso, y en otros momentos exactos y pasivos como una máquina. En resumen, si nos tomáramos el trabajo de reunir todas las virtudes que los directores exigen, y que, en suma, son precisas en un subalterno verdaderamente bien califi-

USJ BIBLIOTECA

cado, tendríamos á la vista una criatura humana de la mayor perfección y el mérito más raro.

Si se pregunta á los subalternos, se comprende pronto que les es familiar el ideal del jefe perfecto. Le sueñan previsor, sabedor de todo, subordinando á un golpe de vista perspicaz una voluntad á la vez serena é inflexible; cuidadoso del bienestar del subordinado, justo, humano, severo, pero imparcial; en una palabra, se pide que sea perfecto.

Pero antiguos proverbios muy sabios dicen: á tal amo, tal criado; y al contrario: siempre se tiene el gobierno que se merece. De donde hay que deducir que, salvo casos excepcionales, los buenos amos hacen los buenos servidores, los jefes los buenos soldados, los buenos maestros los discípulos de nota. Pero, por justo cambio, también los buenos alumnos hacen los buenos maestros, los soldados los buenos oficiales, y los criados los buenos amos.

Escasean infinitamente los hombres capaces de mandar bien. Se necesita la reunión de muchas cualidades para hacer del hombre pastor de hombres, de espíritu clarividente y elevado, firme, y no obstante humano y aun cariñoso. Pero nada mejor puede sucedernos que tener por guía un jefe semejante. Los que, por su inteligencia, su valor moral, su ardor y su bondad, merecen ser considerados jefes, tienen derecho á nuestra adhesión toda. No envidiemos su ascendiente. Ejérzase sobre nos-

otros, coordine nuestras fuerzas, inspírenos y guíenos con orden y concierto á luchas bien dispuestas y á trabajos prudentemente ordenados. Allí donde la envidia y el odio al superior no permite á los mejores y más capaces hacerse los guías de los demás, se acerca la descomposición social.

Dignas de meditación son verdades de este jaez, sobre todo por parte de las democracias. Sabéis que se denomina así el gobierno del pueblo por sí mismo. Cualidad esencial de toda democracia es la elección de sus jefes, en todos los grados de la vida nacional. ¡Pero, cuántos escollos hay que evitar para poner en ejercicio un método tan sencillo! El principal consiste en esa especie de ceguedad que nos impide distinguir las cualidades que hacen tales á los jefes y seguirlos, una vez elegidos. Ahora bien, una democracia sin jefes respetados no tiene más que apariencia de poder. La influencia va á parar muy pronto á manos de los más agitadores y ambiciosos, y el interés público es atacado en sus raíces. Saber buscarse buenos jefes, y tener el acierto de conservarlos, ese es el arte supremo.

Pero, ¿qué viene á ser con todo esto la libertad?

Os lo diremos.

USJ BIBLIOTECA

La libertad.

La palabra puede designar dos cosas que, por lo demás, están en íntima relación. En primer lugar, designa la energía interna que á todos nos sirve para dirigirnos y gobernarnos.

Si no la poseyerais, no seríais responsables de vuestras acciones, y si los hombres, en general, no se sintieran en disposición de gobernarse, en cierta medida al menos, de obrar bien ó mal porque así lo quieren, nadie podría hacer á otro responsable de sus actos y actitudes.

Os veríais obligados á dejaros pegar, robar, insultar, juzgándolo inevitable y natural, y podríais hacer lo mismo con los demás, sin que tuvieran razón alguna para ponerse serios. No habría bien ni mal, justicia ni iniquidad. En una palabra, los hombres no serían lo que son.

El disponer unos y otros de esta facultad de dirigirnos es lo que se denomina libertad, noción que está en la base de todos nuestros juicios relativos

á nosotros mismos y á nuestros semejantes. Ninguna teoría, conforme á la cual el hombre dejara de ser libre, podría prevalecer en contra de esta noción práctica.

Añadamos, sin embargo, que esta libertad es una capacidad naciente, más que totalmente desarrollada y que, solamente por el ejercicio, crece y se demuestra viable. Cabe, pues, aumentarla por el esfuerzo, disminuirla y perderla por el abandono. Y como la mayor parte de los hombres se abandonan y dejan llevar de las circunstancias, enajenan su libertad por no hacer uso de ella. De donde resulta que, entre todas las preciosidades que escasean, figuran los caracteres verdaderamente libres. Diógenes, paseando con su linterna en pleno día, y diciendo que buscaba un hombre, debía pensar, imagino yo, en un hombre de carácter firme, que supiera dominar sus deseos, sus apetitos, sus temores, en una palabra, todas las pasiones que nos reducen á esclavitud.

Pero la libertad de que deseamos hablaros hoy se distingue de esta libertad interior. Consiste en poder vivir en medio de sus semejantes, ejercitando los propios derechos sin ser molestado por nadie. Lo primero, para comprender esta libertad, es saber que tiene límites y que es ejercida en determinadas condiciones.

Su ejercicio es comparable al libre funcionamiento de nuestros miembros. Mediante esta compa-

USJ BIBLIOTECA

ración, vais á comprender en seguida de qué se trata. Atendamos, por ejemplo, á nuestros brazos y á nuestras piernas. Tener los brazos libres significa poder moverlos y agitarlos en los límites que determina su estructura misma. Nadie pretendería que no tiene los brazos libres porque no pueda doblar el codo más que en una dirección y no en todas. El brazo que, en efecto, se doblase en todos sentidos, estaría completamente desarticulado y no podría servir para nada.

Jamás se le ha ocurrido á un niño desear, so pretexto de tener las piernas libres, poder lanzarlas diez pasos más allá de donde se encuentra. La libertad de las piernas consiste en poder andar y correr sin estorbos. Pero las piernas están sujetas y con gran firmeza colocadas en su sitio. De otro modo, no podríamos dar un paso.

Ahora bien, algunos piensan que la libertad consiste en hacer todo lo que se nos ocurre. No, eso sería dislocar el espíritu, del mismo modo que con movimientos violentos y antinaturales desarticularíamos nuestros miembros. La libertad no es la licencia desenfrenada, ni el capricho loco é incoherente.

La libertad es el poder de hacer vida normal, sin que nadie pueda impedírnoslo. Libertad tal no puede existir sin que cada cual viva de un modo racional, conforme á ciertas reglas por todos respetadas.

Fuera de este orden que nosotros nos imponemos, no habría más que trabas para el ejercicio de la libertad. No nos dejaríamos vivir unos á otros. Un solo hombre turbulento, irreflexivo, ó mal intencionado, puede comprometer la libertad de ciento. Por tanto, si la libertad ha de existir, es preciso que no se toleren ciertos atentados contra ella, y que, si hay algunos que tratan de realizarlos, encuentren oposición, rigor si es necesario.

Llegamos de esta suerte á reconocer que en parte alguna se está más tranquilo y libre que en un país en que se respeten las leyes, y en que, si hay lugar para ello, las mantenga la mano de una autoridad firme, con la aprobación de todos los que sólo quieren obrar bien. En una democracia sobre todo, la libertad no puede florecer más que al abrigo de las leyes. Sin esto, el aire, la luz, la calle, todo lo que es público, están á merced del que carece de escrúpulos. La autoridad bien entendida es origen y salvaguardia de todas las libertades públicas.

Todos vosotros habréis oído hablar de anarquía, pero muy pocas personas se dan cuenta de lo que es. Anarquía quiere decir ausencia de gobierno y de orden establecido. La palabra no responde más que á ciertas teorías, que la fuerza misma de las cosas impedirá sean nunca realidades. Por poco que se reflexione, se comprenderá fácilmente que, para vivir en sociedad, es necesario que los hom-

USJ BIBLIOTECA

bres respeten sus mutuos derechos. La anarquía completa, proclamada y practicada dentro de una familia, un negocio industrial, una ciudad ó un Estado, no duraría veinticuatro horas.

Se nos dice que la anarquía significa solamente la falta de sujeción exterior, que es indigno mantener policía y fuerza pública para obligar á los ciudadanos á respetar las leyes. Entendámonos. Pongo un ejemplo: ¿es que si en una escuela los alumnos dispuestos á cumplir con su deber, á respetar espontáneamente los reglamentos escolares, á mostrarse asiduos, sin que haya que amenazarlos con el castigo, se dan cuenta de que existe un reglamento? ¿Les contraría en algo? ¿Se quejan de no ser libres porque hay que entrar á la hora en la escuela, porque está prohibido romper cristales, bailar encima de los bancos y tirarse los tinteros? Nada de eso. Puede decirse que á ellos la ley no les sujeta, ni tiene severidades, ni castigos. En rigor, á su lado olvida uno la existencia de la ley, puesto que nunca hay que invocarla.

Y así, podría decirse que la escuela mejor es aquella en que menos se trata de reglamentos. La mejor sociedad sería simplemente aquella en que todos hicieran lo que es bueno, sin que nadie les obligara á ello, ni les llamase al orden. Pero nadie llamaría á esto anarquía, aun cuando sería ausencia de gobierno. El gobierno habría llegado á ser inútil.

Pero anarquía, comunmente, significa rebelión contra la ley, espíritu subversivo y de desorden. Todo hombre ó niño que participa de ese espíritu contrario á la ley es anarquista. Hay infinitamente muchos más de los que se piensa. Son anarquistas en el fondo todos los que piensan que las leyes no se han hecho para ellos.

Ahora bien, esas gentes constituyen legión en todas las clases sociales, y podéis dar con ellas tanto sobre los tronos como entre los que tratan de derribarlos.

Su preocupación constante es emanciparse de las leyes, rodearlas y burlarlas, si no pueden infringirlas cínicamente. Odiar la ley, detestar ese freno que nos contiene, esa prohibición que nos sale al paso. Trasponer el límite entre nuestro derecho y el derecho ajeno. Desear librarse de obligaciones, de responsabilidades. No sentirse ligado, ni por promesa, ni por contrato, ni por respeto ó agradecimiento, ni por escrúpulos de honradez, de verdad ó de pudor, eso es espíritu anarquista. En el fondo, en lo peor de sí mismo, cada cual puede encontrar extravíos de este género. Pero, siguiéndolos, no es mucho el tiempo en que se goza de una libertad ilusoria. Fuera del recto camino, apartados de la ley por nuestra propia voluntad, si hemos desechado el justo respeto á nuestros semejantes, las leyes, heridas y violadas por nosotros, se vengarán á cada paso. Y aprenderemos á nues-

USJ BIBLIOTECA

tras expensas, que si la libertad florece allí dónde domina el respeto á las leyes, muere doquiera la voluntad rechaza todo freno.

La tiranía.

Llamábase tiranos en la antigüedad á los que conseguían apoderarse del poder supremo en una república, y sustituían de este modo su voluntad individual á la del pueblo. Esos golpes de Estado, como los llamaríamos hoy, eran muy frecuentes en la antigua Grecia, donde abundaban las pequeñas repúblicas. Y casi siempre el desconcierto de las voluntades y la confusión de una política falta de orientaciones firmes favorecían el acceso al poder de un personaje decidido, ambicioso, á quien no embarazaban escrúpulos. Conseguido el mando por la violencia y la ilegalidad, no podía mantenerse en él sino por los mismos procedimientos. Número incalculable de actos odiosos por su carácter arbitrario ó su crueldad han cometido los dichos tiranos. Y la palabra tiranía, que en sí designa solamente la autocracia, ha acabado por ser sinónima de despotismo criminal y sin entrañas.

Si aquí hablamos de ella es para estudiar, en sus

USJ BIBLIOTECA

formas más horribles, algunas de las deformaciones y de las aberraciones de la autoridad.

Nada en el mundo puede permanecer puro, ni librarse de las exageraciones, de las corrupciones, de la perversión. Las cosas más bellas han sufrido la acción corruptora de las pasiones y de los vicios de los hombres. A cada rostro responde una mueca, á cada función odiosos abusos, que son caricatura de la misma. La medicina degenera en charlatanismo, la religión en supersticiones, la virtud en hipocresía, y la autoridad normal, necesaria y buena, tiene como falsificación odiosa el despotismo y la tiranía. Apresurémonos á decir que esta tendencia á caer en el absolutismo es natural, que no constituye fenómeno de excepción, sino manifestación corriente. Por eso hemos de atenderla en mayor grado.

En el mundo animal predomina el derecho del más fuerte. En el humano, la misma ley se hace valer. Las cosas no se rigen, ordinariamente, por la justicia y la equidad imparcial. Se quiere algo, y si se es bastante fuerte para proporcionárselo, se logra. Se desea que otro haga lo que queremos, lo que se conforma á nuestros intereses, á nuestros apetitos, y si es preciso, le obligamos á ello. Violencia, opresión del débil por el fuerte, menosprecio del derecho ajeno, reducción á la esclavitud de todo el que es menos capaz de defenderse que nosotros, todo eso es uso corriente en la humanidad

inferior. Y nosotros tenemos tendencia constante á volver á ese estado. En cada hombre hay un animal dispuesto á reaparecer. Su naturaleza iuferior se apodera de él y le domina, si no tiene cuidado. Esa naturaleza animal, que nos hace cometer acciones indignas de nuestra dignidad de hombres, se distingue porque ama la tiranía. Uno de sus grandes placeres es hacer sentir su superioridad á los demás. De esa vieja y horrible bestia procede el espíritu tiránico. Bien puede decirse que el tirano jamás ha sido vencido del todo. Allí donde los hombres tienen entre sí relaciones de superior á inferior, el monstruo trata de salir de su antro. El espíritu tiránico consiste en esto: creer que nuestra voluntad individual es la ley. Todo ha de plegarse ante ella. El que no hace lo que queremos es nuestro enemigo. Hay que romperle como se rompe el vidrio.

Amar lo justo, lo equitativo, lo humano, eso no preocupa al tirano. Quiere, y debe bastar. ¡Que todos se dobleguen!

Con semejantes procedimientos se consigue viciar toda especie de mando, introduciendo en él la arbitrariedad. Y con ello, toda orden se hace odiosa y toda regla excita á rebelión.

Ahora bien, si el espíritu contrario á la sumisión, el menosprecio y el odio á todo freno y á cualquier orden es abominable, hay que convenir en que es noble, humano y conforme al deber resistirse á la

USJ BIBLIOTECA

tiranía. Aprobamos por completo la intervención de la autoridad para hacer que se respeten la ley, la justicia y el orden. Porque si, con espíritu anárquico, un individuo, una familia, una colectividad se sublevan contra la ley, comprometen el buen funcionamiento de los servicios públicos, estorban la libertad del ciudadano, juzgamos justo que estas tentativas de desorden sean contenidas, reprimidas, en caso necesario severamente castigadas. El interés público así lo exige; nada más justo y fácil de comprender.

Por la misma razón hay que resistir á la tiranía. Cuando, so color de autoridad, de la influencia que la edad confiere, de la posición social, de la fortuna, del número, un individuo ó una colectividad ejercen sobre sus semejantes opresión de cualquier género, los violentan en sus derechos, en su conciencia, en su dignidad de ciudadanos, todo hombre honrado debe alzarse y resistir.

La tiranía es una forma de la anarquía, y no es lícito sufrirla á nadie. Es el supremo ultraje á cualquier criatura humana. Cada uno de nosotros debe tener por bien precioso su dignidad de ciudadano libre, y no soportar nada que la ataque.

Desgraciadamente, hay caracteres cobardes en cierto modo, que se califican á la vez por el oficio de esclavos y por el de tiranos. La mayor parte de los hombres no son bastante valientes ni justos para resistir á la tentación de oprimir á los demás.

La mayor parte ni tienen el valor necesario ni están suficientemente penetrados del sentimiento de su honor para oponerse con energía á los que les tratan con violencia ó usan otras formas opresoras. Se someten por miedo, por debilidad de carácter, por falta de dignidad. Así van las cosas en la vida.

Cuando no se puede hacer otra cosa, indica un alma grande sufrir la misma tiranía y poner todo su valor en la paciencia, la resignación y la dulzura. Pero siempre que, por un esfuerzo vigoroso y aun á costa de los más grandes riesgos y del sacrificio de nuestra vida, podamos romper un yugo tiránico, es estricto deber en nosotros hacerlo. ¡Desgracia grande que demasiados hombres se resignen á la opresión, porque la lucha contra ella sea larga y esté llena de peligros! Los que así hacen capitulan ante el monstruo. La cobardía de los esclavos es la mejor ayuda de los tiranos. Y tiranos hay allí donde un hombre se permite intimidar y esclavizar á otro.

En el fondo, el esclavo y el tirano tienen la misma bajeza de alma. Los dos creen en la violencia, el uno para doblegarse á su peso, el otro para servirse de ella haciendo que se dobleguen sus semejantes. Y bien puede decirse que los tiranos mandan y reinan con alma de esclavos, y que en cada esclavo hay base para un tirano, que no espera sino ocasión oportuna para revelarse.

Hijos míos, no seamos tiranos ni esclavos de na-

USJ BIBLIOTECA

die. En esto se resumen nuestros deberes para con la Libertad, ese bien sagrado que nunca debemos dejarnos arrebatar y que no debemos tratar de arrebatar á nadie.

La ley interior.

Nada debe despreciarse cuando tratamos de asegurar el desarrollo normal de la vida, de mantener la libertad en medio del orden; pero si las medidas más oportunas siguen siendo únicamente exteriores, existe un vacío grave, y hemos de tratar de indicároslo.

En vosotros todos, y en este punto práctico, tenéis cuanto se necesita para comprender nuestras observaciones. Vuestro conocimiento de lo que constituye las verdaderas cualidades morales es suficiente para que podáis decir cuál es el signo característico en que se reconoce á un hombre de bien, ó tan sólo una buena acción aislada.

Una acción es buena cuando contribuye al bien de nuestros semejantes. Jamás deja de tener vivo interés para el prójimo. En el fondo, la benevolencia y la simpatía son sus inspiradoras. Y hombre de bien es el que ama á sus semejantes y obra en consecuencia.

USJ BIBLIOTECA

Suponiendo que sólo el temor al castigo os impidiera obrar mal, no seríais honrados aun cuando nada se pudiera echaros en cara. De este principio, resulta que las precauciones adoptadas para evitar el desorden y mantener á todos en el recto camino, siguen siendo impotentes en el fondo, si los espíritus son contrarios al bien. Legislar, multiplicar las precauciones, prolongar el número de mandatos y leyes, es una cosa; educar, fortalecer la conciencia de los ciudadanos, orientar el espíritu público hacia la bondad y la justicia, es otra. Si no hay conciencia en las gentes, en vano será vigilarlas; acecharán la ocasión de escapar á vuestra vigilancia, y esa ocasión llega siempre. Se puede impedir á los patitos que se tiren al agua, á los gatos pequeños que arañen, á las serpientes que muerdan; pero en cuanto dejamos de impedírselo, los patos se lanzan al estanque, los gatos sacan las uñas y las serpientes muerden.

Si los corazones no se han ganado para el bien, las leyes mejores permanecen infecundas. En rigor, la vista de los guardias puede impedir las acciones malas; pero no recae su influjo sobre todo lo que no está advertido en las leyes. Aun cuando existiese vigilancia tan estrecha que nadie pudiera realizar la más insignificante mala acción, habría que confesar que sociedad tal, mantenida únicamente por vigilancia incesante é inquisitorial, se compondría, en suma, de ladrones que nunca habían robado por no tener ocasión, de defraudadores que jamás habían podido ejercer su oficio. Nadie habría sido procesado, y todos serían, sin embargo, criminales natos.

Una sola cosa tiene valor y resiste á la prueba: que el hombre honrado sea, de corazón, adicto al bien, que tenga el deseo, la preocupación de hacer vida provechosa para los demás. Si en su interior ha desarrollado esta aptitud, vive bajo el régimen de le ley interior. Lo que le impulsa está en él y obra desde dentro. Respecto á él, todas las leyes buenas tienen inteligencias en la plaza. Está de acuerdo con ellas.

Hágase interior la ley, y tengan todos en sí las riendas de la misma; es lo esencial.

Examinaos en este respecto. Preguntaos si en espíritu y en conciencia sois devotos del bien, ó si sólo le rendís el homenaje superficial de una legalidad aparente. Todo consiste en eso, y nunca podríamos insistir lo bastante. Fuera de esta honradez, que tiene sus raíces en nosotros mismos, no hay más que hipocresía. Todo lo que podemos permitirnos sin ser atrapados, nos lo permitimos. Somos virtuosos en apariencia, pero corrompidos por dentro; la vida se convierte en comedia y engaño. Nadie se toma en serio á sí mismo, ni toma á los demás. Capaz de engañar, cree en el engaño. Engañar al que le observa, es su gran preocupación. Tienen el arte de esos malos discípulos que, á más de faltar

USJ BIBLIOTECA

á las reglas, saben no dejarse coger jamás. Si en un país se propaga ese modo de ser, es una calamidad; todos aparentan respeto á las leyes y fidelidad en el cumplimiento del deber, pero no hay nada de eso. Decente y correcto en la superficie, interiormente se es un fullero. Se entrega uno en gran escala al disfraz de las acciones, como á resguardo de etiquetas falaces hacen ciertos industriales, que se dedican á la falsificación de artículos alimenticios, á fabricar objetos antiguos, moneda falsa, alhajas de similor, vino malo, harina adulterada. Todo eso es arte del disimulo, de apariencia, de ostentación, para que se tome por oro todo lo que brilla. Pero nadie cumple lo que promete, nadie es lo que aparenta. Más vale un bandido declarado, que un ratero que se disfraza con máscara de honradez.

Cueste lo que cueste, es preciso que el hombre consiga pasar del régimen de la ley exterior al de la ley interior. La marcha de la educación debe ir progresivamente de la sumisión á la voluntad ajena hasta la libre adhesión de nuestra voluntad individual á la ley. Sólo está bien guardado el que por sí mismo se guarda. Sólo está realmente dentro de la ley aquel que ha hecho de la ley carne de su carne y sangre de su sangre.

Un ejemplo pondrá bien en claro esta idea capital, sin la cual la moralidad no es más que un barniz exterior.

Cuando empezamos á aprender un arte ó un oficio, se nos enseñan reglas. Las aprendemos y las aplicamos. Los principiantes en música, en pintura, saben algo de esto. Adquirir la práctica de su arte, les representa largo y penoso esfuerzo. Se les enseñan las medidas, se les inculca la geometría del dibujo. Y sin pasar por este aprendizaje severo, el artista corre el riesgo de que le falten durante toda la vida ciertas cualidades elementales. Mal dibujado, el cuadro más hermoso no tiene gran valor. ¿Y qué es la música más maravillosa si el compositor está reñido con la medida ó con la armonía?

Pero esta fase primera de la vida artística, en que las reglas exteriores nos mantienen y hacen sentir su férula, no deja de ser por eso la del aprendizaje. Al hacerse maestro se llega á tener el arte en el oído y en la punta de los dedos, sin tener necesidad de saber al detalle las reglas. Sin pensar ya, se sigue la ley, y ésta se afina, se embellece al realizarse en la belleza suprema del arte, sin tener ese sello pedantesco que caracteriza al reglamento escolar. El arte, en este grado superior, ha llegado á ser segunda naturaleza. He aquí cómo es necesario que el bien llegue á serlo para nosotros.

Otro ejemplo del inconveniente de la moralidad que es sólo superficial. Cojo un pino y le transformo en árbol de Navidad. A todos los niños les gusta mucho ese árbol. Se le cuelgan nueces, man-

USJ BIBLIOTECA

zanas, confites, juguetes. Se ponen también bujías encendidas, y resulta encantador. Pero nadie ha pensado jamás que el árbol de Navidad sea natural. Ningún niño, al salir, recorre los bosques para ver si encuentra por casualidad árboles con manzanas, nueces, bombones variados y brillantes bujías. Todos saben que el pino de las noches de Navidad está adornado con frutos que no se han desarrollado en sus ramas. Y si conserva sus raíces y le plantáis de nuevo con cuidado en el huerto, producirá piñas y no otra cosa.

Si vuestra moralidad se asemeja á las nueces doradas y á las confituras adornadas con cintas que cuelgan de las ramas del pino de la fiesta, no os conviene. Pasadas las cortas horas en que os habéis presentado adornados con cualidades que no os pertenecen, vuestro mal fondo recobrará sus derechos y ofreceréis á vuestros prójimos frutos amargos con que se romperán los dientes.

Soldado y caballero.

Después de haber hablado, en una serie de lecciones, de ley, de autoridad, de disciplina y de libertad, querría mostraros la encarnación de todas esas cosas en una figura viva, para hacerla más comprensible á vuestra imaginación, más sensible á vuestra conciencia.

Esa figura es la del soldado, y todo soldado verdadero ha de realizar el tipo del caballero. Y, antes que nada, hemos, naturalmente, de apartar las que podrían llamarse deformaciones y caricaturas de la figura de que hablamos, para no caer en posibles errores.

El *mercenario* se vende por dinero. Se va con el que ofrece más y pelea á su servicio, importándole poco las órdenes que recibe. Sea justa ó no la causa que sirve, le es igual.

El *soldadote* es un personaje mediano y grosero, que ha adquirido en los campamentos malos hábitos sobre todo; ofrece más bien la mueca del oficio de las armas que su figura grande y noble.

USJ BIBLIOTECA

El que va *sonando el sable,* en cualquier grado, no es más que un niño grande, vanidoso que ostenta el uniforme, se alaba de una bravura dudosa muchas veces y toma su espada por dije destinado á darle valía. Ninguno de esos tipos realiza el ideal del buen soldado.

Hay también el soldado que lo es contra su voluntad, y el que se burla de su situación como tal.

En fin, conviene mencionar el tipo grotesco del caballero á lo Don Quijote, que es sólo parodia del caballero verdadero.

Lejos de nuestro ánimo tratar de sacar modelos de buena vida de esos varios ejemplares. Deben servir para indicarnos lo que no hay que imitar.

El verdadero soldado es persona convencida, que comprende la utilidad y la necesidad de la función que desempeña, y se dedica á cumplirla con puntual energía.

Desde que el mundo existe, es conocida la carrera de las armas. Ha dado lugar á terribles abusos; pero, ¿de qué cosa, digna en sí de respeto, no han abusado las pasiones y la ceguedad de los hombres? Nuestro deber es examinar siempre todo y conservar lo mejor, apartando lo malo.

El soldado es hombre que lleva armas. Representa la fuerza defensiva y ofensiva, protectora y vengadora. El arma es un medio, y toda fuerza ó ingenio de guerra es un instrumento. Cómo ha de emplearse, esa es la cuestión. Que sea necesaria

y, por consiguiente, que hagan falta hombres que se adiestren en su manejo, no hay que dudarlo.

No hay ejemplo en la creación, ni entre las plantas, ni entre los animales, no hay ejemplo, digo, de existencia sin medios de defensa. En una ú otra forma, toda criatura se protege, pone á resguardo su vida, se defiende.

Es posible nuestra vida únicamente porque está al abrigo de las fuerzas destructoras. Sin cuidado ni defensa, sería pronto presa de todas las causas que producen enfermedades, infecciones y achaques que nos rodean.

Cualquier nación se halla en las mismas condiciones que un individuo. La defensa nacional se impone como necesidad la más apremiante. Sin defensa, la nación más próspera y honrada correría el riesgo de caer, un día ú otro, bajo el yugo de una vecina audaz y bien armada. Los ciudadanos han de penetrarse, pues, de la idea del deber militar. Un ejército bien organizado es antemural de la patria. Ninguna honra puede compararse á la de ser piedra viva y firme de esa muralla. Como todo oficio exige aprendizaje, es preciso, por consiguiente, que el ciudadano aprenda á ser soldado. Y como todo oficio supone una tradición, una ciencia especial y un arte, no se podría prescindir de hombres experimentados en los asuntos militares. Para que obren en conjunto gran cantidad de armas y de voluntades humanas, hace falta método rigu-

USJ BIBLIOTECA

roso y gran unidad de acción, lo que no podría lograrse sino mediante la disciplina.

Una vez reconocido esto, cada cual debe hacerse este razonamiento: «Mi patria es, en conjunto, lo que más quiero. Quiero que sea independiente y próspera. Luego es necesario que sea fuerte y apta para defender su libertad y sus intereses. No siendo esto posible sino por medio de un ejército cuidadosamente preparado, formaré parte de él y cumpliré mi deber en el puesto en que por este título me corresponda hacerlo.»

De este razonamiento hay que deducir las consecuencias prácticas, que son la obediencia, el esfuerzo, el espíritu de sacrificio. Cumplir el servicio militar, no con resignación, sino con amor y entusiasmo; someterse á todas sus exigencias y ser dichoso al hacerlo así; ese es el espíritu del verdadero soldado. Comprende muy bien que es esta sumisión al deber acto de libertad superior. Cuando, para aumentar la cohesión y la fuerza de la tropa de que se forma parte, se observa disciplina severa, ¿se es esclavo? No, sino ciudadano libre, que ha puesto su voluntad independiente á disposición de la patria.

El amor á ésta es el alma de la fuerza pública. Ese amor lo facilita todo y ennoblece las más humildes tareas. Por él se madruga, se contenta uno con frugal sopa, se camina detrás de los camaradas, se hacen las labores con alegría, se acuesta

bajo la tienda con gozo, se va contra el enemigo con buen ánimo.

Efecto de este mismo amor, jamás se abusa de las armas, sino que se las honra recordando que el hombre armado no debe ser un bruto armado. Por esto, en el soldado, el honor es inseparable de la valentía. El honor vela sobre sus acciones, aun frente al enemigo. Jamás se deshonra hasta el punto de olvidar que el enemigo es hombre. La ferocidad, la crueldad, la bajeza viven alejadas de su pensamiento. Honra el uniforme, la bandera y la patria, batiéndose como se baten los buenos.

En esto todo verdadero soldado es un caballero. Sin miedo lo es, pero no sin escrúpulos. No puede decirse que para él no hay nada sagrado. Tanto le interesa no merecer censuras como no tener miedo, y siente con entera claridad que el interés más elevado de la patria es que la defiendan manos puras y leales.

No pienso que la humanidad, entre todos los tipos de hombres que ha presentado, pueda ofrecer otro más digno de ser amado y admirado que el del buen militar y buen caballero. En esta figura se combinan la fuerza y el amor, el valor y la justicia, la piedad por los débiles y la intrepidez ante el peligro, el dominio de sí, por el que el hombre rige sus apetitos y eleva su alma al abrigo de los temores bajos y de los apetitos que rebajan. Querría que todos los niños tuviesen como ideal pare-

USJ BIBLIOTECA

cerse algún día á los que, con paciente esfuerzo, han llegado á ser verdaderamente soldados y caballeros.

Del medio especial de la milicia hay que transportar este ideal á la vida entera. Y para explicaros con algo más de pormenor lo que entiendo decir, voy á consagrar á este asunto toda la lección próxima. Hay cosas de las que nunca se dirá lo suficiente.

El hombre, soldado y caballero.

Para empezar, trataré de haceros comprender bien lo que pienso. No trato, en modo alguno, de transformar el mundo en campo de batalla y las ciudades en cuarteles. El oficio de las armas ha de servir más bien para evitar conflictos entre los pueblos que para perpetuarlos. No soñemos, pues, con Naciones militares. El militarismo es una plaga, que es de esperar deseche algún día la prudencia de las Naciones. Pero, para que ese día llegue más pronto, no es necesario que se nos predique el odio al servicio militar y al ejército. Sería exponernos á las mayores desdichas. Ser fuerte es el modo mejor de ver respetados sus derechos. Todo eso está claro, no insistamos más.

Cuando digo: Todos soldados, todos caballeros, entiendo que todos valdrían más para sí y para los demás, si tratasen de realizar en su vida las cualidades esenciales que constituyen al soldado y al caballero. Enumerar estas cualidades será dar forma práctica á nuestro pensamiento.

USJ BIBLIOTECA

En primer lugar, el soldado reduce sus exigencias á lo estrictamente preciso. No carga con nada inútil que le dificulte.

Simplifiquemos como él nuestra vida toda.

Multitud de gentes tienen demasiadas necesidades y se hacen esclavos de ellas; viven para comer, para vestir, para beber, se enervan en los placeres. Arrastran consigo multitud de objetos de que creen no poder prescindir. Con este régimen, su voluntad pierde energías; se habitúan tanto á las comodidades, que no pueden sufrir los esfuerzos de una vida dura, y, al final, para satisfacer tantas necesidades apremiantes, se condenan á no pensar más que en sí propios, á olvidar á sus semejantes; y muchas veces llegar á emplear medios poco honrados. Si fueran sencillos, si se contentasen con poco, estarían mejor dispuestos y menos tentados á buscar recursos para salir del paso.

El soldado es *puntual*. Todos saben lo que quiere decir exactitud militar, y todos necesitarían grandemente hacerse militares en este punto. La puntualidad hace la vida segura, tranquila, ordenada. Las gentes á quienes siempre sobra tiempo se exponen á tener que andar con prisas en ciertos momentos, de una manera ridícula y peligrosa. Se les espera y no llegan. El tren se va, y llegan á tiempo de alzar los brazos y exclamar: ¡tarde! Por haber tenido calma cuando había que andar diligentes,

se ven obligados á precipitarse cuando sería preciso ir con calma y cuidado. Perturban y atropellan á todo el mundo. Todo se evitaría con puntualidad absoluta y orden perfecto, tal como hace el soldado.

Breve en palabras, dispuesto para todo, es también buen rasgo del carácter del verdadero soldado. ¿A qué tanto charlar? Decir lo necesario, en pocas palabras bien dichas, es preferible. Cuando se habla mucho se hace poco. Los charlatanes corren el riesgo de decir más de lo que hace falta. Y las gentes locuaces vierten á montones plomo, moneda de vellón, si se quiere, paja. Hablemos poco y bien, y nuestras palabras serán oro. Una pieza de oro vale tanto como un saquillo de moneda de cobre ó como un montón de paja. Breve y sincero, sin rodeo ni falsía, ¿creéis que ser así constituye adorno exclusivo del *soldado que no sabe disfrazar la verdad*? Es cualidad que á todos conviene adquirir, y utilísima en la existencia de cualquiera que sea.

Estar dispuesto, no olvidaremos mencionar esa virtud entre las militares. Cualquiera que sea el lugar, el momento en que el deber llama, responder: ¡presente!; tener á mano lo que hace falta y en el espíritu la energía y la resolución necesarias. No abandonarse ni dormirse jamás, sino velar, estar atento y dispuesto; distinguir la ocasión propicia para obrar, ver el peligro y hacerle frente, ¿no ha-

USJ BIBLIOTECA

cen falta esas cualidades más que en el ejército? ¿Qué hombre hay, qué niño, que no tenga que estar dispuesto en todo momento, que guardarse del mal, que atacar al enemigo, que acudir á la brecha? ¿Quién no necesita hacer provisión de buena voluntad y de ardor? Estar dispuesto, gran parte de la vida consiste en eso. Los que no lo están, llegada la ocasión no la aprovechan, y á fuerza de perder ocasiones pasan la vida en balde. No oyen cuando el deber llama. Llegado el momento de levantarse, de obrar, de hacer acto de presencia, de probar la amistad á los amigos, el amor á la Patria, la adhesión á la verdad, la abnegación al prójimo, no se hallan dispuestos. La dicha llama á su puerta, y no están para abrirla y hacerla los honores. La muerte les pone la mano en el hombro y dice: llegó el momento; cogidos de improviso, no habían hecho nada para prepararse. Para evitar tan graves inconvenientes, ¿no harían bien en ir á aprender del soldado á ponerse el cinturón, tener el arma á mano, atentos á la primera señal, díspuestos y decididos?

Si á estas cualidades añadimos la elevación de ideas, la nobleza, ese algo leal, magnánimo, generoso, que distingue al caballero, ¡qué hermoso tipo humano tendremos á la vista! ¿Aspiremos á formarnos alma de caballeros? No nos contentemos con los sentimientos, vulgares en suma, en que se inspiran la mayor parte de las gentes rutinarias, de

poco espíritu, que tocan los linderos de la bajeza. No son sino demasiadas las tendencias inferiores que á todos nos impulsan y tienden á conservarnos de este lado. Pero es para nuestra desventura y la ajena. Los espíritus inferiores no hacen nada bueno para nadie.

Hay que ser caballero. El caballero tiene el corazón grande. Se respeta á sí propio y respeta á los demás, porque tiene elevado sentimiento de la dignidad humana. No le causa miedo defender al débil y al oprimido; no corteja á los poderosos ni halaga á los grandes. A nada indigno se aviene, nada impropio podría alegrarle, nada injusto dejarle indiferente. Lo que atañe al prójimo, le atañe é interesa á él. Hasta su enemigo es hombre á sus ojos: le combate con lealtad, dispuesto á tenderle la mano en señal de reconciliación. El odio, el rencor no anidan en su pecho. Camina por las alturas y se alimenta de buena voluntad y esperanza. Cree en el bien y trabaja para realizarlo; cree en un porvenir mejor y le prepara con todas sus fuerzas. Su fuerza está al servicio de la justicia, y bajo su fiera armadura late un corazón heroico y bueno á la vez.

¿Hay un modelo mejor que proponerse imitar? No. Tengámosle siempre delante. Seamos soldados y seamos caballeros.

USJ BIBLIOTECA

Los caballeros del privilegio.

Acabamos de daros una serie de lecciones muy serias. Para seguir bien las ideas desarrolladas á través de esta sucesión de asuntos graves, os hemos exigido atención sostenida. Un descanso es necesario. ¿Y si nos divirtiéramos un poco hoy? No es que las cosas que vamos á considerar dejen de ser serias. Lo son mucho. Pero tienen un lado cómico capaz de excitar en vuestros espíritus dulce alegría.

Después de haberos hablado de caballería y de ideas caballerescas, quiero presentaros una clase de caballeros singular, un amasijo de gentes de todas procedencias. Su Orden es más antigua que la de los caballeros de Malta ó los Templarios; se remonta á los orígenes de la raza humana. Nada importa ser descendiente de los cruzados en comparación con la compañía que tengo el honor de presentaros: los *Caballeros del privilegio*.

El nombre que ostentan es latino. Privilegio ó

privilegium es la preeminencia concedida á uno solo ó á varios y de que gozan, con exclusión de los demás, en contra del derecho común.

Los Caballeros privilegiados pretenden, por consiguiente, hallarse fuera y por cima del común de los mortales, así como de las leyes á que todos obedecen.

¿Qué juzgáis de esa pretensión? No es floja. Pero es tomada muy en serio. Caballero viene de caballo y significa propiamente el que va á caballo. Los caballeros del privilegio van á caballo... sobre sus pretensiones. Cada uno de ellos tiene su jaquita. Sabéis lo que se quiere decir con esto. Cuando una idea extravagante aparece en la mente de alguien, se dice que ha montado en su caballo. No se necesita tener un corcel ligero, ni tan sólo de madera; un bastón sirve. El jinete le monta y se cree á caballo. Inútil es añadir que le ofenderíais gravemente diciéndole que caracolea sobre su bastón. No es un bastón, es un caballo.

Los caballeros del privilegio piensan, pues, que *vosotros* y *yo* somos una cosa y que *ellos* son otra. En términos vulgares esto se expresa así: se creen de otra madera que los demás. Creen que han salido de la pierna de Júpiter, etc.

Son toda una legión esos caballeros, y de igual modo que hay caballos normandos, percherones, árabes y de otros puntos, los hay privilegiados por el nacimiento, por la fortuna, por el cargo militar,

USJ BIBLIOTECA

civil, eclesiástico, por la juventud, por la vejez, por la enfermedad, por la pobreza.

Y por cima de todo, está el privilegio que un hombre, único, tiene por ser él. Esa idea de que por ser él debe merecernos consideraciones de que ningún otro goza, es idea muy extendida. Los comerciantes listos la aprovechan cuando dicen: esto cuesta dos pesetas setenta y cinco céntimos; pero, *para usted*, no vale más que dos pesetas cincuenta, porque se trata de *usted*.

El caballero del privilegio se reconoce, por lo tanto, en que aspira á tener una suerte especial. No le conviene lo que á los otros corresponde. Es necesario que se distinga del resto de sus semejantes, porque *él* es *él*. Confundirse con la multitud, le parece odioso. Quiere hacerse notar. Si todos llevan sombrero verde, pide uno encarnado, para no pasar desapercibido. Si llueve, es natural que todos se mojen, pero no él. Necesita estar en sitio seco. Puede perfectamente ocurrir que un territorio sea víctima de una epidemia ó de una crisis financiera. El caballero del privilegio lo juzga muy natural, siempre que él no caiga enfermo y que su bolsillo no se resienta. Si á él llegan las calamidades, entonces es el fin del mundo, ha sucedido lo imposible, ha padecido lo que todos, ¡qué abominación!

Para entrar en un espectáculo, todos toman billete, cada uno cuando le toca. El caballero del privilegio no espera á la puerta por donde entra el

público; se desliza por la de los artistas. ¿Ha pagado su asiento? ¿Por quién le tomáis? Pagar su asiento, eso es bueno para el vulgo. El ha sabido proporcionarse billete gratuito. Pero se mostrará más exigente y arrogante que todos los que han pagado.

Si ese mismo caballero ambiciona un puesto que se concede de ordinario á la antigüedad ó al mérito, hallará medio de pasar por cima de los más viejos, lo mismo que de los más merecedores, y ocuparlo. ¿Qué comparación puede haber entre él y otros competidores? ¿No está fuera de concurso? El más fuerte es el que encuentra quienes compartan su convicción.

Todos pagan contribución. El caballero del privilegio inventa pretextos para eximirse.

Pero si existe en alguna parte un favor, una distinción honorífica, una rara preeminencia, estad seguros de que la ha descubierto y de que ha procurado con asiduidad hacerla suya. Le sorprende aún mucho el trabajo que le cuesta proporcionarse una cosa que cree serle debida. ¿Cómo puede ocurrir que su superioridad no aparezca á los ojos de todos?

Los reglamentos de orden público, las consignas, las prohibiciones son para los demás. A él todo le está permitido. *Se*, se refiere á todo el mundo, excepto á él.—*Se* prohibe el paso.—*Se* suplica no fumar. Estas prescripciones atañen á la multitud. *El es él.*

USJ BIBLIOTECA

La exactitud es cosa de los demás, no suya. ¿No es natural que le esperéis? Si pensara disculparse sería contrario á toda dignidad. Pero pensar vosotros en quejaros, sería impertinencia. Y si por haberos obligado á esperarle hoy le hacéis esperar mañana, eso es salirse ya de los límites. ¡Llevar la audacia hasta creeros igual suyo!; es casi un crimen de lesa majestad.

El caballero del privilegio es, propiamente hablando, un parásito. Pero, fiel á su espíritu, es un parásito privilegiado. Todos saben que el parásito ordinario es especialista ó, si lo preferís, particularista. Jamás el piojo de la gallina elegirá domicilio en los pelos de un cochino. No se alojará en la cola de un animal si su puesto es en las patas ó en las manos. Pero los parásitos del privilegio no hacen estas distinciones. En revuelta confusión viven y pululan en todas partes; con todos los regímenes políticos, bajo todas las latitudes, en todas las clases sociales. Llevan todos los trajes, se cuelan por todas las rendijas. Hablan todas las lenguas, circulan por todos los caminos. Son el dragón de cien cabezas, el pulpo de innumerables tentáculos. Y no me sorprendería que los hubiera quizá aquí.

¿No hay, puede ser, en este sitio niños ó niñas que saben arreglárselas para no obedecer lo que está mandado y no salir perjudicados á pesar de eso? Saben medios para evitar el castigo merecido

y proporcionarse recompensas que no merecen. Se hacen servir por los compañeros, pero ellos no hacen otro tanto. Son los únicos que no se limpian los pies al entrar.

Pero cuando se trata de encontrar voluntarios para barrer la clase, ellos no se ofrecen. Si hay que hacer algún trabajo molesto, hábilmente echan la carga á los demás. Otros sacan las castañas del fuego, pero ellos se las comen.

Los Caballeros del privilegio se creen más listos que cualquiera. Según ellos, el hombre de ingenio se conoce en que prefiere recoger á sembrar, sentarse á la mesa á preparar el almuerzo, vaciar los vasos á enjuagarlos, cobrar la paga á trabajar. Dividen el mundo en dos partes, una para uso del común de los mártires, que son todos los infelices suficientemente tontos para aceptar las obligaciones, las responsabilidades, el esfuerzo paciente que exige toda clase de trabajo. Dicen aún con afectación que esa parte es muy honrosa y comprometen á los demás á cargar con ella sin quejarse. Pero no es la que ellos eligen. Se quedan con la que consiste en verse independientes de todos, en evitar el esfuerzo todo lo que puede ser, pero aprovechándose del trabajo de los demás.

Enviar á los otros á la pelea, y luego, una vez acabada la lucha, recoger los frutos de la misma y ostentar la cruz de los valientes, olvidando, por otra parte, á los que se han dejado herir y matar,

USJ BIBLIOTECA

ese es el triunfo de los Caballeros del privilegio. ¿Cómo los juzgáis? Cínicos y ridícnlos, ¿no es así? Entonces tratad de no pareceros á ellos.

Servir á dos amos.

Nadie puede servir á dos amos, ha dicho Cristo, y esta sentencia es tan verdadera que la sabiduría de los pueblos va repitiéndola todos los días á través de las generaciones. Pero, por indudable que sea, multitud de hombres obran como si la grave verdad que expresa no tuviera realidad.

Y antes que nada, están todos los que tratan de hacer dos cosas á la vez. No se trata en este caso de moral, pero sí de los límites de nuestras fuerzas.

Sorpendidos por la dificultad y los inconvenientes de dos clases de trabajo realizados á la vez, hace mucho tiempo que las gentes han dicho con el refrán: *No se puede estar á la vez en el horno y en el molino.* Todos comprenden lo que quiere decirse, y el ejemplo está admirablemente escogido. En el molino se hace la harina, en el horno se cuece el pan. El molino necesita qne alguien le cuide, porque si no se mezcla el salvado con la harina, las piedras no tienen que moler y se desgastan, dejan-

USJ BIBLIOTECA

do un polvillo que no es bueno para comer. En fin, si no se tiene cuidado de la máquina de vapor ó de la turbina que mueve el molino, pueden sobrevenir graves accidentes.

En el horno se coloca la masa y se cuece el pan. Si la masa no está expuesta á una temperatura conveniente, no fermenta lo bastante ó fermenta demasiado. Si el horno no se calienta con exactitud, el pan no se cuece, y si dejáis pasar el momento de meter en él los panes ó de sacar los que están ya cocidos, echáis á perder la hornada. ¡Qué fastidio acudir tarde y no sacar del horno más que cortezas quemadas!

Ahora bien, si el mismo individuo se encarga del horno y del molino, es necesario que esté siempre corriendo de uno á otro. Si cualquier contratiempo le detiene en el molino, el horno se apaga ó se calienta demasiado, el pan sufre las consecuencias. Si alguna contrariedad, que ocurre en el horno, le entretiene largo tiempo, el molino padece. Exasperado por tantas idas y venidas, inquietudes y quizás reprensiones recibidas á causa de los contratiempos sobrevenidos, el desgraciado, que á la vez ha de hacer dos servicios, acaba por exclamar: *¡No se puede estar á la vez en el horno y en el molino!*

Es muy natural, pero constantemente se olvida. Las personas exigentes que no entienden nada de trabajos, imaginan que los que les sirven pueden estar á la vez en el horno y en el molino.

Otros tratan ellos mismos de realizar tal esfuerzo. Para ganar más dinero trabajan día y noche y hacen dos oficios á la vez. Alumnos muy estudiosos, que desean saberlo todo, y por consiguiente aprenderlo todo, emprenden al mismo tiempo los estudios más diferentes. Recordando que César dictaba varias cartas al mismo tiempo, se dedican á imitarle en pequeño.

Pero el hombre que hace dos oficios corre gran riesgo de descontentar á dos clases de gentes, de crearse multitud de contrariedades y de no hacer ninguno de los dos. Y el que muchos estudios abarca, poco aprieta. O bien estudia las cosas por encima, ó cae enfermo á fuerza de trabajar demasiado.

Los malos trabajadores tienen de común con los trabajadores demasiado celosos el emprender varias cosas á la vez. Hácenlo así para acabar antes y revolverlo todo. Todos ellos tendrían gran necesidad de aprender que no se puede hacer bien más que una sola cosa á la vez, y que el espíritu que se divide se expone á no conseguir lo que desea. Queriendo sentarse á la vez en dos sillas, quedan en ridículo haciéndolo en el suelo entre ambas.

Réstanos, sin embargo, considerar el aspecto más grave de esta verdad. Nadie puede servir á dos amos. En rigor, espíritus excepcionales pueden seguir dos carreras en una sola vida. Y hombres dotados de actividad prodigiosa pueden trabajar por

USJ BIBLIOTECA

dos, por tres ó hasta por seis. Pero lo que no puede hacerse es ser á la vez un hombre honrado y un ganapán, persona digna de crédito y embustero. Son cosas que se contradicen y se excluyen, como caminar á la vez en dirección Norte y en dirección Sur.

Ahora bien, eso es lo que muchas gentes quieren hacer. Para agradar á éste y hacerlo también á aquél, que desea todo lo contrario, recurren á subterfugios que adolecen de falta de franqueza; eso se llama procurar estar á bien con todos, llevar carga de agua en ambos hombros. Hay caracteres de esta condición. El último que les habla tiene la razón. Semejantes al criado de Harpagón, que era á un tiempo cochero y cocinero, son á la vez reaccionarios y republicanos, ateos y creyentes, según el momento, el interés y la sociedad en que se hallan. Gentes despreciables, después de todo, y con las que nadie puede contar.

Algunos, hoy sinceros y mañana engañosos, buenos y pacíficos un día, son malos y arrebatados al siguiente, cediendo alternativamente á todos los impulsos. Su alma se divide en pedazos al choque de pasiones contrarias. Deshacen hoy lo que ayer han hecho. Sus acciones permanecen infecundas. Llegan al término de la existencia sin que su vida haya obtenido resultados. Falta de voluntad ó hipocresía, poco importa. Tienen dos vidas, una de las cuales destruye la otra.

No obstante, los más odiosos son los hipócritas. Cabezas con dos caras, cajas de doble fondo, anfibios, todo eso son. Su labor es aborrecible. Esconden sus vicios bajo apariencias de virtud. Con razón el Evangelio les ha comparado á sepulcros adornados. Por fuera flores, piedras esculpidas, todo fresco y agradable á la vista. Por dentro, no más que muerte y corrupción.

Aprendamos á unificar nuestras acciones y deseos. Y no sólo huyamos de la duplicidad, de la hipocresía intencionada y premeditada, sino cuidemos de no caer sin saberlo en la tentación de servir á dos amos.

Este peligro existe siempre que por debilidad, amor al placar ó al interés, obramos contra el deber de humanidad. El que tiene amor á la Patria ó á la humanidad en conjunto, está obligado á sacrificar todo lo que es contrario á sus intereses.

Tomemos nuestro partido. Si nos gusta la fruta del árbol, no debemos cortarle las raíces ó regarlas con cosas que las dañen. Y si nuestra familia nos es querida, si nuestro país es para nosotros digno de la mayor estimación, hemos de procurar no entregarnos á hábitos de molicie, de perdición, viciosos, que destruirían de raíz la vida de la familia y el poderío de la Patria. No se puede servir á la vez los malos instintos y las aspiraciones superiores, ser de día buen ciudadano y de noche cultivar los vicios favoritos.

USJ BIBLIOTECA

¿Se puede contar contigo?

Se pueden hacer á un individuo muchas preguntas sin cometer la menor indiscreción. Quiero hablar de las que se refieren á él mismo y no al tiempo que hace ó á la ropa que viste. Se le puede preguntar, por ejemplo, cuál es su opinión acerca de los intereses del comercio, de la política de su país, de la utilidad de la instrucción. Cabe informarse de su salud, de sus gustos y hasta de sus principios de conducta ó sus creencias religiosas. Todas esas preguntas tienen importancia, y algunas la tienen de primer orden. Si nuestros amigos nos las hacen seriamente, dan muestras de interés y nos prestan un servicio.

Pero nadie podría hacer á una persona pregunta más directa y que resuma en mayor grado todo lo que le concierne que la que figura como tema de esta lección: *¿Se puede contar contigo?*

La respuesta á esta cuestión capital es lo más positivo que puede decirse con relación á nosotros.

Todo lo demás es moralmente secundario, comparado con lo que aquí se trata. Vuestra instrucción, vuestras ideas acerca de las cosas y de los hombres, vuestra fortuna, vuestra salud, la nacionalidad, la religión, todo ello es, sin duda, interesantísimo y os toca de cerca. Pero lo esencial es que se pueda ó no contar con vosotros; es decir, que se sepa si sois un carácter, hombre moralmente firme, en quien pueda tenerse confianza. La vida y los hombres os presentarán esta cuestión todos los días, y vuestros actos responderán. Dirán lo que pesáis en la balanza imparcial en que cada uno es estimado en lo que vale.

Envío á un vecino en mi lugar para hacer una comisión de confianza. Se trata de arreglar un negocio, comprar una granja con tierras y ganado. Sería preferible, indudablemente, que fuera yo en persona; pero mi salud no me lo permite. Para enviar á otro, es preciso que le dé instrucciones. Entre ellas figuran datos que sólo yo conozco, porque me conciernen. El principal de todos es éste: la granja tiene para mí tal valor, por los recuerdos personales que á ella se refieren, que no sólo la quiero, sino que la deseo aunque me cueste mucho. Si pierdo el tiempo, otro podría comprarla. Por otra parte, no quiero que me exploten haciéndomela pagar demasiado cara, y el asunto exige tacto, pero sobre todo honradez.

Mi representante va allí. Si es hombre honrado,

USJ BIBLIOTECA

como de ello estoy seguro, obrará como lo haría yo mismo. Arreglará el asunto del modo mejor para mis intereses; medirá con cuidado las tierras, examinará las edificaciones, las cuadras, para calcular todo en su justo valor. Mis ofertas serán ventajosas para el vendedor, y el asunto quedará arreglado.

Pero si me engaño en mis cálculos, he aquí, por ejemplo, lo que resultará. Pagará por todo mucho más de lo que vale, y el vendedor le dará buena comisión. Habré confiado mis intereses á un hombre con quien no podía contarse.

La vida está llena de ejemplos de este género. Enumeremos: el peón caminero se obliga á cuidar la carretera; el guardia de orden público, á vigilar en la ciudad; la lavandera, á lavar la ropa; el panadero, á tener pan á la venta; el carnicero, carne; el de la tienda de comestibles, géneros, todo de buena calidad. El médico se compromete á cuidar de los enfermos, el juez á hacer justicia, el soldado á estar en su puesto, y así sucesivamente.

Si se puede contar con ellos, todo irá bien. Tendremos buenas carreteras, ciudades bien vigiladas, ropa bien lavada, pan, carne, comestibles escogidos; nuestros médicos serán cuidadosos, nuestros jueces íntegros, nuestros soldados valientes.

Pero si tenemos que habérnoslas con un personal con el que no se puede contar, el peón dormirá en los terraplenes, la policía no vigilará los pasos

de los malhechores, las lavanderas estropearán la ropa ó la robarán, el panadero engañará en el peso y calidad de su mercancía, y lo mismo harán el carnicero y el de la tienda en lo que les toca. Los médicos verán en nosotros enfermedades que no padecemos, los jueces se dejarán corromper y los soldados huirán ante el enemigo. No se podrá contar con nadie. Y la vida social se parecerá á una casa en que piedras, hierro, madera, yeso, por su mala calidad, por estar mal unidos por obreros negligentes, hacen que la casa se derrumbe.

Os habéis hecho alguna vez esta pregunta: ¿Se puede contar conmigo? Sois hijos. ¿Pueden vuestros padres contar con vosotros? ¿Los amáis? ¿Los respetáis? ¿Cuando seáis mayores, recordaréis que os han cuidado de pequeños? ¿O sois de aquellos con los que no puede contarse?

Sois estudiantes. ¿Pueden vuestros maestros contar con vosotros? ¿No les engañáis aparentando escuchar cuando vuestra mente vaga por otras regiones? ¿Pagáis con un poco de cariño el trabajo que se toman para instruíros? ¿Cosecharán en los campos de vuestro espíritu algunas gavillas, fruto de su trabajo y del vuestro, ó no encontrarán más que zarzas, cardos y ortigas?

Sois compañeros. ¿Podrán los demás fiarse de vosotros? ¿Os inspiran interés? ¿Si les ocurre alguna desgracia, lo sentiréis? Si están en peligro, ¿vendréis en su ayuda? ¿Si necesitan de vosotros,

USJ BIBLIOTECA

les prestaréis auxilio y cuidados? ¿O sois gentes sin corazón, egoístas, cobardes, sin fe ni ley?

No puede decirse que cuestiones tales no os conciernan ni deban seros presentadas. ¿Qué os preguntáis si no os preguntáis esto? Haced, pues, examen de conciencia. Penetrad en vuestro interior. Evocad vuestros recuerdos. ¿Habéis respondido hasta aquí á la legítima confianza de los que os conocen? ¿Se puede contar con vosotros?

Contar, recuerda los números. El hombre es como un número. Figura en el conjunto de la vida como cifra de una suma. Cuando cada cifra se mantiene en su columna, sorprende muchas veces la buena cantidad que resulta al sumar. Pero cuando los números son pocos, en vano se alarga la fila, las sumas no son lo que esperamos y decimos: ¿cómo, no es más que esto?

¡Cuántos hombres son cifras sin valor! Se les espera y no vienen. Han hecho una promesa y no la cumplen. Han recibido una orden y no la respetan, aceptado trabajo y no lo ejecutan.

El antiguo Profeta habla de nubes sin agua y de cisternas horadadas.

Cuando el labrador, en verano, ve sus tierras secas y sedientas, saluda con alegría las nubes que aparecen en el horizonte; pero si pasan, vapor estéril y que no deja caer lluvia, sufre una decepción.

La cisterna se hace para conservar el agua. Si está resquebrajada, el agua escapa, y el viajero lo

mismo que los rebaños sólo encuentran piedras, hojas caídas y polvo allí donde soñaban calmar su sed.

Niños, sed hombres con quienes pueda contarse como se cuenta con el agua en la cisterna bien construída y que la guarda fresca.

USJ BIBLIOTECA

Estar dispuesto.

Palabras muy pequeñas traen consigo grandes cosas, como aquella barquilla de César de que la Historia nos habla y que, frágil y perseguida por la tempestad, no dejaba de llevar un gran destino. Sabéis que al piloto, aturdido por la furia de las olas, apostrofó el gran general en estos términos para animarle: «No temas, llevas á César y su fortuna». La palabra *dispuesto* es también barquilla de poca apariencia en la que van bienes de inmenso valor.

Hay días en que el destino de los hombres, como el de los pueblos, depende únicamente de que estén ó no dispuestos. He aquí, pues, una palabra cuya significación va á interesarnos é instruirnos, si queremos dedicarla la atención que merece.

Estar dispuesto significa muchas cosas y responde á multitud de ideas y de realidades. Vamos á seguir dos series principales de hechos en que esta palabra nos hace pensar. Ante todo, estar dispuesto significa esperar los acontecimientos y preverlos, estar, por lo tanto, preparado para hacerles frente.

Algunos pasan la vida sin ver más allá del momento presente, pero las horas traen muchas veces dones inesperados ó súbitas desgracias. La vida concede mucho á lo imprevisto. No contando con ello se hacen mal los cálculos.

Pero, preguntáis: ¿cómo se puede estar dispuesto á recibir aquello de que no se tiene idea?

Voy á decíroslo. Para eso hay que imitar á los dueños de *restaurants* que son previsores. No más que vosotros y que yo saben el viernes si el domingo hará buen tiempo. Pero adoptan medidas para aprovechar las ocasiones maravillosas que puede presentarles el buen tiempo, trayéndoles muchedumbre de parroquianos. Hacen provisiones, las guardan, previenen personal de refuerzo, que esté dispuesto al primer aviso. Tan sólo, se las arreglan de manera que, en caso de mal tiempo, las provisiones no se les estropeen. Cualquiera que sea entonces el estado del cielo, están dispuestos en consecuencia.

Prever el mañana sin temerle, no dormirse con esperanzas excesivas, es sabiduría conveniente que hay que adquirir desde el principio de la vida. Estad dispuestos, queridos niños, á ver un jueves bueno ó un domingo radiante, y á jugar al sol gozando de vuestra libertad. Estad dispuestos, no obstante,

USJ BIBLIOTECA

á ver que el día amanece entoldado, amenazador ó lluvioso, de suerte que sea imposible salir. No es necesario que vuestra alegría dependa de un rayo de sol.

Demasiadas gentes están á merced de los acontecimientos, insuficientemente armados para verles venir, cualesquiera que sean. Si dicha inesperada llama á su puerta, han salido y no pueden recibir su visita; sus almas apagadas y tristes semejan á las moradas en que llamase un huésped y no encontrase fuego encendido, ni cama hecha, ni con qué restaurar las fuerzas. Si sobrevienen sucesos tristes, todo cae por tierra; pierden la cabeza. Tal es, no obstante, la inconstancia de la vida, que si no somos capaces de sufrir la pena como la alegría, ambas nos harán daño y llegaremos al término de la existencia sin haber sido lo que debíamos.

El mismo cuidado que nos da armas contra lo imprevisto, nos sirve admirablemente en los casos en que prever es fácil. Si tenéis que pagar una deuda el 15 de Abril, podéis, desde el 15 de Febrero, estar seguros de que pasados dos meses habréis de pagar. Si habéis sembrado cebada en Marzo, podéis esperar cosecharla en Agosto. Y si habéis puesto leche á la lumbre, disponéis justamente de unos minutos para ir á la bodega ó al granero. Pero volved, no os entretengáis charlando por el camino, para estar á tiempo cuando la leche suba. De otro modo se derramará inútilmente sobre la lumbre.

Hay gentes que nunca están dispuestas. Cuando hiela, las cañerías se les rompen; no han cortado el agua á tiempo. Cuando deshiela, los témpanos se llevan las cosas que han dejado en el río sobre el hielo, como si el hielo hubiera de ser eterno. Si son cazadores, la escopeta les falla; si son cocheros, los caballos pierden las herraduras en el camino, cuando hay prisa en llegar por haber salido demasiado tarde. Las ruedas se les recalientan por no haberlas engrasado. Si son soldados, pasan la mitad del tiempo en el calabozo, por holgazanes, negligentes ó aturdidos, que dan lugar á que el servicio se resienta por algún lado.

¿Habéis visto, en los cuarteles donde están nuestros valientes bomberos, las disposiciones adoptadas para que, en caso de alarma, hombres, caballos, carruajes, aparatos, todo esté dispuesto en un abrir de ojos? A la primera señal, todo se mueve, funciona y el destacamento de guardia acude al fuego á todo escape. Eso es lo que se llama estar dispuesto.

Pero significa todavía otra cosa, y aquí tocamos la segunda serie de ideas. Estar dispuesto quiere decir ser resuelto, estar bien preparado. Es algo que ocurre en el espíritu y que tiene capital importancia. En vano están dispuestos todos los medios si el espíritu falta.

La hoz está afilada, seca la mies, son los largos días de Agosto de sol ardiente. Pero si el hombre

USJ BIBLIOTECA

que ha de aprovechar todas esas cosas es perezoso, borracho, amigo de pasear, ¿de qué sirve que todo esté dispuesto menos él? La hoz se oxidará colgada y la cosecha se pudrirá en el surco.

El hombre de bien está siempre dispuesto para su trabajo. Espera, resuelto, á que llegue la hora de entrar en juego. No pide más que eso. El deber le llama, él responde: *¡Presente!*

Las dificultades no le asustan, lo imprevisto no le sorprende; está á disposición de la voz que le llama. En una palabra, tiene buena voluntad. Es fusil que dispara, reloj que marca la hora, pan que alimenta, agua que calma la sed. Siempre está dispuesto á prestar el servicio que, legítimamente, cabe esperar de él.

Para ser realmente bueno, hay que estar de antemano dispuesto á marchar, si la consigna lo exige. Los que no han preparado sus espíritus, como la pólvora seca está dispuesta á hacer explosión, son desgraciadamente muchos. En lugar de buena voluntad, tienen el corazón vacilante. Ó, aun cuando estén dispuestos, es en el mal sentido de la palabra, es decir, dispuestos á huir, á desertar, á evitar el esfuerzo, el peligro, las tareas nobles y penosas. Almas de fugitivos que siempre buscan alguna salida para escapar en ocasión conveniente. No seamos de esos seres cobardes. Preparémonos todos los días mediante la exactitud y la fidelidad en las cosas pequeñas, para estar preparados en las ocasiones decisivas, para los momentos en que el hombre ha de demostrar lo que es, abandonándolo todo, acudiendo adonde le llama la trompeta del deber.

USJ BIBLIOTECA

Trabajo perdido.

Niños, os mostramos la Humanidad para que la améis, y para que, orgullosos de pertenecer á ella, obréis como miembros activos de la gran familia, joven y vieja, rica y pobre, miserable y magnífica. Ahora bien, de todas las hojas que pueden volverse del libro en que se aprende la verdadera sabiduría humana, formada sobre todo de valor, ternura y confianza, no hay otras más instructivas que el trabajo perdido. Parémonos y escuchemos con ánimo atento lo que nos dice esa hoja.

Nadie ama el trabajo y todos le han conocido, le necesitan. Por raciocinio, varias personas se someten á él y le aceptan libremente. Se esfuerzan. Estáis en la escuela y sabéis, por consiguiente, lo que quiere decir esforzarse. Es trabajar, no ahorrar fuerzas, dedicarse á la labor con la mejor voluntad. La gran escuela llamada vida exige también que nos esforcemos. Pero los que lo hacen, esperan ver los resultados. El trabajo es semilla cuyos frutos se desean. Esta esperanza sostiene al que trabaja.

El éxito le anima. Una vez que ha vencido y cosechado contento allí donde había usado de esfuerzo, el hombre vuelve valerosamente á la labor, toma sobre sí nuevos trabajos, mantenido por nueva esperanza.

Pero se encuentra con que ciertas semillas no germinan y ciertas cosechas no llegan á punto de sazón. El labrador teme los años malos, el granizo en verano, la helada en primavera, las inundaciones y las tormentas. Estos temibles enemigos aniquilan su trabajo.

Y en la vida de cada hombre ocurren casos semejantes. El maestro que enseña pierde su esfuerzo si da con malos discípulos; el discípulo que aprende, si la labor es demasiado difícil, ó si, después de haber redactado cuidadosamente su trabajo, dibujado un mapa, por casualidad se le caen en el barro ó se derrama encima un tintero. El ingeniero, ve malogrado su trabajo, y con él los trabajadores todos reunidos á su alrededor, si un golpe de mar arrastra el dique que han levantado, ó si la avalancha barre á su paso lo que llevan construído. El hombre pacífico y bueno trabaja en balde, si tratando de reconciliar á enemigos encarnizados, hace gestiones, escribe cartas, se acuesta tarde repitiendo palabras conciliadoras á oídos sordos.

Nuestras vidas están llenas de trabajos perdidos, cosa muy dura de sufrir, pero que hemos de llevar con paciencia. No conseguimos hacerlo con

USJ BIBLIOTECA

valor si no nos hemos acostumbrado á ello en largo y severo aprendizaje. El primer impulso de la mayor parte de los niños y de los hombres, que son niños en este punto, es, como se dice, echarlo todo á rodar. Podéis ver lo que ocurre: un leñador está partiendo madera, y ya ha hecho varios pedazos. La tarea avanza y todo va lo mejor posible. De pronto, al impulso de un golpe dado con gran fuerza, el hacha se sale del mango y cae muy lejos, con tanta desgracia que se sumerge en un pozo.

¿Qué hacer? Sacar el hacha valiéndose de medios adecuados, y, esto hecho, colocarla de nuevo en el mango. Pero sería labor larga, imposible quizá. Entonces, malhumorado por ver su trabajo interrumpido, perdido el tiempo, el instrumento en el agua, el hombre coge el mango y le tira también al pozo.

¿Qué os parece? Es pueril, loco. Si el hacha se ha perdido, queda el mango, que es algo, que representa dinero y trabajo; ¿á qué desprenderse de él no más que para aumentar las pérdidas? Pero, en tal caso, las gentes no razonan, sino que se dejan llevar de sus impulsos. ¡Cuidado, si nos ocurre haber trabajado en balde! No nos enfademos, pues no serviría más que para aumentar el daño sufrido. No nos desanimemos tampoco. Calculemos qué es lo mejor que podemos hacer.

Recorriendo la historia, se lee, con respecto á determinados generales, esta observación: «Jamás

había conocido más que el éxito; la primera derrota le produjo tanta sorpresa que perdió la sangre fría, y desde aquel día no hizo más que cometer faltas». Quiere decirse, que para ser realmente buen general, hay que saber sufrir la derrota. Soportar un fracaso, impedir que llegue á adquirir proporciones de catástrofe; cuidar de no perder á un tiempo la batalla y la cabeza; conservar firmeza y tranquilidad y hacer que las conserven las tropas; cubrir la retirada; retroceder, pero no huir, todo eso forma parte del arte de la guerra.

Hay discípulos muy buenos que desfallecen por haber obtenido una mala nota, fracasado en un concurso ó en un examen. Es cosa accidental, pero ellos lo consideran una calamidad, un desastre, una deshonra. Su imaginación se desboca.—¡Veamos, un poco de buen juicio y tranquilidad! Las cosas no salieron bien en esta ocasión; en otra saldrán. Sepamos volver á empezar, es el secreto de las obras grandes. La misma naturaleza hace muchos ensayos infructuosos. No todos los frutos maduran, no todas las semillas dan espigas. Pero la invencible paciencia que hay en el fondo de la labor universal, no permite llegar al desaliento.

Para decíroslo de una vez, os confirmo, que entre todos los trabajos, los que más me interesan son los perdidos. Me llegan al corazón. Su infecundidad es una razón más para que me conmuevan. Confesad que, si el éxito es brillante, en él hay muchas cosas

USJ BIBLIOTECA

mezquinas. La suficiencia de las personas á quienes todo resulta bien, la tendencia á atribuirse el mérito de sus triunfos, la altivez de los advenedizos y de los satisfechos, malogra para nosotros muchas veces la alegría del triunfo.

Y, por otra parte, ¿no tienen su recompensa todos los que recogen buenos frutos de sus esfuerzos? Nuestra admiración no es más que el adorno de su triunfo. Concedámosla sin regateos; pero conservemos la parte mejor de nuestra simpatía para los despojados, los vencidos, para los que se han esforzado en balde.

Entre ellos están los corazones más valientes, los genios más grandes, los mejores entre los mortales. Mártires, crucificados, exterminados, han muerto sin triunfar. Como los unos duermen sobre sus laureles, ellos duermen sobre la dura almohada de sus infructuosos esfuerzos.

¿Son éstos, en realidad, verdaderamente perdidos? No lo creo, y aun afirmo que no. Con el sacrificio de todos los héroes oscuros ó ilustres, caídos en el surco en que en apariencia trabajaron sin fruto, se forma para la humanidad un *capital* de gloria, de fuerza, de vida más elevada. ¡Gloria á los vencidos! Honremos, piadosos y conmovidos, las reliquias de sus existencias arrojadas al crisol para bien de todos. Si conocéis la aflictiva experiencia del trabajo perdido, recordad que ella os invita á fraternizar con lo más hermoso que la Humanidad produjo.

LA BASE DE TODO

Honra á tu padre y á tu madre.

USJ BIBLIOTECA

Honra á tu padre y á tu madre.

Observando, días pasados, cuatro gatitos que al lado de su madre se entregaban á sus graciosos juegos, di con una lección excelente para los niños. Aquellos animalitos me parecieron muy dóciles para ser, como son, dados á las más locas distracciones. Todo el día le pasaban moviéndose, corrían de un lado para otro, se escondían y se abalanzaban por ver cuál sería el primero en subir al cesto. Pero á la menor señal de la madre, variaba la escena y todos se retiraban en buen orden.

Semejante autoridad me llenaba de admiración. Y me decía: en el fondo, esos gatitos están bien inspirados al respetar de tal manera á su madre. ¿Quién les quiere mejor? ¿Quién mejor que ella puede saber el riesgo que corren y lo que han de hacer? Nadie, seguramente. Aprobaba por completo lo que hacían, y os los pongo como ejemplo.

El gato es gato y el niño es niño. Pero el primero puede, no obstante, servirnos para dar lecciones al segundo. Naturalmente, hay que transportar la lec-

USJ
BIBLIOTECA

ción del dominio gatuno al humano. En punto á independencia, soltura, libertad de movimientos, el gato no cede á ningún animal. Y, no obstante, ved cómo se doblega á la disciplina en su primera edad. Los pájaros, más tarde libres de toda traba, empiezan también por estar sometidos en el nido á la más severa disciplina. Salir, comer cuando no es el momento ó no les toca hacerlo, abandonar el nido antes de la hora oportuna, todo les está prohibido. Lo mismo ocurre con la mayor parte de los seres que pueblan el mundo; en su primera edad están sometidos á severas reglas. La Naturaleza entera, por el instinto que anima á las bestias y sobre todo á las más inteligentes, nos enseña la sumisión de los hijos á los padres. Con mayor razón ese sentimiento debe existir entre los humanos, que tienen historia, recuerdos, conocimientos, todo un patrimonio de trabajo que transmitirse.

No os sorprenderá, por tanto, que os proponga, como divisa de vuestra juventud, la frase vieja y venerable: *¡Honra á tu padre y á tu madre!* Tal como el faro que ilumina al navegante, esa frase debe alumbrar el camino de todos los hombres en el comienzo de su vida.

¡Honra! ¿Qué quiere decir esta palabra? Es un verbo en imperativo; luego es un mandato. Puede ser también simple consejo, sabia advertencia. Es, en suma, todo esto.

Todas las indicaciones mejores que pueden hacerse á un niño se encierran en esta palabra. Su significado es amplio é interesante. Se dirige á lo mejor que hay en nuestro sér, y expresa uno de los sentimientos más puros, más intensos y elevados que puede experimentar el hombre. Honrar quiere decir venerar, respetar, rodear de consideraciones y muestras de estimación.

Hay cosas que se hacen á ciegas, como, por ejemplo, andar sin saber dónde se va y sin cuidarse de por dónde se pasa. Pero no se podría *honrar* á una persona sin darse cuenta del por qué. Honrar es acto inteligente, voluntariamente realizado, porque para ello hay buenas razones y porque nos impulsa fuerte sentimiento. Es también acto dichoso, libre, que llena de satisfacción el ánimo. Cuando miráis las lindas flores que doblan sus tallos al sol y le sonríen, comprendéis que son las hijas de aquel astro que con perfecta alegría devuelven á su padre los rayos de luz con que las ha embellecido. Le deben la vida, la belleza, y se la ofrecen en homenaje. Honrar lo que es merecedor de este sentimiento es devolver á su punto de origen un rayo de luz que ha llegado á nosotros. Honrar el genio cuyos esplendores nos han conmovido; honrar el valor de que una manifestación nos ha entusiasmado; honrar el trabajo perseverante, cuya vista nos ha llenado de admiración, es para nosotros una necesidad, un deber, un goce.

La manera cómo crecemos al lado de nuestros

USJ BIBLIOTECA

padres debe inclinarnos naturalmente á experimentar hacia ellos vivo cariño mezclado con perfecto respeto. Los amamos porque han sido los primeros en querernos y porque nos han dado todo lo que poseemos. Los respetamos porque somos pequeños, ignorantes, porque carecemos de experiencia y porque representan para nosotros la experiencia y la sana energía que sólo se aplica á practicar el bien.

Son innumerables *las razones para honrar á nuestros padres*. Por su bondad, por el trabajo que realizan en nuestro obsequio, merecerían ya las mayores deferencias. ¡Pero tienen, además, á nuestros ojos tantas excelencias que nada puede sustituir! Ningún hijo querría cambiar de padres. Son, para cada uno de nosotros, lo mejor del mundo. Basta apartarse de su lado para darse cuenta de que nadie puede igualarlos en lo que con nosotros hacen. Si lejos de la casa paterna, encontramos gentes que nos den muestra de interés ó afecto profundos, decimos que hacen con nosotros lo que harían nuestros padres, y con eso lo decimos todo. Desde que hay hijos en el mundo, los nombres padre y madre han crecido sin cesar en la estimación y la memoria de los hombres. Nunca se ha dado con expresión más alta para significar la bondad, la ternura, la solicitud, la severidad amante y la indulgencia clarividente. Todos los títulos honoríficos y las glorias todas se eclipsan ante esos

nombres que balbucean los niños pequeñitos, y que nosotros, los mayores, pensando en aquéllos de que seguimos siendo hijos, aun cuando blanqueen nuestros cabellos, repetimos con más fervor á medida que avanzamos en edad. Esos nombres son eternamente sagrados. Cuando Cristo quiso humanizar la religión, dió á Dios el nombre de Padre. En sus presentimientos más altos de lo desconocido sublime que vive y obra en el fondo del universo, los hombres le han llamado Padre. Es la apoteosis inmensa y luminosa de los sentimientos que, en millares de generaciones, los hijos de los hombres han experimentado con respecto á sus padres.

Honrando á vuestros padres no mostráis solamente reconocimiento individual y cariño, sino que os sumáis al alma universal de la humanidad, honráis todo lo que han honrado los hijos de todos los tiempos y de todas las Naciones. Experimentáis el sentimiento más justo, más humano, más capaz de fortalecer y purificar vuestros corazones. Por el solo hecho de honrar á vuestros padres, se reconoce que sois buenos. Muestra lo que valen niños y hombres, es indicio de su perfección moral.

Por inteligente, hábil, maravillosamente dotado y culto que sea un hombre, por notable que sea un estudiante, si no honran á sus padres, su carácter es defectuoso, su centro vital está dañado. En la persona que no experimenta respeto filial á sus padres, aun modestos, aun faltos de ciertas cualida-

USJ BIBLIOTECA

des, los talentos mayores serían como corona ceñida á las sienes de un Rey muerto. La falta de la cualidad principal no haría sino que resaltase más la vanidad de las otras cualidades. Pero hay una observación que todos pueden hacer en la vida, y es el respeto y adoración que sienten por sus padres los individuos de gran valía. Con frecuencia la vida les ha elevado muy por cima de la condición en que nacieron. Son más instruídos, más cultos, tienen más influencia que sus padres. Estos son buenas gentes, pero oscuras; ellos son ilustres. Pero miradles cuando se acercan á sus padres ó les hablan. Se comprende que su corazón entero ha permanecido fiel á los viejos queridos y que les quieren como se quiere un tesoro. Nada conmueve como ver á un hombre fuerte, notable, apreciado por su talento, temido por su poder, inclinarse ante una viejecita, abrazarla y llamarla madre. Un hecho como ese, queridos niños, debe serviros de instrucción y de guía. Los hombres mejores son los que más honran á sus padres. Contempladlos y seguid su ejemplo.

Vamos, en dos cuadros que contrastan, á exponer lo que sucede cuando los hijos honran á sus padres y cuando no los honran.

Cuando los hijos honran á los padres.

El orden engendra el orden; el desorden sólo el desorden concibe. Uno de los más graves desórdenes que puede haber en la vida de familia es la falta de respeto de los hijos á los padres. Y de haberlo en los ánimos nacen multitud de hábitos destructores de toda buena organización. Bien lo veremos cuando penetremos en las entrañas de este triste asunto.

Pero si los hijos respetan y veneran á sus padres, pronto se doblegan á la ley que rige la casa. Por pequeña que ésta sea, necesita estar arreglada. Allí donde varias personas quieren hacer vida en común, sólo lo logran observando sus mutuos deberes. Levantarse á su hora, y volver con puntualidad de la clase ó del juego; contribuir á que en el domicilio común cada cosa ocupe su puesto; adoptar precauciones para no hacer nada contrario á la limpieza, á la salubridad, al silencio del cuarto que se ocupa, y esforzarse, por el contrario, en

USJ BIBLIOTECA

mantenerlo todo en el mejor estado posible, y hacer agradable á todos la estancia en ella, es lo que hacen los hijos que honran á sus padres. Porque el deseo de éstos es que la casa ó la habitación que sirven de abrigo á la familia sean gratas y habitables, y eso depende del genio de los que la ocupan. Si es bueno, resulta agradable, á veces deliciosa, la habitación más modesta. Todos la aman y se sienten orgullosos de ella. *Esta es nuestra casa*, piensan; es necesario que su aspecto haga honor al que la habita.

El respeto á la casa y al gobierno de la misma es el primero y excelente resultado de los buenos sentimientos de los hijos con respecto á los padres. Cuando así ocurre, todo marcha bien. Entra y sale cada cual, come, se ocupa de su trabajo y todo se hace en paz y armonía. La pequeña colmena funciona bien y próspera. Todos son felices.

Si honran á sus padres, resulta que además los hijos se quieren unos á otros. ¿No son hijos del mismo padre? ¿No les quiere á todos igual la madre? ¿Entonces, á qué disputar? El mal que se hicieran entre sí, lo harían también á su madre; y procediendo bien en sus relaciones fraternales, harán felices á los padres. Para éstos, lo esencial es tener buenos hijos que quieran vivir juntos, acordes y honrosamente ocupados. Cuando lo consiguen, no tienen por qué quejarse. Y si no lo logran, ¿de qué sirve tener dinero en el bolsillo, ni caballos en

la cuadra? ¿Cabe disfrutar si los hijos no son motivo de satisfacción?

Supongo que llegan momentos malos, graves acontecimientos en una casa en que los hijos honran á sus padres. ¿Qué ocurrirá? Por el hecho de que las circunstancias han venido á ser contrarias, todos se portarán mejor todavía. Se arrimarán unos á otros, más obedientes y con más cariño, y se verá que los malos tiempos se sobrellevan con menos dificultad, se lucha con mayor tesón con la desgracia, cuando todos caminan y piensan como un solo hombre. En ocasiones, la unión en las familias es causa de que los malos tiempos dejen buenos recuerdos, porque, una vez pasada la tormenta, sólo se recuerdan los esfuerzos comunes que se han hecho para resistirla y las pruebas de cariño dadas por todos. Ahora bien, eso constituye la vida verdadera, hermosa, noble y tal como debe ser.

Admitamos que aparezcan divergencias entre hermanos que honran á sus padres. Estos tendrán poder suficiente para reconciliarlos, porque sus palabras serán escuchadas, y aun cuando sólo fuere por no causarles tristeza, las juveniles cabezas exaltadas mejorarán en el modo de pensar y se perdonarán mutuamente sus culpas.

Figuraos ahora que esos hijos crecen y se distribuyen, fuera de la familia, en la vida social. Llevarán á todas partes adonde vayan las buenas tradiciones. En casa aprendieron á ser probos y orde-

USJ BIBLIOTECA

nados, amables y sinceros. También son buenas esas cualidades fuera del hogar. No hay riqueza que las iguale. Todos prefieren relacionarse con hombres rectos, respetuosos, que sepan gobernarse por sí mismos y guarden consideraciones á los demás. No solamente los buenos los aprecian, sino que los pillos, los embusteros, los destemplados, hasta los ladrones los prefieren á sus semejantes.

Notad que ningún ladrón gusta de ser robado, ningún embustero engañado, y que aun á aquel que guarda menos consideraciones al prójimo, le agrada ser bien tratado por los demás. Por tanto, si habéis aprendido á hacer vida honrada bajo el techo paterno, seréis apreciado en todas partes. Serviréis además, para corregir á los otros, y vuestra presencia será útil á cuantos os rodeen.

Si se os confían intereses, cuidaréis bien de ellos, lo mismo que haríais con los propios. No os será indiferente desempeñar bien ó mal el puesto que se os asigne. En la escuela como en el taller, en cualquier situación, haréis honor á los padres que os han llevado. Y si desgraciadamente los habéis perdido, querréis honrar su memoria siendo siempre buenos. No hay institución civil ó militar, política ó religiosa, que no gane asociándose hombres penetrados del respeto á los padres. Y el país entero no puede menos de prosperar si ese espíritu se propaga entre los ciudadanos.

Haber aprendido en el hogar á respetar á los superiores en la persona de los padres, á los iguales en la de los hermanos, constituye excelente preparación para la vida del ciudadano. La ciudad no es sino ampliación de la familia. El espíritu de sacrificio, de orden, de economía y de respeto es origen de lo que se llama espíritu público, en el mejor sentido de la palabra. Obsérvense las leyes, cuide cada cual de los derechos de sus conciudadanos, no trate de explotarlos ni de hacerles mal, recuerde mejor las acciones amables que las injurias, y no olvide nunca que todos los individuos de una nación tienen, como los hijos de la misma casa, una madre común: la Patria. Son hechos y consideraciones que atañen á los órganos mismos de la vida nacional. El país cuyos ciudadanos están animados de semejantes intenciones puede considerarse feliz. Nunca habrá demasiadas gentes de esa clase. Es de interés general é interesa á cada uno en particular que su número aumente. El mejor vino procede de Francia, la mejor cerveza de Alemania, las pieles más hermosas de los países del Norte, y los hombres mejores de las familias en que los hijos son educados en el respeto á los padres. Porque éstos personifican la tradición, la ley, el orden, la autoridad justa y necesaria, la justicia afectuosa. El que honra á sus padres está dispuesto para todos los grandes sentimientos que sostienen á la Humanidad. El culto á los antepasados, á los héroes, á los recuerdos piadosos y las venerables

USJ BIBLIOTECA

tradiciones, hallan en su corazón terreno bien dispuesto. No hay nada grande que no le encuentre dispuesto á pagarle tributo de admiración; no hay ley, regla sabia y firme que no esté dispuesto á seguir, ni sacrificio que no se halle preparado á realizar. Se ofrece á la Patria con espíritu filial, y se dirige á sus conciudadanos como á hermanos.

Comparo el buen espíritu de familia que hace honrar á los padres con una materia prima de superior calidad. Todo lo que de ella se saca resulta bueno. Por ejemplo, una madera buenísima: vigas, entarimado, pies derechos, escalones, muebles, andamiajes, herramientas, todo lo que fabricáis con ella resulta excelente. La coloquéis donde queráis, os hará honor. Es fuerte, agradable á la vista, no la daña ni el frío ni el calor, resiste los golpes y el uso. ¡Es una buena madera!

Honra á tus padres y serás de la madera en que se tallan los buenos obreros, los negociantes honrados, los industriales atrevidos, los soldados valientes, los artistas entusiastas, los sabios escrupulosos, los espíritus nobles, las almas justas, todo lo que hace á un país fuerte, todo lo que da gloria á un pueblo.

Cuando los hijos no honran á sus padres.

Allí donde los hijos no honran á sus padres, resulta, ante todo, la casa desordenada. No hay obediencia ni disciplina. Los padres hablan, los hijos no escuchan. Las madres arreglan las cosas, los hijos las desarreglan. Los padres trabajan, los hijos no quieren hacer nada.

Entrar y salir, comer, vestirse, dormir, todo lo hacen los hijos á la hora que les place. No respetan la casa ni el gobierno de la misma. Cada cual vive para sí, como si los demás no existieran. A nadie se guardan consideraciones. Se oyen palabras de este jaez: *¡Aquí estoy, hacedme sitio! ¡Hablo yo, que callen todos! ¡Os molesta que vuelva tarde y haga ruido, tanto peor, á mí me divierte; no querréis que me moleste por vosotros!*

Si en casa tal hay un abuelo ó una pobre abuelita, se lamenta que vivan. Los pillos de sus nietos los pisotearán antes que saludarlos. Y si por casualidad los viejos quieren abrir la boca, para dar un

USJ BIBLIOTECA

consejo ó hacer una advertencia, los jóvenes se encargan de hacérsela cerrar. ¡No serán ellos los que se inclinen ante las canas! Cuando ese mal espíritu se padece en una casa, los resultados se ven de lejos. La falta de respeto á los padres trae consigo igual sentimiento para con la casa. Esta última es vilipendiada de todas suertes. Es una caverna, un antro, una madriguera. Todos son á desarreglar y nadie á arreglar. Si entre semejantes salvajes hay un alma buena y justa, padecerá perpetuo martirio. Sus instintos respetuosos se verán contrariados sin cesar.

Nadie, por lo demás, estará á gusto en el hogar. Paredes y muebles reflejarán el carácter grosero de sus habitantes. Admitamos que sea la morada de gente acomodada, lujosa si queréis. No ofrecerá ningún encanto. El alma de los que la habitan da encanto á la casa. No se estará á gusto en aquellos sillones, cómodos por lo demás; entre los muebles elegidos con esmero revolotearán palabras malsonantes y recuerdos ingratos. Todo será testigo de una tristeza, de una negativa á obedecer, de una falta de cariño. ¿Cómo poder vivir allí? Nadie lo quiere.

Los hijos que no honran á sus padres no se entienden entre sí. El que no tiene en cuenta á sus progenitores, ¿cómo ha de considerar á los hermanos? ¿Qué le importa que sean hijos de padres que él mira con indiferencia? Con hijos tales, faltos de

bondad, de miramientos, que desprecian cualquier consejo, siempre se es pobre, aun cuando se tengan millones. Son llaga abierta é infecta que hace padecer todos los días.

Si llegan malos tiempos, todo empeora. Cuando la desventura entra en una casa en que no hay gobierno, hace temibles destrozos. No se sostienen ni animan los unos á los otros. Los hijos acusan á los padres ó pelean entre sí. Cualquier dificultad fácil de vencer se cambia en obstáculo insuperable; un contratiempo se torna en calamidad. La vida se hace un infierno en que se gastan mutuamente las fuerzas, llenándose de amarguras y malas intenciones.

Si los hijos disputan, al cambiarse ofensas de una y otra parte, las disputas no pueden acabar, las ofensas se hacen irreparables. No escuchándose la voz de los padres, los rencores ya no tienen freno. Nace el odio entre los hermanos, y todos saben que los hermanos que se odian son los enemigos peores.

Dejad que esos hijos crezcan. El mal espíritu que los animaba en el hogar les acompañará por todas partes. Llevan consigo el desorden, la falta de respeto, de amabilidad, de corrección. Esos defectos les acompañarán y harán estragos en donde quiera que los coloquéis. En la escuela, serán alumnos insubordinados. El que no escucha á sus padres no atenderá al maestro. Y serán malos compañeros.

USJ BIBLIOTECA

¿Cómo queréis que el que ha vivido mal entre sus hermanos, viva bien entre los extraños? En el taller serán menguados aprendices rebeldes, perezosos, abandonados, animados de malos sentimientos para con los encargados de su enseñanza y dirección. Cualquier mandato les ofenderá, cualquier consejo les parecerá ofensa á su dignidad. No se podrá tenerlos en orden en ninguna parte. Su presencia será siempre perturbadora. Y cuanto más caminen, peores serán. ¿Por qué habrían de obedecer las leyes de la república y respetar los principios de conducta que imponen las gentes honradas? El hábito de la insubordinación es tan inveterado en ellos, que todo freno y todo orden excita su furor. Malos obreros, malos empleados, malos soldados, estarán constantemente sublevados contra el orden establecido. No sintiendo en sí el espíritu de la pequeña familia, no tendrán amor á la grande. La Patria, para ellos, es una ficción, buena para divertir á los tontos. Los bienes públicos se han hecho para satisfacer los apetitos. El honor nacional no es digno de que se le sacrifique el menor capricho. Si algún ciudadano se distingue por su talento ó por los servicios que haya podido prestar, conviene denigrarle. La existencia de personas superiores es un desafío y una provocación para las medianías orgullosas de sí mismas. No puede admitirse que haya una reputación intacta, una autoridad respetada. Tratar de rebajar al que tiene un poco de relieve

y de brillo, ridiculizar lo venerable, burlarse de lo conmovedor, blasfemar de lo que es santo, es lo único que les interesa. A esta tarea consagran sus esfuerzos.

Si en un país aumenta el número de individuos de este género, la vida de todos se hace insoportable. Se detestan entre sí, por lo demás, y se muerden todo lo que pueden. Son una raza envidiosa, mal intencionada, amiga de disputas. Si en algún lado se está en paz, basta su presencia para que aparezcan desconfianzas, turbulencias, discordias. A su influjo, todos los intereses sufren á la larga. Una especie de dolencia parece que acompaña á la sociedad que no sabe defenderse de ellos. Se infringen las leyes, no hay orden, las voluntades no van acordes, no se respetan los derechos, no se guarda fidelidad á las palabras. Cada cual va por su lado. Las gentes honradas no pueden vivir, porque toda la vida pública está falseada por los violentos y rapaces. Disminuye la seguridad. Ya nadie tiene garantidos los bienes y la vida. Todos están en guerra contra todos.

Si sobrevienen calamidades naturales, los ciudadanos, en lugar de unirse para remediarlas, estarán dispuestos á echárselas mutuamente en cara. Serán incapaces de organizar la lucha contra el incendio, las inundaciones, el hambre, las epidemias. Porque para todo ello hace falta abnegación, espíritu de orden y sumisión general á lo que está mandado.

USJ BIBLIOTECA

Supongamos que un pueblo vecino ataque una comarca tal. No costará trabajo vencerla. Pronto los habitantes, mal unidos, mal doblegados á la disciplina, se hallarán en desorden. No serán capaces de sacrificio, ni de unión para organizar un ejército. En todos los grados del mando habrá disputas en lugar de colaboración. Los jefes serán enemigos de sus soldados á la vez que de sus compañeros. Nadie se entenderá. Su mal espíritu les llevará al desastre, que tampoco les servirá de enseñanza. Se destrozarán unos á otros sobre las ruinas de la patria. Y así, poco á poco, el espíritu que hace no sean respetados los padres, la vejez, los jefes, las leyes, ni cosa alguna digna de veneración, ocasiona la desorganización general. Donde hay cadáveres, acuden los cuervos. La falta de respeto á los padres transforma lentamente el medio social en cuerpo muerto, á cuyo alrededor todas las energías destructoras acuden á saciar sus apetitos.

INDICE

PÁGINAS

PRÓLOGO V

A través de las cosas y de los hombres.

Nuestro método 1
El huevo y la piedra 4
Viaje de exploración 9
La lección de las estrellas 16
La lección de la hormiga 22
Inteligencia y razón 28
La piedad 40
La delicadeza moral 47
El tacto 53
Finura 59
La araña 65
Un monstruo 73
El mundo de la vista 79
El mundo de la vista (continuación) 86
El mundo del oído 92
El mundo del oído (continuación) 99
Tener es poder. — Poder es deber 104
Caras y muecas.- El rostro humano 109
Muecas 115
Confianza y credulidad 120
Confianza y credulidad (continuación) 126
La suficiencia 132
Buenas gentes y caracteres amables 138
Descontentos y satisfechos 144

USJ BIBLIOTECA

PÁGINAS

Descontentos y satisfechos (continuación)..... 150
La conquista de la libertad.—La ley..... 156
La disciplina..... 162
La autoridad..... 169
La autoridad (continuación)..... 176
La libertad..... 182
La tiranía..... 189
La ley interior..... 195
Soldado y caballero..... 201
El hombre, soldado y caballero..... 207
Los caballeros del privilegio..... 212
Servir á dos amos..... 219
¿Se puede contar contigo?..... 224
Estar dispuesto..... 230
Trabajo perdido..... 236

La base de todo.

Honra á tu padre y á tu madre..... 243
Cuando los hijos honran á sus padres..... 249
Cuando los hijos no honran á sus padres..... 255

ERRATA

Se ha deslizado una importante en el título del Capítulo primero, que es **Nuestro** método y no **Nuevo** método.

USJ BIBLIOTECA

universidad
SANJORGE
BIBLIOTECA

Biblioteca Científico-Filosófica

TOMOS DE TAMAÑO 19 × 12

...mira.—Cuestiones modernas de Historia, 3 pesetas.
Arreat.—La moral en el drama, en la epopeya y en la novela, 2'50.
Baldwin.—Historia del alma, 4.
Binet.—Introducción á la Psicología experimental, 2.ª edición, 2'50.
Psicología del razonamiento. 2'50.
El fetichismo en el amor, 3.
Boissier.—Paseos arqueológicos.—Roma y Pompeya, 4.
El fin del paganismo, 2 tomos, 7.
...ay.—Lo bello, 3'50.
...nge.—Principios de Psicología individual y social, 2'50.
...Educación.—Evolución de la Educación, 2'50.
...educación.—La educación contemporánea, 4.
...Educación.—Educación de los degenerados.-Teoría de la Educación, 2'50.
Bureau.—El contrato colectivo del trabajo, 4.
Coulanges.—La ciudad antigua, 4.
Delbœuf.—El dormir y el soñar, 3.
Féré.—Sensación y movimiento, 2'50.
Degeneración y criminalidad, 2'50.
Ferrero.—Grandeza y decadencia de Roma.
...—La Conquista, 3'50.
I.—Julio César, 3'50.
II.—El fin de una aristocracia, 3'50.
V.—Antonio y Cleopatra, 3'50.
...—La República de Augusto, 3'50.
I.—Augusto y el Grande Imperio 3'50.
...rriére.—Los mitos de la Biblia, 4.
...rrores científicos de la Biblia, 4.
...a materia y la energía, 3'50
...eury.—El cuerpo y el alma del niño, 3.
...uestro hijos en el colegio, 3.
...ouillée.—La moral, el arte y la religión, según Guyau, 4.
...uckler.—Lo bello y su historia, 2'50.
...rasserie.—Psicología de las religiones, 4.
Jaignebert.—Historia antigua del Cristianismo, 4.
Guyau.—Génesis de la idea de tiempo, 2'50.
Problemas de estética contemporánea, 4.
Hearn.—Kokoro, 3'50.
Hennequin.—La crítica científica, 2'50.
Janet.—Los orígenes del socialismo contemporáneo, 2'50.
Kergomard.—La educación maternal. Dos tomos, 7.
Le Bon.—Psicología de las multitudes, 2'50.
Le Dantec.—Elementos de filosofía biológica, 3'50.
Levéque.—El espiritualismo en el Arte, 2'50.
Lichtenberger.—La filosofía de Nietzsche, 2'50.
Lhotzky.—El alma de tu hijo, 2'50.
Max Nordau.—Psico-fisiología del Genio y del Talento, 2'50.
Mercante.—La Verbocromía, 2'50.
Mercier.—La Filosofía en el siglo XIX, 2'50.
Moreau de Jonnés.—Los tiempos mitológicos, 3'50.
Nitobé.—Bushido. Alma del Japón, 2'50.
Payot.—La Creencia, 2'50.
Posada.—Política y enseñanza, 2'50
Teorías Políticas, 2'50.
Ribot.—Enfermedades de la voluntad, 2.ª edición, 2'50.
Las enfermedades de la memoria, 2'50.
Enfermedades de la personalidad, 2'50.
La psicología de la atención, 2'50.
La evolución de las ideas generales, 3.
La lógica de los sentimientos, 2'50.
Ensayo sobre las pasiones, 2'50.
Ruskin.—Munera Pulvèris (sobre Economía Política), 2'50.
Sésamo y azucenas, ...50
La Biblia de Amiens, 2'50.
Sollier.—El problema de la memoria, 3'50.
Spir.—La norma mental, 2'50.
Taine.—La inteligencia. Dos tomos, 9.
Tardieu.—El aburrimiento, 4.
Thomas.—La educación de los sentimientos, 4.
Tissié.—Los sueños, 3.
La fatiga y el adiestramiento físico, 4.
Varigny.—La naturaleza y la vida, 4.
Wagner.—Juventud, 3'50.
La vida sencilla, 2'50.
Junto al hogar, 3.
Para los pequeños y para los mayores, 4.
Valor, 2'50.
A través de las cosas y de los hombres, 2,50.
Wegener.—Nosotros los jóvenes, 2'50.

TOMOS DE TAMAÑO 23 × 15

Baldwin.—Interpretaciones sociales y éticas del desenvolvimiento mental, 8 pesetas.
Bourdeau.—El problema de la vida, 5.
El problema de la muerte, 5.
Carlyle.—Folletos de última hora, 6.
Compayré.—La evolución intelectual y moral del niño, 7.
Crepieux-Jamin. (J.).—La escritura y el carácter, 7.
Fouillée.—Bosquejo psicológico de los pueblos europeos, 10.
Temperamento y carácter, 5.

USJ
BIBLIOTECA

Guido Villa.—Idealismo moderno, 5.
La psicología contemporánea, 10.
Guyau.—El arte desde el punto de vista sociológico, 7.
La irreligión del porvenir, 7.
La Moral de Epicuro, 5.
Hegel—Filosofía del Espíritu, dos tomos, 9.
Estética, dos tomos, 15.
Hoffding.—Bosquejo de una Psicología, basada en la experiencia, 8.
Historia de la Filosofía moderna. Dos tomos, 18.
Filosofía de la Religión, 6.
Los Filósofos contemporáneos, 5.
James. (W.),—Principios de Psicología. Dos tomos, 20.
Lanessan.—El Transformismo, 5.
Lange.—Historia del materialismo. Dos tomos, 16.
Lapie.—Lógica de la voluntad, 5.
Le Bon (Gustavo).—Psicología del socialismo, 7.
Lefevre.—Las lenguas y las razas, 5.
Lollée.—Historia de las literaturas comparadas, 6.
Nordau.—Degeneración. Dos tomos, 12.
Payot—La educación de la voluntad, 4.
Pearson.—La Gramática de la Ciencia, 8.
Posada.—Principios de Sociología 8.
Preyer.—El alma del niño, 8.
Ribot.—La herencia psicológica, 7.
La psicología de los sentimientos, 8.
Ensayo de la imaginación creadora, 6.
Romanes.—La evolución mental en el hombre, 7.
Spencer.—Ensayos científicos, 5.
Tarde.—Las leyes de la imitación, 7.

OBRAS DE FONDO

Barcia.—Sinónimos castellanos, 8 ptas.
Becerro de Bengoa.—La enseñanza en el siglo XX. Un tomo en 8.° mayor, ilustrado con 44 grabados y cuatro fototipias fuera del texto, 5 pesetas.
Bergson.—Materia y memoria. (Tamaño, 19 × 12), 3'50 pesetas.
Corradi (D. Fernando).—Lecciones de oratoria. En 4.°, 3 pesetas.
Fillis (James).—Principios de doma y de equitación (con 70 grabados y fotograbados). Versión española de don Arturo Ballenilla y Espinal. (Esta obra está editada en francés, inglés, alemán, ruso y español). Madrid, 1901. Un tomo en 4.° mayor, 15 pesetas.
Flaubert.—La educación sentimental, historia de un joven. Dos tomos (Tamaño, 19 × 12), 5 pesetas.
Gasté (M. de).—El Modelo y los Aires. —(Esta importante obra, que trata de la cría caballar, contiene, además, nociones de hipología). Un tomo en 4.° mayor, 10 pesetas.
Gérard (J.).—Nuevas causas de esterilidad en ambos sexos. Fecundación artificial como último medio de tratamiento. Un tomo en 8.° mayor, 5 ptas.
González Serrano (U.).—Pequeñeces de los grandes. Un folleto en 8.°, 0'50 pesetas.
Hartenberg.—Los tímidos y la timidez. En 4.°, 5 pesetas.
Lagrange (Dr. Fernando).—La higiene del ejercicio en los niños y en los jóvenes. (Tamaño, 19 × 12). 3 pesetas.
—El ejercicio en los adultos. (Tamaño, 19 × 12), 3,50 pesetas.
Lagrange (Dr. Fernando).—Fisiología de los ejercicios corporales. (Tamaño, 23 × 15), 5 pesetas.
March y Reus (J. A.)—Clave telegráfica internacional. Segunda edición española. Madrid, 1894. En 4.°, tela, con planchas, 20 pesetas.
Max Muller.—Ensayo sobre la historia de las religiones. Dos tomos en 8.° 4 pesetas.
—La ciencia de la religión. Un tomo en 8.°, 2 pesetas.
Mosso (Angel).—La educación física de la juventud. (Tamaño, 19 × 12), 3,50 pesetas.
—El miedo. (Tamaño, 19 × 12), 4 pesetas.
—La fatiga. En 4.°, con numerosos grabados intercalados en el texto, 4 pesetas.
Thomas.—La sugestión, su función educativa. (Tamaño, 19 × 12), 2,50 pesetas.
Tiberghien.—Estudios sobre Filosofía. Un tomo en 8.°, 2 pesetas.
—Los Mandamientos de la Humanidad ó la Vida Moral en forma de Catecismo, según Krausse. Un tomo en 8.°, 2,50 pesetas.
Tissandier (Gastón).—Manual de procedimientos útiles. (Tamaño, 19 × 12), 3 pesetas.
Tom Tit.—La ciencia recreativa, 100 experimentos con infinidad de grabados. Madrid, 1897, 4.°, cartoné, 5 pesetas.

USJ BIBLIOTECA